

SOCIEDAD Y POLÍTICA 12

Editorial: Fin de una etapa

CESAR GERMANA

La oposición burguesa: ¿hasta dónde va?

PERI PAREDES

El movimiento popular bajo el belaundismo

ANIBAL QUIJANO

Poder y democracia en el socialismo

JAIME ENSIGNIA

La resistencia sindical en Chile

RUI MAURO MARINI

La revolución nicaragüense y Centroamérica

ROBERTO MIRO QUESADA

Estética y marxismo

URS MÜLLER-PLANTENBERG

Tercera Depresión y consecuencias

**SOCIEDAD
Y POLÍTICA** 12

AÑO 3 · REVISTA TRIMESTRAL · No. 12 AGOSTO, 1981 · LIMA, PERU

Director Aníbal Quijano

Redacción Roberto Arroyo César Germaná
Mirko Lauer José I. López Soria
Rodrigo Montoya Peri Paredes
Felipe Portocarrero Gladys Roques
Abraham Zevallos

Diseño gráfico Jesús Ruiz Durand

INDICE

Editorial: <i>Fin de una Etapa</i>	1
<i>Pacto Político: ¿A dónde va la oposición burguesa?</i> / César Germaná	7
<i>Las luchas del movimiento obrero y popular bajo el belaudismo</i> / Peri Paredes	20
<i>El Socialismo es una Democracia directa de los Productores</i> / Aníbal Quijano	33
<i>La Resistencia Sindical Chilena en los últimos tres años</i> / Jaime Ensignia	51
<i>La Revolución Nicaragüense y el Proceso Revolucionario Centroamericano</i> / Rui Mauro Marini	57
<i>El Posible Significado Histórico de la Tercera Gran Depresión</i> / Urs Müller-Plantenberg	66
<i>Estética y Marxismo: Una revisión de posiciones</i> / Roberto Miró Quesada	84

Para suscripciones y correspondencia dirigirse a:
Apartado 11154, Santa Beatriz, Lima, Perú
Suscripción anual en el extranjero: \$ 20.00
Impreso en INDUSTRIALgráfica S.A.
Distribución: Mosca Azul Editores,
Conquistadores 1130 —
San Isidro. Tlf. 415988

UN AÑO DESPUES: FIN DE UNA ETAPA

DOS hechos principales caracterizan el proceso político peruano durante el primer año del gobierno belaudista:

- 1) El ascenso de la fracción monopolista e internacionalizada de la burguesía al comando político de la clase y de su Estado.
- 2) La derrota y parálisis del movimiento de resistencia de los trabajadores explotados y particularmente de la clase obrera.

El primero es un resultado objetivo de los reajustes que el velasquismo llevó a cabo en la estructura de las luchas de clases en el país, y que, bajo la crisis económica, el régimen de Morales Bermúdez canalizó en la dirección que ahora llega a su cristalización.

El segundo, aunque recoge factores antecedentes, se debe sobre todo al oportunismo electoralista y parlamentarista de la dirección de la Izquierda Unida (IU), practicado, además, con una manifiesta ineptia.

Favorecida en la coyuntura por la protección financiera del capital internacional, lograda ya desde la dictadura militar con la dirección del Ministro Silva Rute; por el repunte de los precios de los minerales en el mercado internacional, y por la conciliación del liderazgo de la IU, la fracción burguesa en el control del Estado ha podido desenvolver su política casi exclusivamente en beneficio de la asociación entre la burguesía monopolista internacional e interna, con menores y formales concesiones a las otras fracciones burguesas y a muy reducidos grupos de la clase obrera bajo el dominio de los más poderosos grupos de capital en el país.

Esta etapa parece estar tocando a su fin. Se han acumulado factores económicos y políticos que, probablemente, permitirán a algunas de las fracciones burguesas que no habían logrado en esta etapa aumentar su cuota de plusvalía y de ganancias y su lugar en el Estado, presionar con más fuerza sobre la fracción dominante para ampliar su política de alianzas o enfrentar una oposición más energética desde ese

lado. Las capas de nueva burguesía regional (parte de la cual se alimenta del tráfico de drogas), la burguesía industrial mediana y la monopólica, de capitales principalmente internos, la mediana burguesía rural (agraria en particular), concurren a esa presión que se expresa actualmente en diversos canales, el APRA, las corrientes "alvistas" en AP y las que representa Mujarech en el PPC, y a través de sus organismos corporativos como la Sociedad de Industrias, etc.

De otro lado, aunque todavía de modo disperso y minoritario, en las bases del movimiento obrero organizado y de las organizaciones sindicales de las capas medias asalariadas, no solamente va cobrando cuerpo un descontento creciente contra la parálisis a que las somete la política oportunista de las direcciones de las centrales sindicales nacionales, como la CGTP y la CTP, sino también van acumulándose presiones para la reiniciación de movimientos de resistencia contra la política del gobierno belaudista, independientemente de la conducta de esas centrales o en contra de ellas, como en el caso de los mineros respecto de la CGTP, o de los médicos respecto de la CTP.

La coyuntura comercial internacional es ahora menos favorable a los productos que se exportan desde el Perú, dada la profunda recesión en Europa y Japón, principalmente. Esa situación agudizará el drenaje de divisas para la importación y los servicios de la creciente deuda externa. La recesión interna en los sectores productivos urbano-industriales, la inflación y el déficit fiscal ya muy grave, gravitarán en la capacidad del régimen para sostener su actual política exclusivista-monopolista e imperialista, respecto de los demás sectores burgueses; para sostener su política de empleo coyuntural por medio del negocio de la construcción en particular; y pueden abrir las puertas a la reiniciación de movimientos de resistencia de los trabajadores, a pesar de la paralizante dirección de la IU, y resquebrajar también las propias bases sociales y políticas de ésta.

Los tres ejes de la política belaudista

Durante su primer año, el régimen ha desarrollado tres líneas de acción:

1) Una política económica estrictamente orientada a la plena internacionalización del capital que opera en el país, privilegiando la acumulación en los sectores extractivos y en la actividad financiera y comercial, bajo el control directo de la burguesía internacional y asociando desigual y selectivamente a los principales grupos de la burguesía interna. Tenemos ahora una nueva asociación imperialista, formada por la burguesía monopolista internacional e interna, pero bajo el con-

trol pleno de la primera, en lugar de la asociación pretendida por el velasquismo con predominio del capital estatal.

2) Una política administrativa destinada a una más plena tecnocratización del control y manejo del aparato estatal en sus instancias decisivas, dejando para las necesidades clientelísticas de los aparatos político-partidarios las instancias de apoyo, de servicios y parlamentarios. Ese es, claramente, el sentido cabal del aluvión legislativo que ha producido el Ejecutivo.

3) Una política laboral diseñada para maniar dentro de un estricto control administrativo el movimiento organizado de los trabajadores y principalmente el de la clase obrera, por medio de la ley sobre las huelgas y sobre los sindicatos; para encuadrar a los aparatos centrales de la burocracia sindical dentro del aparato estatal, por medio del organismo llamado "Consejo Nacional de Trabajo y Concertación Social" o Comisión Tripartita, que en adelante forma parte del Ministerio de Trabajo y Promoción Social, y del cual participan la CGTP y la CTP, principalmente (Decreto Legislativo N° 140), como mecanismo de conciliación de clases al servicio del capital, "en el marco conceptual del tripartismo". Para diferenciar en términos salariales al conjunto de la masa de explotados, entre una reducida capa de ellos bajo el dominio de las grandes empresas internacionales o mixtas (mineros, bancarios, petroleros, Bayer, Good Year, cerveceros, principalmente), y todo el resto condenado a ser víctima de la tenaza de la inflación y del salario bajo o del desempleo, dada la reducción de la estructura productiva del país o del estancamiento de la que supervive precariamente.

Paralelamente, el régimen belaundista ha colocado la política exterior en la nueva línea del Estado norteamericano bajo la administración de Reagan, apartándose completamente de la que el Estado peruano practicara bajo el Ministerio García Bedoya y la presión aprista y socialdemócrata, en particular frente a los Estados Unidos en el caso de Nicaragua.

En el primero de estos ejes, la política económica, las restantes fracciones burguesas y sobre todo la burguesía industrial ha presentado críticas parciales al régimen, centradas casi exclusivamente en el problema de los incentivos a la exportación y a la producción para eso. Por su interés corporativo, en consecuencia. En caso alguno, por un interés nacional. En los demás ejes, y en particular sobre la política laboral, el régimen ha contado y cuenta con la plena adhesión del conjunto de la burguesía, algunos de cuyos sectores (industrial, comercial, agrario), han llevado sus demandas antisindicales y antihuelgas más lejos, inclusive, que las proposiciones gubernamentales.

La parálisis del movimiento obrero-popular y la IU

Hace poco, el Ministro de Trabajo declaraba satisfecho que se había registrado en esos días el menor número de huelgas de toda la década, como evidencia del éxito de la política del gobierno y de su cartera en especial.

En la misma semana, la plana mayor de la Izquierda Unida (IU), concurría a Palacio para inaugurar la política de "diálogo" con el gobierno, correspondiendo a un llamado del Presidente Belaúnde para establecer un "pacto público" destinado, como lo afirmó, no para eliminar la pobreza y la necesidad —ya que no existen varitas mágicas para eso— sino para preservar el habitat. En otras palabras, para que la suculencia de la pobreza no esté tan a la vista.

Ambos hechos sirven bien para describir el escenario en que está colocado el movimiento obrero-popular, y sobre todo la inmensa mayoría de los trabajadores desempleados, subempleados y sometidos a salarios bajos y a la inflación.

¿Porqué los trabajadores no hacen huelgas o las hacen en menor número que en toda la década? ¿Es porque están satisfechos, ya que cuentan con empleo y remuneración adecuados, disponen de eficientes servicios de salud, de educación, de transporte, de vivienda, de servicios de agua, desagüe, luz? ¿Porque no los acogota una inflación incesante y encarar con seguridad y confianza su porvenir y el de sus hijos? ¿Porque nadie intenta encerrarlos en un nuevo cerco de represión administrativa y policiaca; nadie intenta liquidar sus derechos democráticos de huelga, de libre y democrática organización sindical y política, y tienen libre acceso a los medios de información y de comunicación?

En el apogeo de la expansión de la actividad económica y del empleo en la década, las estadísticas oficiales mostraban que alrededor del 50% de la población activa estaba sub y desempleada; que el 53% de ella estaba por debajo del salario mínimo; el 52% de las familias peruanas tenía un consumo de calorías inferior al 90% del estándar admitido oficialmente; el 44% de los niños menores de seis años estaban por debajo de la nutrición correspondiente a su peso y edad; la mortalidad infantil entre 0 y 2 años era en Lima de 100 por mil, en el resto urbano de 164 por mil y en las áreas rurales de 213 por mil.

¿Es que puede haber hoy día alguien que de buena fe sostenga que esa situación ha mejorado a lo largo, precisamente, de los años de crisis? ¿No es cierto que en solamente el último año, el del gobierno belaundista, la inflación ha llegado al 81%, batiendo todos los records históricos del país en este asunto, que el salario real de los trabajadores públicos y privados ha caído en 16%, que la mortalidad infantil ha aumentado, que la tuberculosis que era una enfermedad prácticamen-

te erradicada en el país es actualmente casi una epidemia? ¿Que la subocupación sigue afectando a más de la mitad de la población activa, y la desocupación abierta no está lejos del diez por ciento de esa población? ¿Y cómo podría ser de otro modo, si el conjunto de los sectores productivos —con excepción del agrario, por la terminación de la sequía —ha tenido durante todo este primer semestre un comportamiento deficitario?

Es, pues, evidente que la parálisis del movimiento obrero-popular, su falta de resistencia activa contra la política que produce aquellos efectos, no resulta de la satisfacción de los trabajadores con su actual situación, o de su apoyo a la política belaudista y particularmente a la de su Ministro de Trabajo. Las causas hay que buscarlas en otra parte.

Todos los datos ponen en evidencia que los explotados peruanos y en particular su clase obrera, vienen siendo víctimas de una diaria agresión económica por parte de la burguesía y de su Estado. Y que no hayan podido los trabajadores resistir e impedir, siquiera parcialmente, el desarrollo de esa agresión, significa que vienen siendo no solamente agredidos sino también diariamente derrotados.

Y no son derrotados solamente en el plano estrictamente económico. La ley antiterrorista sirve para amedrentarlos, para reprimir a sus dirigentes y torturarlos. La proyectada ley antihuelgas pende desde hace meses como chantaje sobre los sindicatos, y está próxima a convertirse en una terrible realidad. La ley de reglamentación de los sindicatos tiene el mismo destino. El gobierno ha logrado inclusive que la CGTP y las otras centrales sindicales, se incorporen como integrantes de un organismo del Estado (la Tripartita), destinado a avalar las decisiones del Ministerio de Trabajo, tal como establece la legislación respectiva. Y todo ello ocurre sin que el movimiento obrero y popular haya sido capaz de resistir organizadamente.

La responsabilidad central por esta derrota del movimiento obrero popular, corresponde a la dirección de la Izquierda Unida, ya que allí se agrupa la amplia mayoría de la izquierda peruana y ejerce la dirección de la mayoría de los sindicatos y federaciones, urbanos y rurales del país.

Para que los trabajadores estuvieran en condiciones de movilizarse y resistir por fuera de sus organizaciones sindicales o de otro tipo, actualmente bajo la conducción abrumadoramente predominante de la IU, la crisis social y política del país tendría que estar en un grado muy avanzado. Por lo tanto, mientras las direcciones de esas organizaciones sindicales o de otro tipo (barriales, etc.) bloqueen la canalización del descontento y la decisión de lucha de sus bases (como las sucesivas postergaciones dadas por la CGTP al paro nacional acordado), las ma-

sas explotadas no pueden desarrollar su necesidad de resistir organizada y conjuntamente la agresión cotidiana de la burguesía y de su Estado.

Si las direcciones sindicales, barriales, etc. de la IU, bloquean la movilización y la resistencia activa de las masas, es porque la IU ha decidido respaldar en los hechos la política de este régimen, aunque protestando y denunciándola verbalmente, con el argumento de respaldar y sostener la democracia y la legalidad, y con la motivación ostensible de no mover las olas para legitimar su imagen frente a la burguesía y para no arriesgar su piso político entre sus bases, mientras llegan las elecciones siguientes. Y es eso que se llama oportunismo electoralista. Aunque nos lo presenten como signo de civilización.

Por eso, cuando el Dr. Alfonso Barrantes, Presidente de la IU, justifica la política del "diálogo" con el gobierno con el argumento de que "dialogar es civilizado", seguramente olvida que esa "civilización", en estas condiciones, se convierte en el taparrabo de la barbarie capitalista en nuestro país, y cuyas víctimas pueden cada vez menos esconder la suciedad de su pobreza. En el mundo capitalista, y peor en el del subdesarrollo, las maneras civilizadas de la burguesía son apenas la cara limpia de la barbarie cotidiana del capital. Es cuestión de opciones, desde luego.

Las bases que permitieron durante este año el éxito de la política del capital monopolista internacional, de un lado, y, de otro lado, el predominio del oportunismo electoralista y parlamentarista de la IU y sus efectos en la parálisis y derrota de las masas, están comenzando a debilitarse. Una etapa está llegando a su fin. En la que está comenzando, las condiciones podrían ordenarse de modo que la burguesía necesite quitarse las vestiduras "civilizadas" y abandonar a sus correspondientes compañeros de ruta entre las masas. Y del mismo modo que en el año trascendido, la IU ha logrado facilitar el camino exitoso de la agresión capitalista contra los explotados peruanos, en el tiempo que viene no podría evitar la profundización de la derrota de las masas.

La dirección actual de la IU es el camino de la derrota cotidiana de las masas. Es tiempo de cambiar de camino. Para los explotados, es urgente.

PACTO POLITICO: ¿HASTA DONDE VA LA OPOSICION BURGUESA?

César Germaná

EL predominio de la corriente que personifica el ministro de Economía y Comercio Manuel Ulloa dentro del régimen belaudista y el modelo económico y social de claro signo neoliberal que aplica al país, constituyen los indicadores más evidentes de la hegemonía política alcanzada por la burguesía monopólica (internacional e interna) dentro del Estado burgués. De esta manera, el eje principal de la lucha de clases en el país pasa necesariamente por el enfrentamiento directo que opone a la burguesía monopólica internacional y sus representantes en el país con el movimiento de las masas trabajadoras.

Sin embargo, estas tendencias profundas de la lucha de clases aparecen todavía demasiado veladas en la escena política. La ausencia de una alternativa política diferente a la del velasquismo por parte de la Izquierda Unida, lo que lleva al práctico empantanamiento del movimiento de los trabajadores, ha determinado que el primer plano de la lucha política en la coyuntura inmediata esté signado por los conflictos intraburgueses.

Desde comienzos de año se encuentran indicaciones cada vez más precisas de que se está articulando gremial y políticamente los intereses de las capas burguesas no beneficiadas directamente por la política económica del gobierno. La tendencia a la constitución de una oposición burguesa a la política económica de Belaúnde-Ulloa, significa la ampliación y generalización de los conflictos dentro de la burguesía, cuyo desarrollo implicaría una profunda inestabilidad en la estructura de poder.

Para una comprensión adecuada de las posibilidades y limitaciones de la oposición burguesa a la política de los representantes del capital monopólico internacional y sus consecuencias en las luchas de los trabajadores, será necesario analizar las fuerzas políticas que buscan representarla, sus bases sociales y la naturaleza de sus reivindicaciones económicas y sociales.

En última instancia, ¿existen factores objetivos que dividen internamente a la burguesía y, éstas contradicciones llevarán inevitablemente a esas fracciones burguesas a buscar soluciones políticas irreconciliables? En esas circunstancias, ¿se estarían planteando las bases de una crisis política profunda del sistema burgués de dominación, lo que permitiría que por entre sus fisuras pudiera emerger un movimiento obrero y popular victorioso? O, por el contrario, ¿las actuales contradicciones intraburguesas no tienen un carácter antagónico y podrían ser reabsorbidas por el sistema de dominación ante el desarrollo y avance de un movimiento obrero y popular con una alternativa revolucionaria anticapitalista?

La recomposición del sistema de dominación y la hegemonía política del capital monopólico internacional

El conjunto de reformas llevadas adelante por el régimen velasquista desde octubre de 1968 ha tenido como consecuencia profunda modificaciones al interior de la clase dominante. Entre ellas, quizás la más importante sea la recomposición del sistema de dominación, no sólo en el sentido de las modificaciones en cuanto a su composición sino —y allí se encuentra la clave de las actuales luchas intraburguesas— en la posición hegemónica que dentro de él ocupará la burguesía monopólica internacional y sus representantes en el país.

Los cambios estructurales operados en la composición de la burguesía en el Perú en la última década se han orientado en el sentido de su depuración, eliminando la fracción oligárquica y sus aliados los terratenientes gamonales. Como resultado de ese proceso se tendrá una burguesía moderna, mucho más homogénea en términos económicos y sociales, pues su base material se encuentra en las actividades económicas urbanas e industriales. Sin embargo, el desarrollo extremadamente desigual de la formación capitalista en el Perú determinará la existencia de fracciones y capas que se disputan el predominio dentro del bloque en el poder. De esta manera, la burguesía en el Perú estará atravesada por intereses contradictorios, vertical (burguesía monopólica, mediana y pequeña) y horizontalmente (de acuerdo a su articulación con el capital monopólico internacional).

Los cambios en las condiciones estructurales de la burguesía significarán un reacomodo al interior del sistema de dominación. Sin duda, ha sido durante el régimen de Morales Bermúdez que se procesaron los conflictos y luchas políticas entre las fracciones burguesas en torno a la hegemonía por el poder del Estado, cuyo desenlace cristalizaría con la elección de Belaúnde en junio de 1980. Los hitos fundamentales de este período de la lucha de clases en el país pueden ser esquematizados en los siguientes momentos:

a. A la caída de Velasco en 1975 y con el ascenso al poder de Morales Bermúdez, se inicia un período caracterizado por el intento del régimen de articular bajo su comando al conjunto de la burguesía, buscando soldar las profundas brechas internas que la dividen. Hacían parte de este proyecto las medidas que tomó el gobierno para atender las demandas de la mediana y pequeña burguesía, particularmente industrial y minera, afectada violentamente por el proceso de concentración de capital, que la crisis económica y la inflación habían agudizado. Estas medidas se orientaban principalmente a la reactivación de la actividad económica privada con el apoyo financiero del Estado. En este proyecto coincidían los principales gremios patronales: ADEX, SI, CO-NACO.

b. El fracaso de la política económica seguida por el régimen militar durante 1976 y el incremento de la inflación, la desocupación y el estancamiento económico, mostraron la incapacidad del régimen para satisfacer las demandas de las diferentes fracciones burguesas. A ello habría que agregar el desarrollo de un movimiento obrero y popular en amplitud y profundidad, que tiende a su movilización y organización independiente de la burguesía y la pequeña burguesía, y que se expresaría en las grandes movilizaciones de ese período y sobre todo en el paro nacional de julio de 1977. Ante la incapacidad de articular un frente burgués estable y frente a la creciente movilización de los trabajadores, el gobierno de Morales Bermúdez se vería obligado a precisar un cronograma de "transferencia del poder" que implicaba la convocatoria a una Asamblea Constituyente, en 1978, y elecciones generales en 1980. Durante este período (1977-1980) se hacen evidentes las opciones políticas que dividen a la burguesía y que atraviesan al conjunto de los partidos de la derecha: el liberalismo burgués, de la corriente ulloísta en AP; el liberalismo autoritario de la corriente alvista en AP y algunos sectores del PPC; y la corriente socialdemócrata del Apra. Estas opciones que se disputan la hegemonía política del frente burgués, lucharán por su predominio en las elecciones de junio de 1980.

c. El triunfo de AP y Belaúnde en las elecciones del 18 de junio permitió que la burguesía monopólica internacional llegara al poder del Estado, a través del predominio de la corriente representada por Ulloa y por la marginación del "alvismo" de los puestos claves del gobierno. Este triunfo de la fracción internacionalizada de la burguesía tiene que ver con los siguientes factores principales:

i. el ofrecimiento por parte de la corriente ulloísta de un programa económico y social de gobierno para el período 1980-1985, coherente y racional para el capital monopólico.

ii. el carácter apolítico y tecnocrático del estilo de gobierno: Ulloa contaría —y este es el slogan principal de sus defensores— con el equipo de gobierno más eficiente para solucionar los problemas del país.

iii. la desarticulación política e inconsistencia programática de la alternativa "alvista" dentro y fuera del régimen.

iv. el fraccionamiento del Apra, que constituía la única opción viable de una mediación eficaz entre las diferentes fracciones burguesas.

El modelo económico y social que está imponiendo la fracción burguesa en el poder ha agudizado y puesto en evidencia las profundas contradicciones que atraviesan a la burguesía en el Perú. Si bien los conflictos intraburgueses han estado presentes en las luchas políticas y sociales de las últimas tres décadas, el carácter y las formas que asumen en la actualidad tienen un sentido diferente.

Ahora se trata básicamente del hecho de que la hegemonía política de la burguesía monopólica al interior del frente burgués, imposibilita la articulación de sus diferentes fracciones y capas, poniendo de manifiesto las brechas internas que las separan. Esta nueva situación tiene que ver con la ausencia de una verdadera mediación política entre las fracciones burguesas por parte de la fracción monopólica internacional, al requerir ésta una representación de carácter tecnocrático, que exprese directamente en el Estado sus intereses de clase. En este sentido, el Estado va dejando de ser un órgano de mediación política entre las clases para convertirse cada vez más en un instrumento de administración y gestión directa de los intereses de la burguesía monopólica.

El mismo Parlamento, cuya función política básica era la de conciliar los intereses de las diferentes fracciones de la burguesía, y presentarlos como expresión del "interés nacional", ha entrado en crisis definitiva. Contrariamente a las ilusiones parlamentaristas de un sector de la izquierda, del parlamento sólo se mantiene el decorado; sus poderes han pasado al ejecutivo y a la alta tecnocracia de la administración pública que, fuera del debate público de sus decisiones puede administrar de manera eficaz los intereses económicos del gran capital. En este sentido es ilustrativo el hecho de que el mayor número y las más importantes leyes aprobadas desde el 28 de julio de 1960 hayan sido elaboradas por el poder ejecutivo, en base a la delegación de facultades legislativas otorgadas por el propio parlamento.

Estos hechos, que muestran la crisis de la democracia liberal burguesa, son comunes a la enorme mayoría de los países capitalistas. En la base se encuentran los intereses de la fracción dominante de la burguesía: el capital monopólico. Las ganancias de los monopolios dependen en gran medida de la estabilidad gubernamental que pueda permitirles programar a largo plazo sus inversiones y sus innovaciones tecnológicas. Para ello necesitan de una administración pública eficiente y racionalizada, estabilidad política y de una cierta concertación con los sindicatos, que les garantice la tan ansiada "paz social". Todo ello no

sería permitido por un debate político público y abierto en el parlamento. Más bien lo que se busca es un Estado tecnocrático y fuerte, en donde los problemas económicos y sociales se despoliticen y sean encarados por técnicos competentes.

La política del capital monopolista es también incompatible en gran parte con los intereses de las capas no monopolistas de la burguesía y no puede dejar de afectarlas. Por ello no puede unir tras sí a todas las capas burguesas. Sin embargo, para imponer su dominación de clase necesita contar con una base social cuya adhesión política le permita mantenerse en el poder. Esta base social la encontrará en las capas medias tecnocráticas y profesionales, en los sectores de la mediana y pequeña burguesía ligados al capital monopólico (particularmente en el comercio y los servicios), en la mediana burguesía agraria, y en algunas capas de trabajadores, que a través de la "comisión tripartita" puedan ser ganados a una política de concertación con el gran capital sobre la base de aumentos diferenciales de salarios.

El carácter básicamente económico-corporativo de la oposición burguesa

El sentido de sus reivindicaciones actuales refleja con bastante claridad la naturaleza social de las fracciones burguesas opositoras a la política del capital monopólico internacional que controla las palancas principales del poder del Estado. En lo fundamental estas demandas tienen como objetivo la modificación de ciertos aspectos de la política económica del gobierno belaudista, más que el reemplazo del régimen imperante, y de las líneas generales del modelo económico en curso.

Han sido principalmente los empresarios industriales los que han estado a la cabeza de la oposición burguesa y los que de manera más energética han exigido la modificación de la política económica del gobierno, planteando como alternativa una política basada en la promoción del desarrollo industrial. La propuesta señalada tiene un doble eje: la reactivación del mercado interno y la dinamización de las exportaciones no tradicionales.

Para la burguesía exportadora, la política de Ulloa ha significado la "mediatización del mercado externo", tanto por las modificaciones del CERTEX como por la elevación de las tasas de interés. Para la burguesía industrial no exportadora, ha sido la reducción de los aranceles y la eliminación de las prohibiciones y restricciones a la importación de productos manufacturados lo que ha "recortado el mercado interno en forma desequilibrante". Todo ello configuraría una política contraria a la "industria nacional", y constituiría una verdadera "agresión económica" en la medida en que "recorta drásticamente y violentamente los mercados nacionales y los del extranjero".

Frente a esta "agresión económica" que para los industriales significa la política económica del capital monopólico internacional, aplicada por Ulloa y su equipo económico, ellos proponen como alternativa una política que en lo fundamental signifique el apoyo y la promoción de la industria establecida en el país. Ello significaría la consecución del apoyo estatal a la industria a través de la ayuda técnica y crediticia, la reducción de impuestos y una importante protección arancelaria, que elimine la competencia con el exterior. También requieren del apoyo estatal para posibilitar que los productos manufacturados en el país sean competitivos en los mercados internacionales, para ello exigen mantener o elevar los niveles de CERTEX y la ampliación del crédito para el financiamiento de las exportaciones.

Otro conjunto de demandas de la oposición burguesa gira en torno a la política laboral del régimen. El problema central de los empresarios consiste en buscar la mejor forma de enfrentar la resistencia de los trabajadores mediante la reducción del costo de la fuerza de trabajo para recuperar parte de las ganancias que les quita el capital monopólico. Dos son las demandas básicas en este terreno: la eliminación de lo que llaman "la estabilidad laboral extrema" y la necesidad de reglamentar el derecho de huelga para "no permitir un uso delirante y abusivo del mismo". Todo ello en el marco de la demanda de una enérgica y autoritaria contención de los trabajadores, para superar lo que "Oiga", la revista que con más entusiasmo busca canalizar las reivindicaciones de la oposición burguesa, llama "la imagen de desgobierno y falta de autoridad" del régimen.

Un tercer aspecto de las demandas burguesas tiene que ver con la política social del régimen. En cuanto a ello, se orientan en el sentido de una más radical privatización de los servicios sociales que la planteada por el gobierno. Así, por ejemplo salud y educación, serían gozados únicamente por aquellos que tengan los recursos necesarios para pagarlos. Con esta comprensión de los servicios sociales buscarían una reducción del déficit fiscal, al comprimirse el gasto público de aquellos servicios no rentables para el capital.

Por el tipo de demandas que plantea, la oposición burguesa tiene una heterogénea composición social. En líneas generales, dos son las fracciones principales que la constituyen. Una primera está conformada por las grandes empresas industriales, que monopolizan ramas enteras de la actividad productiva y destinan la parte principal de su producción a la exportación. Sus actividades económicas se extienden a otros campos vinculados con la exportación (comercio, servicio, transporte). Desde el punto de vista gremial, la organización representativa de esta fracción es la Asociación de Exportadores (ADEX). La segunda fracción la forma la masa mayor de la burguesía, los pequeños y

medianos empresarios (industriales, comerciantes, mineros, agricultores, pesqueros, de servicios). Sus actividades económicas están vinculadas en lo fundamental con el mercado interno. Los gremios más representativos de estas capas burguesas son: SI, CONACO, Cámara de Comercio de Lima, la Federación de Cámaras de Comercio del Perú.

En la actualidad, la oposición burguesa está siendo liderada por la burguesía industrial exportadora, que constituye el grupo más poderoso de la burguesía nativa, y que cuenta para sus negociaciones con el Estado, con el apoyo de la mediana y pequeña burguesía. Es este grupo el que a comienzos de año buscó constituir un frente gremial, a raíz de las modificaciones del CERTEX decretadas por el gobierno. En este frente lograron reunir a cinco gremios patronales en la demanda de exigir el diálogo con el gobierno para examinar las modificaciones decretadas. Estos gremios, en donde existen importantes intereses vinculados al comercio de exportación, fueron: ADEX, SI, CONACO, Sociedad de Pesquería y la Cámara de Comercio de Lima.

Sin embargo, este frente patronal no logró consolidarse. Atentaron contra su mantenimiento por lo menos dos factores: la heterogeneidad de intereses de la burguesía opositora y el nivel económico-corporativo en el que situaron sus demandas. En esas condiciones el equipo económico de Ulloa pudo desarticularlo, negociando de manera separada con cada uno de los gremios y otorgando algunas pequeñas concesiones. Así, si bien el CERTEX fue modificado, ello no afectaría en lo inmediato, de manera significativa, la ganancia de los exportadores. Los comerciantes han logrado que se modificaran las medidas que afectaban al crédito comercial. Los pesqueros han mantenido el CERTEX para el pescado congelado. Los industriales han logrado la reducción del ritmo de las devaluaciones, la reducción de las tasas de interés y una significativa disminución de los aranceles a los insumos industriales. Pero, si bien con estas pequeñas concesiones formales —que no afectan en lo fundamental el modelo económico que la fracción ulloísta de la burguesía está aplicando al país—, el gobierno ha podido momentáneamente desactivar la oposición burguesa, al mantenerse lo fundamental de sus reivindicaciones se encuentra el terreno propicio para que diversas opciones políticas busquen articularlas en un frente de carácter político. Ello ha sido uno de los aspectos más importantes de la actividad política de los meses de abril y mayo.

Los límites de la posibilidad de la constitución de un frente político que exprese la oposición burguesa

Aunque todavía de manera débil, se van perfilando tres corrientes principales que buscan expresar el descontento de las capas burguesas no beneficiadas inmediatamente con la política económica del ulloísmo, y que atraviesan al conjunto de los partidos de la derecha.

a. Una corriente liberal-autoritaria, cuya expresión más definida se encuentra en el "alvismo" dentro de Acción Popular y que busca canalizar las demandas de la burguesía exportadora así como los intereses burgueses regionales (comerciantes, profesionales). Tal como ha sido señalado en el Informe Económico preparado por los asesores del senador Alva, la alternativa económica que propugnan significa en lo fundamental la continuación de la seguida por Silva Ruete-Moreyra en los dos últimos años del gobierno militar, y que traduce la búsqueda de los exportadores de encontrar un lugar dentro del modelo económico de la burguesía monopólica internacional. En lo sustantivo este informe plantea la necesidad de reactivar la actividad exportadora no tradicional, sobre la base de una política de apoyo a la industria. Frente a los trabajadores esta corriente propugna un paternalismo autoritario: subsidios a los productos alimenticios básicos y a la gasolina, apoyo a las reivindicaciones regionales para la realización de obras públicas; pero todo ello con un gran ingrediente represivo (reglamentación del derecho de huelga, que en el proyecto de un diputado perteneciente a esta corriente significa su práctica supresión; sostenimiento de la ley antiterrorista, y su eventual aplicación al conjunto de la izquierda).

Dentro de esta corriente, una vertiente específica se encuentra en algunos sectores del PPC que Mufarech canaliza y cuya base social se encontraría principalmente en la pequeña y mediana burguesía industrial no exportadora. Su propuesta económica en lo fundamental gira en torno al desarrollo industrial, lo cual se lograría con un amplio y efectivo apoyo y protección estatal.

Algunos sectores de la izquierda han visto cristalizada en esta corriente la tan buscada burguesía nacional. Sin embargo, las propuestas de estos grupos no van más allá de los estrechos límites de un reivindicacionismo económico-corporativo cuyo norte fundamental está dado por el mantenimiento de sus márgenes de ganancia, cada vez más amenazados por el capital monopólico internacional y por las luchas de los trabajadores. Aquí no hay, por lo tanto, ningún proyecto de desarrollo burgués independiente, basado en una industrialización nacional y autosostenida. Más bien, sus intereses centrados básicamente en la industria los llevan a un doble entrapamiento. De un lado, necesitan el apoyo y protección del Estado para poder desarrollarse, defendiéndose del avasallamiento del capital monopólico internacional; pero, son ideológicamente antiestatistas, temiendo la repetición de proyectos como los del velasquismo. De otro lado, necesitan del apoyo del movimiento obrero, pero le temen, pues éste se ha desarrollado, por la presencia del capital monopólico imperialista, en mayor amplitud y conciencia que esta fracción industrial de la burguesía. Ante la necesidad de comprimir los ingresos de los trabajadores y ante la amenaza de ser sobrepasada políticamente por el movimiento obrero, esta fracción

de la burguesía terminará siendo sujeta cada vez más fuertemente por el capital monopólico.

b. Una corriente de orientación socialdemócrata, representada por el Apra y que tiene en la vertiente "armandista" su más nítida expresión. A diferencia de la corriente anterior, el Apra se orienta en la búsqueda de la representación del conjunto de la burguesía en el Perú, y no solamente a ser expresión de una de sus fracciones. Sobre la base del crecimiento del aparato estatal y sin que ninguna de las fracciones burguesas tengan una representación directa en él, el Apra busca convertirse en el mediador necesario de los diversos intereses burgueses. Este proyecto se traduciría en una efectiva presencia del capital estatal como eje articulador de la organización del capital en el país, aunque moderando su importancia (y esto lo diferenciaría del proyecto velasquista), para favorecer la consolidación del capital privado. Frente al movimiento obrero y popular significaría la ampliación de los servicios sociales del Estado y la búsqueda de la elevación del nivel de vida de la población a través del incremento de sus ingresos y el restablecimiento de subsidios a los productos básicos de consumo popular. Esta alternativa es seguramente la más coherente para la burguesía opositora, pues le permitiría mantener sus privilegios a la sombra del capital monopólico, protegida por un Estado fuerte, ante el cual tendría mayor margen de movilización y presión.

c. Una corriente democrático-liberal, representada por el sector "andresista" del Apra, ligada fundamentalmente a las capas burguesas medianas y pequeñas. Su propuesta básica gira en torno al desarrollo del mercado interno y a la industrialización del país, de un lado; y a la defensa de los derechos democráticos y de las instituciones liberal-parlamentarias, de otro. Sin embargo, la extrema debilidad del liberalismo burgués en el país —por la endeblez estructural de la burguesía— y las incoherencias y limitaciones de tipo orgánico y programático, hacen del "andresismo" una corriente política errática; oscilante —de acuerdo al desarrollo de las luchas políticas— entre el liberalismo autoritario y la socialdemocracia.

Con la iniciación de la Legislatura ordinaria en el mes de abril, se ha ido desarrollando una actividad política de mayor intensidad entre las corrientes que buscan expresar los intereses de la burguesía opositora. Con seguridad ha sido la corriente "alvista", —contando con el apoyo propagandístico del Sistema Nacional de Informaciones y en particular de la televisora estatal—, la que ha estado a la cabeza de los grupos burgueses opositores. Bien señalaba "Olga", calificado vocero de la burguesía antiulloísta: "las críticas de Javier Alva a la política económica implementada por el Primer Ministro y Ministro de Economía Manuel Ulloa, recogían la creciente inquietud de diversos sectores políticos por la intranquilidad y zozobra que se hacían cada vez más

evidentes en el sector empresarial". Sin embargo, el "alvismo" ha sido incapaz de articular un frente político opositor y más bien ha buscado utilizar el descontento burgués para ir ganando posiciones dentro del régimen. Más que una alternativa política, el alvismo funciona como una camarilla que a través de presiones y negociaciones busca obtener favores para sus clientelas.

Es en este sentido ilustrativo que la revista "Oiga" tan ligada al alvismo, se incline cada vez más hacia la búsqueda de nexos que permitan articular a ambas corrientes opositoras dentro del régimen. La idea de una "bisagra entre Ulloa y Alva", proclamada en un reciente editorial, sobre la base de un centro político, traduciría esa posibilidad de entendimiento. Además, indicaría que la burguesía exportadora podría encontrar un lugar dentro del régimen belaundista, y defender así sus ganancias.

De lograrse un compromiso entre ambas corrientes se podría prever cambios importantes al interior del régimen belaundista. De un lado, una mediatización en el ritmo de aplicación de la política económica impuesta por el equipo económico de Ulloa, al incorporar algunas de las demandas de la burguesía exportadora; de otro lado, una mayor cuota de poder del "alvismo" en la administración pública y la salida de algunos importantes tecnócratas —permanentemente criticados por la oposición burguesa— de puestos claves en instituciones que deciden la política económica del gobierno.

Si este compromiso no se cristaliza, se puede esperar un endurecimiento de las relaciones entre ambas corrientes, un atrincheramiento del "alvismo" en el Parlamento y el intento de fortalecerlo políticamente. Con lo cual podríamos asistir a una eventual escisión del partido gobernante y la consiguiente fractura del régimen vigente.

Un ejemplo de las dificultades de una convergencia de los intereses de la burguesía opositora está dado por la elaboración del anteproyecto de Ley de Industrias en la Cámara de Diputados. Los diputados que forman parte de la Comisión de industrias que preside Mufarech y que redactaron ese proyecto, perteneciendo a diferentes partidos, sólo pudieron presentarlo a título personal. Evidentemente hay allí una convergencia entre las corrientes proindustriales de la burguesía, pero que no logra tener la consistencia política necesaria como para constituir una alternativa de industrialización nacional. Además, la propuesta concreta de Ley de Industrias sólo varía en aspectos secundarios respecto a la elaborada por los sectores tecnocráticos del PPC, dirigidos por el ministro Rotondo y aliados del ulloísmo. En lo fundamental, proponen un desarrollo industrial asociado al capital imperialista, pero con mayores márgenes de ganancias que los que actualmente tienen, sobre la base de la protección y el apoyo del Estado (a través de la política arancelaria, crediticia y tributaria).

En última instancia, las dificultades de la constitución de un frente político burgués opositor tienen que ver con la debilidad política e ideológica de la burguesía en el Perú, que no tiene sólo un carácter coyuntural sino hace parte de su propia naturaleza como clase social. Entre los factores que podrían explicar esta característica de la burguesía se podrían tener en cuenta los siguientes:

i. Su carácter dependiente de los procesos de internacionalización del capital;

ii. Su heterogeneidad estructural y la consiguiente divergencia de intereses que la atraviesan de lado a lado;

iii. Su incapacidad para desarrollar un proyecto político e ideológico de carácter nacional y con pretensión hegemónica en el conjunto de la nación; centrando sus demandas sólo en un chato reivindicacionismo económico-corporativo;

iv. Su temor a la clase obrera, que la lleva a solidarizarse en última instancia con el capital monopólico internacional, en donde espera encontrar, aún en una posición subordinada, apoyo seguro frente a los trabajadores.

Este último es seguramente el factor clave para entender las perspectivas que se le abren a la oposición burguesa. De la naturaleza de la oposición de la izquierda dependerá en gran medida la amplitud y profundidad que pueda asumir en el período inmediato la lucha intraburguesa.

La oposición burguesa y la oposición de izquierda

Un importante sector de la izquierda sigue confiando en la posibilidad de ganar a las capas medianas y pequeñas de la burguesía a una alianza con el movimiento obrero y popular sobre la base de un programa antimonopólico. Alfonso Barrantes, presidente de la izquierda Unida, en el discurso de la Plaza San Martín, invitaba precisamente a esas capas burguesas a sumarse a las fuerzas de izquierda en un frente de oposición al gran capital y a la defensa de la Constitución, antes atacada permanentemente por la izquierda como engendro del Apra y del PPC.

En esta misma línea política, un comunicado publicado en "El Diario de Marka" por Vanguardia Revolucionaria, hace pocos meses, pedía la inclusión de gremios patronales como la CONACO en un frente de oposición al belaudismo. Sin embargo, en esos momentos la CONACO, en su boletín mensual, exigía al gobierno la pronta promulgación de una ley que reglamentara el derecho de huelga, pero que en la práctica lo desconocía. Las ilusiones reformistas se estrellaban así contra el autoritarismo de una supuesta "burguesía progresista".

Inclusive, dentro de esta política de acercamiento a la burguesía media, algunos sectores de la izquierda han apoyado las principales demandas de la oposición burguesa, como por ejemplo el mantenimiento del CERTEX, que esos mismos sectores habían combatido enérgicamente en un período anterior.

Estos planteamientos son producto, en primer lugar, de la errática política seguida por la IU después de las elecciones municipales. La ausencia de un programa coherente la ha llevado a apoyar todo aquello que significara oposición a la fracción burguesa ulloísta, desde las demandas económicas de la oposición burguesa hasta la crítica del comando conjunto de las fuerzas armadas a la política petrolera del be-laundismo. La ambigüedad y el oportunismo de estas posiciones señalan la falta de claros objetivos de la IU para el período inmediato.

En segundo lugar, se tiene que considerar el hecho de que en las principales corrientes de la IU existe asentada una larga tradición de apoyo a la mediana y pequeña burguesía, consideradas como la encarnación de una burguesía nacionalista y antiimperialista, tal es el caso del PCP y de los partidos maoístas. Estas ilusiones han chocado permanentemente con la realidad, tal como lo señalara Mariátegui hace más de 50 años en su crítica del aprismo: "las burguesías nacionales —sostenía—, que ven en la cooperación con el imperialismo la mejor fuente de provechos, se sienten lo bastante dueñas del poder político para no preocuparse seriamente de la soberanía nacional".

La ingenuidad de la izquierda es hoy todavía más grave, pues la mediana y pequeña burguesía tienen un carácter más autoritario y represivo que antes, tanto por el papel preponderante del capital monopólico como por el desarrollo de un movimiento obrero políticamente más autónomo.

Pero hay otra dimensión de la ingenuidad de importantes sectores de la Izquierda Unida frente a la burguesía mediana y pequeña. Es la creencia de que las capas burguesas pueden sentirse atraídas por un programa político semejante al que impulsó el velasquismo (básicamente una política de estatizaciones y de expansión del capital estatal), que es el que —aunque no de manera totalmente sistematizada— enarboló la IU. Basta ver la oposición enérgica de esos grupos contra el velasquismo, y el odio con el que se consideran aún en la actualidad sus principales reformas, para constatar la inviabilidad de tal proyecto.

Lo que existe en la actualidad es una convergencia en el tiempo, entre la oposición burguesa y la que lleva adelante el movimiento obrero y popular y que es utilizada por los empresarios para presionar y negociar con mayor fuerza con la fracción burguesa en el poder. Desprender de allí la viabilidad de una alianza entre los trabajadores y la

oposición burguesa, significa seguir el camino de la derrota de las masas.

En última instancia, entre la burguesía monopólica y la clase obrera no hay ninguna fuerza social progresista, capaz de lograr el desarrollo del país. Lo que queda en el centro son las capas más atrasadas y reaccionarias del capital. El mismo capitalismo las eliminará; el socialismo también: la historia pasa por encima de ellas. Sólo existen dos alternativas: revolución socialista o dominio del capital monopólico. La perspectiva de una alianza del movimiento de los trabajadores con las capas burguesas no monopólicas, en la perspectiva de una aritmética electoral, sólo conduce a la derrota de las masas como lo han demostrado experiencias recientes y dolorosas en varios países de América Latina.

LAS LUCHAS DEL MOVIMIENTO OBRERO Y POPULAR BAJO EL BELAUNDISMO

Peri Paredes

Dispersas, aisladas, amenazadas por la espada de Damocles de una "Ley antiterrorista", y por la proximidad de una ley anti-huelgas, y otra de encuadramiento sindical, y hasta desamparadas por sus direcciones políticas agrupadas en IU, las luchas obreras y populares siguen siendo, sin embargo, el primer y más importante escenario de la lucha de clases en este país. El texto que sigue constituye un somero panorama que fija el primer momento de un estudio en curso sobre un movimiento que, a pesar de su dispersión, no deja de ampliarse.

ESTA amplitud del movimiento de masas no es un hecho casual ni circunstancial, está dada por la depuración de las relaciones de clase en el país, que el actual acelerado proceso de reordenamiento de los patrones de acumulación del capital profundiza y extiende, lo que permite avanzar hacia la clarificación de la perspectiva estratégica del movimiento.

Este nuevo movimiento obrero y popular se desarrolla sin embargo en forma desigual. Ha ganado en amplitud y en experiencia de lucha, logrando esfuerzos notables en avanzar su organización, en cada sector, en cada área concreta de lucha; no así en su conciencia, hallándose ésta por detrás de la experiencia hecha hasta hoy, de manera particular en el período de auge de sus movilizaciones nacionales. Ha llegado hasta salir del control de las capas pequeño burguesas, más como parte del proceso de depuración de las relaciones de clase, para entrar como parte del mismo proceso al control del reformismo obrero burocrático.

Así, la organización de la Federación Departamental de Trabajadores de Lima (FEDETRAL), como organismo de centralización del proletariado de Lima e impulso a una dirección alternativa en la CGTP, y su posterior bloqueo y debilitamiento por el regateo de "parcelas" de poder sindical por parte del PC-mayoría y los hoy UDP y UNIR. La fundación de la Federación Departamental de Pueblos Jóvenes y Urba-

nizaciones Populares (FEDEPJIJ), que fue la batalla y derrota de los pobladores de base contra los hombres de aparato de UDP y UNIR. La constitución del Frente de Trabajadores, llamado unas veces Comando Unitario de Lucha (CUL), otros Comité Coordinador, etc., centralizando nacionalmente a obreros, campesinos, pobladores de barriadas, maestros, choferes, estudiantes, y partidos de izquierda, y la negativa por parte de la misma izquierda a su reconstitución pública y permanente. La fugaz experiencia de ARI, como expresión en el terreno electoral de la dinámica y aspiración de las masas, y su violento desmantelamiento. Así como el posterior triunfo del "mal menor" Belaúnde. La imposición de Izquierda Unida (IU), en reemplazo de ARI, pero por fuera de la dinámica de las masas. Los resultados de las elecciones Municipales. Y el ya prolongado reflujo y dispersión actual del movimiento obrero y popular, no son sino expresión del contradictorio y desigual avance del amplio movimiento de masas, y la particular relación que se establece entre él y lo que pretende ser su dirección política.

Este movimiento obrero y popular globalmente ha sido pues contenido por la burguesía y sus gobiernos, el régimen militar y el civil. Un reflujo importante aunque no total ni desesperado ha ido marcando la conducta de las masas desde fines de 1978. Los Paros nacionales (6 desde 1977) aún cuando hicieron visible la fuerza potencial de las masas, no lograron sin embargo alcanzar ni una sola de las reivindicaciones: reposición de despedidos, alza de salarios, corte de las alzas y control de precios, entre las principales. Es decir, los Paros Nacionales han sido movimientos de resistencia de las masas, movimientos de protesta separados entre sí, es decir no articulados a una estrategia, haciendo que la ofensiva capitalista continúe y siga adelante. Y esto ha sido así por la ausencia de dirección real de dichos movimientos. Ninguna de ellas fue conducida diariamente y globalmente, y no se negoció con la dictadura mientras los trabajadores estaban en lucha sino se "dialogó", cuando los paros habían terminado. Y esto debido precisamente a la orientación reformista abierta de la mayoría de las direcciones políticas de las organizaciones sindicales y políticas.

En otras palabras, se trata de la estrategia política que comparte la IU de subordinar las luchas populares a la defensa sin más de la democracia burguesa (parlamento, municipios, elecciones, etc.) porque en ese terreno esperan desarrollar mejor su particular poder de grupo partidario en tanto representantes mediadores y lograr un "frente popular" con sectores burgueses detrás de un capitalismo nacionalista. Esto lleva a contener la conciencia anticapitalista de las masas, y a que sus luchas sean controladas y no desborden estos parámetros, que arriesgarían sus pretensiones estratégicas.

La crisis económica, y las medidas del gobierno para enfrentarla en resguardo del capital, han sido los elementos de base que por sus

efectos sobre los trabajadores han incidido en la dispersión de la clase obrera y del conjunto del movimiento de masas. En este sentido debemos relieves dos aspectos. La reducción del empleo estable y con él el afianzamiento de la tendencia a la diferenciación creciente entre una capa reducida de trabajadores con empleo y salarios estables y una masa mayoritaria desempleada o fluctuante entre empleos coyunturales. Son cerca de 200,000 personas que en 4 años pasan a la desocupación y/o sub-empleo (La PEA en esta situación es de 2'858,300 personas para 1978 —INE—, asumiéndose que para 1985 "optimistamente" tendríamos en el país más de 400,000 desempleados y casi 3'000,000 de sub-empleados —"Análisis Laboral", N° 41, Nov. 1980—).

En segundo lugar, esta política de desocupación masiva, sólo se consiguió aplicar gracias a la intervención del gobierno militar, golpeando la estabilidad laboral, a través de sucesivos Decretos (011-76, 010-77, y el D.L. 22126 de 1978), cuyo objetivo simultáneo fue la práctica liquidación de una generación de cuadros dirigentes y activistas sindicales que ha debilitado la fuerza organizativa de la clase obrera, en particular su sector industrial.

Problemas actuales del movimiento obrero-popular. (El último Paro Nacional (15 enero 1981) y el VI Congreso de la CGTP)

A raíz del más feroz paquete de alzas de los últimos años, decretado por el Ministro Ulloa, se desata en el país la movilización de sectores de masas importantes que —como en las oportunidades previas— desembocará en el último Paro Nacional del 15 de enero, que no alcanzó tampoco la dinámica ni el impacto que tuviera el del 19 de julio de 1977.

Lo que aconteció no es historia nueva. Como en los paros anteriores, los trabajadores no encontraron en su propia dirigencia política y sindical un instrumento eficaz para la victoria de sus demandas. Sin embargo, dado su encuadre en circunstancias de afianzamiento de la democracia burguesa formal, en la que dichas direcciones asumen una estrategia de adaptación y colaboración de clases, el Paro último marca un momento de singular importancia en la historia del movimiento obrero y popular. Es el agotamiento del proceso de organización y movilización espontánea de las masas que comenzó en 1977 y, a la vez, el inicio de un movimiento popular de contenido diferente, que se pondrá de manifiesto en toda su dimensión recientemente en los llamados "movimientos populares regionales" y un disperso movimiento cada vez más gremialista de los trabajadores, cuyas movilizaciones terminan en la Plaza del Parlamento.

Queremos registrar las evidencias de lo que venimos señalando para sobre este piso ahondar en su significación. Primero referidas a las

movilizaciones en diferentes puntos del país en torno al Paro Nacional, y luego las posiciones y acciones de los dirigentes políticos y sindicales nacionales.

AREQUIPA, marcha y mitin presididos por el Alcalde (miembro de IU).

CHIMBOTE, marcha y Asamblea Popular el 14 de enero en la que se conforma el CUL, que agrupa a la Federación Sindical de Trabajadores de Ancash (FESIDETA), 46 PP.JJ y la IU.

IQUITOS, pequeña movilización el 14 de enero, constituyéndose la Coordinadora Sindical Provincial de Maynas, que agrupa a la Federación Departamental de Trabajadores de Loreto, Bancarios, SUTE, trabajadores de PETROPERU. Esta Coordinadora se constituye como organismo diferenciado del Frente de Defensa de Loreto, formado anteriormente.

HUANCAYO, mitin y movilización convocada por IU y CUL que se constituye fugazmente.

LA OROYA, Constitución del CUL y movilización.

CAJAMARCA, Paro Departamental decretado por la Municipalidad Provincial, Cabildo Abierto presidido por el Alcalde (miembro del APRA) y constitución de un Frente Popular.

CUSCO, Paro de 48 horas, movilización y mitin convocado por el Comité Coordinador de Organizaciones Sindicales.

CHICLAYO, Paro parcial, fundamentalmente Bancarios, trabajadores Municipales y CAPs.

TRUJILLO, Paro Total, movilización y mitin, encabezado por la Federación Departamental de Trabajadores de La Libertad.

PUNO, Marcha y Mitin encabezados por el Alcalde (miembro de IU).

HUARAZ, Movilización encabezada por el Alcalde.

ICA, Movilización convocada por el Comité Coordinador Sindical.

Por su lado, las dirigencias políticas de las organizaciones sindicales y políticas, harán su papel.

—La CGTP impone un "Comité Nacional de Huelga", que sólo existirá de nombre, con la participación de la CGTP, CNT, FETRAMUNP (empleados Municipales), FENAOMP (obreros Municipales), CITE (estatales), FETRAVIP (Vidrios) y Federación de Luz y Fuerza, excluyendo a la CCP (campesinos), SUTEP (maestros), Mineros, y otras organizaciones que aparecerán para los efectos de los Comunicados públicos como "Coordinadora Sindical Nacional", cada cual convocando por separado al mismo Paro.

- Distorsionan los objetivos del Paro, introduciendo su plataforma de capitalismo nacionalista, por tanto de adaptación a la democracia burguesa, predicando como lo ha hecho la dirección de IU que los enemigos son Ulloa, los Monopolios y los yanquis, pero no el capitalismo y sus defensores; "legislatura extraordinaria" del Parlamento para allí cambiar el presupuesto y la política económica actual; lograr "protección arancelaria y crédito barato para la industria" (comunicado UDP), buscando ganar a la supuesta "burguesía nacional" hacia un "frente patriótico", pidiendo algunas organizaciones políticas como VR, que la CONACO (gremio de la burguesía comercial) "se incorpore al Comando del Paro", y el PCR que la "IU integre a la lucha... a las fuerzas social demócratas, nacionalistas, regionalistas, y a la iglesia progresista, empresariado nacional y sectores patrióticos de las FF.AA que estén dispuestos a defender los intereses populares y *construir una alternativa de gobierno democrático, patriótico y no alineado*" (Pronunciamiento del PCR, 13 de enero 1981).
- El mismo día del Paro, la IU desfila en los actos de conmemoración de la batalla de San Juan y Miraflores, que el gobierno había convertido en manifestación de apoyo a Belaúnde y rechazo al Paro Nacional.

En los hechos consignados están presentes contradictoria y complementariamente los elementos indicativos del agotamiento de la movilización revolucionaria espontánea de las masas, con avances en la centralización de un amplio frente de trabajadores bajo la dirección del proletariado, característico del período previo, cuyos últimos impulsos se han expresado en la constitución de CULs y organismos de Coordinación Sindical en algunas provincias (La Oroya, Chimbote, Iquitos, Ica, Trujillo), que luego serán sustituidos y abandonados por frentes *de clases* en la que los Alcaldes o los Municipios, integrantes del Estado capitalista, serán el eje tras del cual se supedita las luchas de las masas y sus organizaciones autónomas. Es lo que ha ocurrido en la oportunidad del paro nacional en Arequipa, Puno, Huaraz, Cajamarca, lugar este último en que el paro departamental del 14 de enero es decretado por el Concejo Provincial, derivando la movilización en la constitución de un Frente Popular bajo la clara hegemonía política del Apra.

Es el agotamiento también en consecuencia, de las grandes movilizaciones unitarias que comportaron la incorporación de los sectores populares en la dinámica del movimiento obrero, permitiendo levantar la fuerza de la clase y actuar como fuerza política frente al Estado de los capitalistas que, como lo definimos, si bien no logró frenar su ofensiva económica y política, sin embargo, permitió la ampliación del espacio político para las masas, que devino al final en espacio sólo para

el repunte electoral y el desarrollo de los intereses particulares de los partidos de izquierda en su intento de representación-sustitución de las masas organizadas, y su imposición como fuerza política nacional. Por eso mismo, este agotamiento, es simultáneamente el inicio más claro de movilizaciones controladas, limitadas al encuadre en que coloca el reformismo obrero burocrático a las luchas de las masas.

Por primera vez, luego de 5 paros nacionales en que el CUL tuvo existencia fugaz aunque real —impuesto por las propias masas— incluso sólo para la convocatoria de dichas acciones para luego ser saboteado, en esta oportunidad, la dirección PC de la CGTP impidió hasta su constitución, sobre la base de la dispersión del movimiento de masas y el sometimiento cómplice de las dirigencias políticas de las "federaciones independientes" (Patria Roja, VR y el resto de la UDP), y la debilidad de las tendencias socialistas revolucionarias.

El VI Congreso de la CGTP.

Este curso y dinámica del movimiento de masas ha sido expresado y formalizado en el VI Congreso de la CGTP (realizado entre el 29 de enero y el 1° de febrero de 1981), la central más importante de los trabajadores peruanos. El desarrollo y resultado del evento fue orientado a ratificar a la cúpula dirigente y a confirmar una línea de colaboración de clase, bloqueo a la lucha de las masas y sostenimiento de la división y dispersión del movimiento sindical.

La línea política general del Congreso, que formalmente se coloca en una postura de oposición al régimen, encuadra las perspectivas de las masas, de sus organizaciones y formas de lucha tras el objetivo reformista de defensa de la democracia burguesa y "ampliación de sus márgenes". En esta línea, la dirección PC de la Central expresa su aval y apoyo a la propuesta de IU de propender un frente con el Apra, al mismo tiempo que colocó al movimiento obrero organizado a la cola de la Tripartita al eludir la discusión sobre la política a seguir en relación a este instrumento de la burguesía de conciliación de clases. Las otras corrientes políticas de IU estuvieron en la misma orientación, limitándose sólo a reclamar un lugar en la Tripartita para la llamada "Coordinadora Sindical Nacional".

En el terreno de la organización de los trabajadores y sus tareas inmediatas en respuesta a la ofensiva del capital, el Congreso se limitó a aprobar un extenso inventario de reivindicaciones (más de 100 puntos), buscando dispersar los ejes centrales de la acción de masas en la coyuntura actual, que por lo demás no contempla tareas para la movilización de las masas que supere las medidas aisladas de mera protesta, excepto la sanción de un acuerdo de paro de 48 horas, sin objetivos precisos y ha realizarse "luego que se supere el conflicto con el Ecu-

dor". De esta manera, el movimiento sindical, una vez más estará privado de un plan de lucha que dé perspectivas a sus acciones, por fuera de los marcos del juego burgués, frustrando nuevamente el desarrollo de los impulsos de lucha de las masas.

El PC en su afán de permanecer y fortalecerse como interlocutor privilegiado con el gobierno y los capitalistas ha mantenido la división sindical, que hábilmente ha ido manejando alrededor del último paro nacional. El VI Congreso rechazó la propuesta de impulsar un Congreso de unidad para constituir la Central Única y para conformar una Comisión de las Centrales y Federaciones Independientes que organice este evento. Sus "concesiones" unitarias sólo alcanzaron a la afiliación del SUTEP y SIDERPERU y su incorporación a cargos dirigentes de la Central. Incorporaciones sin una delimitación política clara, que no pueden constituir sino una maniobra de creciente acercamiento político a algunos grupos de la izquierda igualmente de orientación democrática, nacionalista y popular, en la perspectiva de una mayor coordinación centralizada de esas organizaciones políticas que aún está en sus inicios, y que más adelante podrían traducirse en una centralización gremial atada y enteramente controlada por la convergencia de esa izquierda. O en palabras de Javier Díez Canseco, dirigente de V.R., "resulta indispensable dotar a IU de una organización unificada y de un solo brazo sindical". (El diario, 31-5-81, pág. 4).

En este período asistimos pues al desarrollo intenso de una conducta y una línea política en el seno del movimiento de masas que bloquea el desarrollo de las tendencias de las masas hacia el antagonismo frente a las instituciones del Estado burgués, hacia la formación de las bases del poder directo de los trabajadores y la democratización de sus propias organizaciones sindicales. Así se perpetúa el control burocrático de los organismos de las bases.

Gremialismo disperso y reivindicaciones regionales

Esta tendencia en curso de desarrollo en el grueso del movimiento de masas de nuestro país, ha dado paso a movimientos reivindicativos que han devenido en estrictamente gremialistas por la arbitraria y convenida separación entre lo sindical y lo político, en el que lo segundo ha sido reducido, por la propia izquierda, y es de patrimonio de las "representaciones democráticas", Parlamento, Municipios, elecciones. Junto a ello, movimientos más amplios de carácter regional que levantan reivindicaciones más bien "oficiales", en el sentido de constituir demandas que son parte de la política del Estado en su función compensadora del desequilibrio estructural propio del desarrollo del capitalismo, que por lo mismo es de interés de las varias fracciones y capas de clase existente, básicamente en las unidades urbanas que concentran la

estructura de poder de la región, en particular de la burguesía comercial y capas medias profesionales y asalariadas, socialmente vinculadas a ella.

En relación a lo primero, el conjunto del movimiento sindical, obrero y de capas medias asalariadas, han recurrido a acciones huelguísticas totalmente dispersas y aisladas, cada una en busca de mejoras salariales, huérfanas de articulación y perspectiva políticas. No sólo 1980 ha significado una oleada de movilizaciones de este tipo, en número mayor que 1979, sino los 6 meses transcurridos del presente año son parte de esta misma dinámica en la que la creciente división de los trabajadores es su característica particular.

Queremos subrayar que nos referimos a la dinámica de división de los trabajadores *organizados*, entre aquellos con empleo y salarios estables. División que asume una doble dimensión: La primera como correlato de los términos específicos que asume el acelerado proceso de reorganización de los patrones de acumulación del capital en nuestro país, que en uno de sus aspectos implica la concentración de los recursos de producción en las actividades de exportación, principalmente de materias primas y secundariamente de producción industrial, afectando de manera importante —aunque desigual— al resto de la actividad económica. Para los trabajadores, en su lucha por mejoras salariales, este proceso viene significando una abierta y profunda discriminación en la concesión de aumentos vía las demandas por negociación colectiva. Son los sindicatos de estos sectores de actividad, a condición de la fuerza y combatividad de su organización, los que obtendrán los más altos aumentos, como son los casos de los trabajadores de BAYER S.A., CENTROMIN, MARCONA, TOQUEPALA y CUAJONE, y los petroleros, que conquistan 1,250, 950, 917, 1,050 y 833 soles respectivamente de aumento diario. Conquistas que aparecerán prolijamente difundidas por el gobierno como logros de la Comisión Tripartita y la "concertación social".*

Mientras las débiles organizaciones sindicales de los obreros de la mediana y pequeña minería, metalúrgico y demás actividades de la industria así como aquellos sectores medios y populares, en el mejor de los casos con dificultad y de manera excepcional superan el límite de los 500 soles de aumento, enfrentando los trabajadores una cerrada y concertada terquedad del capital, que para fines de ablandamiento de la resistencia obrera recurrirán a la hoy fácil acusación de "terroris-

* En los mismos términos ha funcionado la reposición de los despedidos, la misma que se ha hecho efectiva sólo en el caso de Centromin, la FEB, Banco de la Nación, y se estudia el caso de los Petroleros. Marchas, huelgas de hambre prolongadas de los despedidos y sus Sindicatos del resto de trabajadores no han tenido eficacia.

tas" a los dirigentes sindicales, como ha sido el caso de los 17 trabajadores de la Mina Santander, y el Secretario General del Sindicato de la Mina Huampar, así como muchos otros; al encarcelamiento de los trabajadores Municipales, y el endurecimiento de las relaciones con el SUTEP.

Como mecanismo de compensación a los mayores salarios de los trabajadores del sector monopólico del capital, las empresas tienden al uso de empresas subcontratistas, en las que los trabajadores no pueden reclamar los salarios y las condiciones de trabajo que rigen para todos los trabajadores de la empresa grande. Esto es común en las empresas mineras como Cuajone en, la que la SOUTHERN hace uso de 3 empresas sub-contratistas (Acса, Biondi y Transerge), o las petroleras como la OCCIDENTAL que opera con una empresa sub-contratista, "Instalaciones Selva S.A. (INSELSA) que ocupa a 920 trabajadores, quienes recientemente fueron despedidos por fomentar la formación de su organización sindical.

Al interior del contingente inmenso de trabajadores no sujetos al capital monopólico de los rubros al que nos referimos, se ha introducido a partir de marzo de 1981 un nuevo mecanismo de división y dispersión de los trabajadores. La distinción entre "bonificaciones especiales" y "anticipos" o adelantos que serán deducidos de lo que cada sindicato obtenga como adelanto por negociación colectiva.

Considerando que las "bonificaciones especiales", fijadas por el gobierno, están destinadas únicamente a los trabajadores no sindicalizados, y considerando a la vez los montos exigüos alcanzados por negociación colectiva por la mayoría de organizaciones sindicales, las mismas que han sido incluso menores que la última bonificación especial concedida, la fórmula que ha puesto en práctica el equipo Ulloa-Grados no sólo restringe los alcances de los Convenios Colectivos que regían para todos los trabajadores, sean o no sindicalizados, sino que además promueve y alienta la mayor burocratización de la instancia sindical, vía la sujeción a las directivas que provengan de la "Comisión Tripartita", y a la vez alienta la desmovilización sindical en aras de la "concertación social".

Estamos entonces frente al desarrollo de una política por parte del capital de contención permanente del movimiento reivindicativo de las masas, y en consecuencia, de la reducción y encarrilamiento de los márgenes del ejercicio de sus derechos democráticos, que busca contrarrestar la presión creciente que los trabajadores ejercían a través de los sindicatos, intentando impedir el desarrollo de una clase relativamente homogénea y autónoma, capaz de llegar a niveles de conciencia de clase y capacidad organizativa que cuestione el poder del Estado ca-

pitalista. Y la línea política y la práctica de la IU en la dirección de los organismos gremiales y políticos de los trabajadores no está precisamente en una perspectiva diferente; por el contrario, al oponerse al desarrollo de la fuerza organizada de la clase, sólo lleva agua al molino del enemigo de los trabajadores.

La Tripartita y los márgenes de negociación de la dirigencia de la CGTP y todo el bloque "demográfico-popular" podrían encontrar su sustento político en esta segmentarización y dispersión organizativa de los trabajadores, en el debilitamiento por lo tanto de la unidad real de la clase, suplantando la fuerza de las organizaciones directas de las masas por movimientos frente populistas, tal como viene aconteciendo en los denominados "movimientos populares regionales", en la que se pretende hacer de los Municipios los centros de organización y movilización de burguesías regionales y sectores populares que presionen por mejoras en los servicios locales y cuya dirección política es terreno de disputa entre la IU y el Apra. Partido este último que ha claramente liderado esos movimientos en Chiclayo y Cajamarca, disputando de cerca la conducción del reciente movimiento de Chimbote, con la IU.

Y no puede y no podrá ser de otro modo en la medida que reivindicaciones consideradas primeras en dichos "movimientos regionales" como "Canon Minero" en Moquegua-Ilo, "Canon petrolero" en Iquitos, "Canon maderero" en Pucallpa, desarrollo de las irrigaciones de Olmos en Chiclayo, y de Majes en Arequipa, etc., son de interés inmediato y también primero de las burguesías comerciales, mediana y pequeña burguesía agraria, capas medias profesionales "independientes" y capas medias asalariadas conectadas a dichas fracciones burguesas.

El objetivo político de estos "movimientos populares regionales" está precisado por los dirigentes de IU, y de manera particular por sus tendencias más consistentemente democrático-nacionalistas como el PCR: "El asunto es defender SIDERPERU como industria, y base de un proyecto regional y nacional", pero no sólo se trata de un caso aislado... "En caso semejante se encuentran los *petroleros*, *mineros* y el *proletariado limeño*, quienes con su lucha actual no sólo pretenden defender a la incipiente y siempre débil industria nacional, sino que atisba la creación de un nuevo proyecto económico, de carácter integral y democrático" ("El Diario" 23-3-81, Santiago Pedraglio, pág. 10). Proyecto económico que a las claras no tiene un carácter de clase, privilegiando, por el contrario, los intereses de los llamados "débiles intereses industriales nacionales", graciosamente representados por Mufarech, miembro del PPC, personaje particularmente promovido por "El diario de Marka".

Los movimientos de resistencia al control burocrático y las corrientes socialistas

Como parte del contradictorio y desigual avance del movimiento de masas, cuya situación y tendencia es su contención global a nivel político y sindical, y su encuadramiento por el reformismo democrático-nacionalista en los marcos de la democracia burguesa, no dejan de estar presentes en algunos de sus sectores, bases de trabajadores que luchan aún por sostener su autonomía respecto del control burocrático e intentar reorientar la perspectiva del conjunto del movimiento obrero y popular.

En esta oportunidad, nos limitaremos sólo a delinear algunos elementos de la experiencia práctica de algunos sectores, siendo necesarias una mayor profundización en el análisis y seguimiento en estos y otros frentes específicos de masas, que será motivo de un otro trabajo. Hasta donde llega nuestra exploración en este terreno, creemos que los trabajadores textiles, bases importantes del sector metalúrgico, y trabajadores organizados en la CUAVES (Villa el Salvador) están en esta perspectiva, y en esta pelea.

En los tres casos, después de prolongadas y desastrosas experiencias bajo la dirección o influencia de las corrientes burocráticas, la presencia de tendencias políticas socialistas de oposición a dichas direcciones, sosteniendo la necesidad de la unidad, fortalecimiento y democratización de las organizaciones de los trabajadores, ha permitido la existencia de un movimiento de bases autónomo, aunque aún inicial e incipiente. Cuya maduración está limitada, pero simultáneamente condicionada, por la emergencia dificultosa y lenta de cuadros sindicales y políticos de recambio a la anterior generación que fuera eliminada de las organizaciones gremiales por la represión capitalista.

En el caso de los trabajadores textiles, la derrota de las corrientes democrático populares por parte de los trabajadores es contundente. Su vieja (desde 1975) práctica paralelista de inventar una segunda Federación le ha significado su destierro del gremio textil como fuerza política con influencia, pero a costa de constituirse en el responsable mayor de la subsistencia del Apra en la dirección formal de la Federación, así como poniendo en riesgo las conquistas históricas del gremio (Pliego Unico, Costo de Vida textil, etc.).*

El movimiento autónomo de las bases textiles no logra aún su expresión orgánica, pero la experiencia hecha y el creciente deterioro de sus niveles salariales y de condiciones de trabajo apuntan a la maduración de un nuevo movimiento en este frente de masas. La constitución

* Ver *Sociedad y Política* N° 9. "El proletariado textil.— contra patronos y burocracias".

reciente de la Federación Regional Sur de Trabajadores Textiles, es parte de este impulso.

Los trabajadores metalúrgicos pasan por la misma experiencia, luego de la división de la FETIMP, por disputas de hegemonía burocrática entre el PC-U y Trinchera Roja, varias bases han iniciado un proceso de sacudimiento de su tutelaje y control, que por largos años ha condenado a los trabajadores de la rama a su dispersión y derrotas sucesivas de luchas aisladas. Más que en sector alguno de los trabajadores de la industria, el despido masivo de sus dirigentes y la implantación por la burguesía de policíacos reglamentos internos de trabajo desde 1977, han sido además los mecanismos de contención y desarticulación organizativa.

Sin embargo, han sido los movimientos unitarios de varias bases, en abierta ruptura con las fuerzas políticas del reformismo las que han forzado a ambas direcciones partidarias (la del PC-U y Trinchera Roja) a apurarse a iniciar arreglos de cúpula para la unificación de la FETIMP, que les permita mantenerse en su control.

La crisis del sector automotriz, y en general la marginal ubicación de la rama metal-mecánica en el proceso de reorganización de los patrones de acumulación del capital, coloca a los trabajadores en una situación particularmente difícil, que no asegura el éxito del movimiento autónomo al interior de este sector de trabajadores, cuya inestabilidad será duradera, aunque por lo mismo podría derivar en una fuerza importante que desborde las pretensiones de encuadre del reformismo democrático-popular y con él su control.

En su lucha de resistencia actual contra la política del capital y su gobierno, los trabajadores que viven en Villa El Salvador, no sólo han logrado superar la nefasta labor de destrucción de su organización desatada por la dirección de Patria Roja y las otras tendencias de similar orientación, sino vienen hoy asumiendo un nuevo nivel de organización como el Comité Central de Lucha de Villa El Salvador, bajo cuya dirección, con raíces en los Grupos Residenciales y Manzanas, contienen la ofensiva del gobierno por cancelar su autonomía e independencia organizativa, ideológica y política, así como a través de la fuerza de su movilización organizada conquistan reivindicaciones que las direcciones de IU abandonan por su práctica de adaptación a la democracia burguesa y de colaboración con "Cooperación Popular" y el gobierno.

En la misma medida en que estas tendencias hacia una movilización no encuadrada por el reformismo son aún minoritarias en la dinámica global del movimiento de masas, asimismo —y como su expresión— las corrientes revolucionarias socialistas que pugnan por desarrollar, ampliar, coordinar y centralizar las luchas de las masas, como parte de una alternativa política clara, levantar la fuerza organizada

de las masas como base de su poder, como su Estado alternativo al Estado capitalista, ocupan actualmente también un lugar aún minoritario entre las masas, así como las propias fuerzas intermedias entre el socialismo revolucionario y el burocratismo de izquierda, como las corrientes trotskistas o aquellas que se atribuyen una postura socialista.

La izquierda no ha logrado aún el control orgánico y centralizado de las masas; y aunque en el disperso movimiento gremialista de los trabajadores, es mayor la influencia de esta izquierda, bases importantes luchan por sostener su autonomía respecto del control burocrático. Asimismo, las propias líneas de la política de reorganización de los patrones de acumulación del capital en nuestro país, concurren a plantear para las masas la exigencia de resistencia, convertida para una gran parte de ellas en una lucha directa por la supervivencia.

Estos factores no dejarán, por su lado, de generar dentro de la propia izquierda dominante, conflictos y diferenciaciones de núcleos que pugnen por encontrar el camino de ruptura con la ideología de la burocracia y concurren al desarrollo de la lucha por la democracia directa de las masas.

Sin dejar de ser minoritario durante una etapa en el conjunto del movimiento de las masas, el socialismo revolucionario puede sin embargo sostenerse y consolidarse como tendencia organizada en núcleos y sectores importantes de ese movimiento, con capacidad no solamente de ejercer la crítica desmitificadora del dominio burocrático y reformista sobre las masas, sino sobre todo desarrollándose como dirección alternativa posterior.

PODER Y DEMOCRACIA EN EL SOCIALISMO

Aníbal Quijano

La perspectiva anticapitalista, y por ello mismo antimperialista, de las actuales luchas de los explotados peruanos y del proletariado en particular, es una determinación objetiva del carácter general de las luchas de clases en esta formación social y de su modo de articulación en el orden capitalista internacional.

Aunque es todavía mayoritaria la dirección de las organizaciones partidarias y sindicales que sostiene que en esta etapa la revolución peruana tiene carácter nacional y no de clase, las principales investigaciones llevadas a cabo concurren a demostrar lo contrario, y la experiencia práctica del movimiento obrero y popular, especialmente a partir de las grandes movilizaciones iniciadas con el paro nacional de 1977, implicó la demostración material más rotunda de que su enfrentamiento se hacía contra el capital, la burguesía y su Estado y de que su única perspectiva victoriosa era la destrucción de ese enemigo preciso. Esto es, la revolución socialista.

AHORA, eso es inclusive más definido, tras el importante cambio histórico que significa en la política peruana el acceso al comando directo del Estado alcanzado por los representantes del capital internacional en el país. A diferencia de hace apenas una década, cuando era casi marginal entre los trabajadores y entre los intelectuales revolucionarios la corriente socialista, ésta es ahora ya extensa aunque minoritaria y su influencia se amplía en importantes sectores del movimiento obrero y popular. Eso se expresa tanto en el desarrollo de nuevos movimientos de organización política en el seno de los trabajadores, como en la reflexión e investigación intelectual.

Sin embargo, el hecho de que varias de las organizaciones que se reclaman revolucionarias socialistas hayan, como los troskistas, mantenido su burocratismo sectario en circunstancias decisivas para la reorientación y reagrupamiento político de las masas movilizadas, o el que otros grupos menores que hacen público su reconocimiento del carácter socialista de la perspectiva revolucionaria de las luchas actuales de

los trabajadores explotados, mantengan su integración en la IU sin debate y sin crítica explícita y pública de la actual práctica política de esa alianza, ostensiblemente burocrática, reformista y parlamentarista o institucionalista en general, no son sin duda accidentales.*

Tales hechos ponen en evidencia que no basta, en modo alguno, reconocer que el capital tiene el dominio de las bases materiales de esta formación social; que las relaciones de servidumbre y las clases sociales correspondientes están terminando su desintegración; que, en consecuencia, el Estado peruano de hoy es depuradamente burgués y que la burguesía que lo domina ha sido igualmente depurada de sus fracciones más atrasadas y de sus previas alianzas con el señorío gamonal. Y que, en fin, las luchas político-sociales de hoy oponen al proletariado y a las demás capas explotadas a la burguesía y a su Estado y al dominio imperialista que con ellos se ejerce. Que todo eso no es bastante para practicar las formas de lucha y de organización implicadas en la perspectiva de la revolución socialista.

Más de 60 años de experiencias revolucionarias triunfantes y derrotadas, han mostrado que el desplazamiento de la burguesía de la propiedad de los medios de producción y del Estado, no conduce siempre de modo inevitable o necesario al continuado proceso de socialización de la sociedad, cuyo desarrollo y maduración se llama comunismo.

Los problemas que de allí se desprenden son el terreno del revitalizado debate e investigación contemporáneos en el movimiento revolucionario socialista internacional. Pero ese debate en el Perú apenas ha comenzado, a pesar de que viene desarrollándose en el seno de algunas organizaciones como el Movimiento Revolucionario Socialista (MRS) y de que en esta misma revista se han hecho públicas algunas líneas de reflexión y de investigación. Y, más aún, son muchos los sectores de la izquierda peruana que omiten del todo el estudio y el debate de estas cuestiones, acaso por considerar que ellas han sido ya resueltas, de una vez para siempre, en modelos históricos a los que, a pesar de saberlos bajo cuestión abierta, prestan una simplista adhesión.

Así, sobre el problema de la estructura de poder que la revolución socialista implica en general, e implicaría en el Perú en particular; sobre el modo de reorganización y socialización de la división social del trabajo, apta para dar paso a la erradicación de la explotación, capitalista en particular; sobre la relación entre poder político y partidos, y consecuentemente sobre el carácter y forma institucional de las organizaciones partidarias del proletariado; acerca del lugar del partido en la clase, sobre todo en relación con los otros organismos de la clase, como los sindicatos; acerca del problema de la unicidad o pluralidad

* Por ejemplo, la Confluencia Marxista-Leninista o el MIR – El militante.

de partidos en el seno de las masas trabajadoras y en relación con el poder político, sobre el problema de la burocracia y de las tendencias a la reconstitución de nuevas sociedades de clase a partir del poder burocrático; acerca, por lo tanto, de la naturaleza de las formaciones sociales denominadas de "socialismo realmente existente", de las condiciones de su constitución y desarrollo y de su revolución; sobre el problema de las alianzas de clases y el poder político revolucionario, del lugar del proletariado en ellas y de las condiciones y formas de su dirección; acerca de la cuestión del nacionalismo y de su relación con el internacionalismo; sobre los condicionamientos sobre el proceso socialista, provenientes de las bases históricas del capitalismo subdesarrollado y dependiente; sobre las relaciones entre nacionalismo y socialismo y entre socialismo y comunismo; en fin, sobre todas estas cruciales cuestiones el debate peruano es incipiente. Empero, nadie entre quienes se reclaman revolucionarios socialistas puede sostener, frente a la crisis del capitalismo y a la del "socialismo realmente existente", que puede madurar efectivamente la perspectiva organizada de la revolución socialista en el Perú sin el estudio y el debate de esas cuestiones, no solamente en la investigación teórica, sino mucho más aún en la práctica viva de las luchas diarias de los explotados.

A contribuir a ese debate impostergable, se destinan las notas que siguen. Ellas adelantan proposiciones en elaboración y necesidades de investigación. Son las primeras de una serie que debe ir apareciendo en esta u otras publicaciones, explorando las cuestiones arriba mencionadas y corrigiéndose en el debate. Este texto no abarca, por eso, a todas ellas, ni pretende agotar las que aborda, que son dos: el problema de la estructura de poder en la revolución socialista y, en relación con eso, el problema del carácter de las organizaciones políticas.

La Revolución Socialista: Un proceso de socialización

La revolución socialista es un período particular de la lucha de clases caracterizado, ante todo, por dos rasgos básicos e inseparables:

1.—Un proceso de socialización del poder político, que comienza con la destrucción del Estado burgués y no por su conquista y en cuyo lugar se establece la democracia directa de los productores. Que se desarrolla disolviendo las instituciones en las cuales se encarna la privatización del poder político y su separación de la vida cotidiana y del control directo de los productores; erradicando las bases sociales que las sustentan y las reproducen. De ese modo, se va profundizando la socialización del poder político, como reinserción de éste en la vida diaria de los trabajadores, en un proceso que lleva a la extinción de toda forma de poder político.

2.—Un proceso de socialización de los recursos de producción y de la división social del trabajo, esto es su puesta bajo el control y gestión inmediata y directa de los productores, organizados en poder político directo. En su desarrollo se van erradicando todos los elementos explotativos en las relaciones de producción, apropiación y las condiciones de su reproducción, materiales e ideológicos. Se reorganiza la división social del trabajo y del intercambio, en contra de la producción de mercancías y de su intercambio en el mercado. Se reorienta las necesidades sociales y en función de ellas se busca aumentar la capacidad productiva de la sociedad para la satisfacción de esas necesidades, definidas y redefinidas constantemente de manera colectiva y democrática, sin cuyo desarrollo no podría afirmarse el proceso de socialización y las bases de su reproducción. La maduración de este proceso lleva a la erradicación de toda base social de desigualdad expresada en clases.

El primero es condición y punto de partida del segundo, y eje permanente de la dirección de todo el proceso global. Pero el segundo es, a su vez, fundamento de la profundización y maduración del primero y de todo el proceso conjunto. Entre ambos pueden haber discontinuidades de ritmo y de amplitud durante el proceso, debido a las relaciones de fuerzas políticas y a los condicionamientos materiales e históricos generales. Más ninguno puede tener lugar sin el otro, salvo efímeramente. Es decir, a costa de la derrota. Sea en su forma de reversión o de desviación del proceso, según las situaciones.

Es, pues, la presencia conjunta y articulada de ambos procesos diferenciables, lo que permite reconocer y distinguir en un proceso histórico global, más allá de sus denominaciones bautismales o de sus orígenes reales, su carácter socialista. Esto es, de afirmación y desarrollo del comunismo.

Socialismo y Comunismo

En el marco del debate actual, especialmente en el Perú, no es seguramente ocioso insistir en que el concepto de revolución socialista no se refiere a un modo de producción o a un modelo de sociedad, ubicable entre el capitalismo y el comunismo.

La revolución socialista es una transición, en el sentido de una lucha constante entre los elementos de la sociedad que se trata de revolucionar y los elementos que concurren a la socialización y que la expresan. En esa perspectiva, se trata efectivamente de una lucha de clases, puesto que éstas son las portadoras de los intereses implicados en tales elementos.

La transición socialista no puede conducir al comunismo si no fuera ya una primera etapa de éste. Es decir, un proceso en el cual de un lado se erradican las bases de la explotación y de la desigualdad entre

las clases, las formas de poder político en que ellas se organizan, mientras simultáneamente la socialización de la sociedad en cada una de sus instancias toma cuerpo y se desarrolla, esto es las bases de una sociedad sin mercancía y sin mercado, sin clases sociales ni poder político privatizado y separado de la vida cotidiana de las masas, y cuya profundización y maduración y consolidación se llama comunismo.

Ese es, sin duda alguna, el preciso sentido de la formulación de Marx en la Crítica del Programa de Gotha, sobre el doble carácter del proceso socialista: al mismo tiempo una transición entre capitalismo y comunismo y ya la primera etapa de éste. Porque sin ser lo último no podría ser lo primero.

La socialización del poder político y la democracia directa de los productores

A medida en que avanza el conocimiento sobre el tipo de poder político que se desarrolla en los países llamados como "socialismo realmente existente" y particularmente en Rusia, en la forma de una inmensa maquinaria institucional de administración, de coerción y de represión, cada vez más separada de la vida diaria de los trabajadores y por lo tanto de su control inmediato, y que se relaciona con ellos de manera burocrática y despótica, ha rebrotado con vigor el debate sobre las relaciones entre democracia y socialismo.

Ese problema y su tratamiento es lo que ha dado origen a la corriente llamada "eurocomunista", que se desenvuelve sobre este particular admitiendo la equivalencia entre dictadura del proletariado y el tipo de poder político imperante en aquellas formaciones sociales, y por lo cual algunos de los partidos que forman esa corriente, como en el caso específico del Partido Comunista Francés, han resuelto el abandono del concepto mismo en su teoría y en su práctica. De ese modo, se emparentan con la socialdemocracia actual, y sostienen que la lucha por el socialismo en los países de capitalismo desarrollado implica un gradual avance del proceso de democratización del Estado actual, que es burgués, por la ampliación de la participación de los partidos obreros dentro de él hasta su ocupación total.

Así, las relaciones entre democracia y socialismo son pensadas en la práctica dentro del marco de la teoría burguesa del Estado, y se abandona la teoría materialista de la historia para la cual la revolución socialista implica la destrucción de ese tipo de Estado y su reemplazo por una forma de poder político que las masas productoras puedan controlar directa e inmediatamente, como primer paso hacia la gradual extinción de toda forma de poder político en la sociedad.

¿Por qué Marx y Engels, fundadores de la teoría materialista de la historia, llegaron a la conclusión de que era necesario destruir el tipo

de Estado burgués y reemplazarlo por un tipo de poder político que los productores pudieran controlar directa e inmediatamente?

La respuesta es conocida. En esa teoría, el Estado en general es la resultante de la división de la sociedad en clases sociales y de la lucha entre ellas. Y el Estado burgués es la forma más desarrollada del poder político clasista, porque es en el capitalismo que las clases y sus luchas alcanzan su mayor grado de maduración como fenómenos históricos. Todo Estado clasista y especialmente el burgués, es el correlato político de una cuestión económica: la privatización de la apropiación del excedente producido en una sociedad no puede ser mantenido sino por medio de la privatización del poder político. Cuanto más se concentra la apropiación privada del excedente, tanto más privatizado el control del poder político. Y para ello, tanto más separado de la vida cotidiana de las masas y de su control directo.

En el capitalismo, la apropiación privada del excedente se realiza a través de la apropiación del plusvalor. La organización de las relaciones de producción que permiten la generación y apropiación de plusvalor, es lo que se llama explotación. Y el Estado burgués es la condición sine qua non para sostener y reproducir esa explotación. Es por ello, ante todo, que el Estado se desarrolla como maquinaria institucional de administración, de coerción y de represión, separada de la vida diaria de los productores explotados, y a través de la cual se ejerce el poder político en las condiciones concretas que resultan de las relaciones de fuerzas entre las clases y fracciones de ellas, en cada momento concreto, en cada sociedad, dentro del dominio general del interés burgués.

De allí se desprende que entre la forma institucional del poder político y su carácter de clase no existen relaciones accidentales. Todo tipo de poder político que asume la forma de una maquinaria institucional separada del control inmediato y directo de las masas productoras, da cuenta de que un interés social determinado, una clase, requiere la privatización del control del poder político como recurso para sostener y reproducir la privatización de la apropiación del excedente que se produce en la sociedad, lo que implica relaciones de producción de carácter explotativo.

De esa manera, la cuestión de la democracia en el socialismo no se refiere sólo ni principalmente a las relaciones democráticas de todos los sectores de la sociedad en un Estado constituido como maquinaria institucional separada del control inmediato de los productores. Y menos aún se reduce a una cuestión de ética humanista en contra de las dictaduras.

La democracia en el socialismo se refiere a la necesidad de erradicar el carácter explotativo de las relaciones de producción, las del ca-

pitalismo en primer lugar, para dar paso a la apropiación social del excedente. Todo aquel que luche contra la desigualdad de clases lucha ante todo contra la explotación. Y ésta no puede ser erradicada sino en la medida en que se destruya las instituciones políticas que en cualquier sentido, mayor o menor, impliquen la privatización del control del poder político, porque eso es la garantía de la división social del trabajo fundada en la explotación.

En otros términos, la socialización de los recursos de producción y de la división social del trabajo y de la apropiación del producto, que permiten la eliminación de los elementos explotativos en la producción-apropiación, no puede hacerse sino destruyendo y cancelando toda forma de privatización del poder político. Es decir, socializando el poder político.

La socialización del poder político consiste en la redistribución del poder político entre los productores organizados, y a través de sus organismos directamente incorporados a su vida cotidiana, de modo que ellos puedan ejercer el control inmediato y directo de ese poder. Por ello Marx señalaba que ese tipo de poder político es aún un Estado y ya no lo es, al mismo tiempo. Porque el poder político se reinserta en la vida diaria de los productores, y de ese modo va dejando de ser Estado, aunque es todavía un poder político, por democrático que sea.

El socialismo implica, en ese sentido, la democracia directa de los productores. Y la forma institucional de ese poder político socializado, no puede ser en modo alguno semejante con la que tienen los estados clasistas y en particular el más desarrollado de ellos, el Estado burgués. Es decir, no puede consistir en una maquinaria institucional burocrática, de administración, de coerción y de represión, colocada por encima de la vida diaria de las masas, porque ellas no podrían ejercer su control inmediato y directo.

La forma institucional del poder directo de los productores, fue mostrada en su primer momento de maduración, en la Comuna de París, en 1871 en Francia. Y fue entonces cuando Marx pudo también alcanzar la madurez de su teoría sobre el poder político directo del proletariado, tanto acerca de su forma institucional específica, como acerca de la necesidad de su ejercicio dictatorial mientras durara la resistencia violenta y organizada de la burguesía.

No es, pues, por accidente que desde entonces por más de cien años, en todo momento y en todo lugar en que las masas trabajadoras se alzaron luchando contra la explotación capitalista, han procurado destruir la maquinaria institucional del Estado burgués y en su lugar han buscado establecer su poder bajo la forma institucional específica de la comuna, bajo diversos nombres y con particularidades específicas a cada formación social.

La lista es larga. Pero vale la pena mencionar las experiencias más importantes y conocidas:

- 1.—La Comuna de París, Francia 1871.
- 2.—Los Soviets o Consejos Obreros y Populares en Rusia, 1905.
- 3.—Los soviets en Rusia en 1917.
- 4.—Los Consejos Obreros en Alemania, Austria, Hungría, durante las revoluciones derrotadas entre 1918 y 1920.
- 5.—Las comunas de Cantón y de Shangai en 1927.
- 6.—Los Consejos Obreros en Italia antes de la dictadura fascista, 1921.
- 7.—La Comuna de Barcelona y los Consejos de Aragón, durante la revolución española y la guerra civil, 1936.
- 8.—Los Consejos Obreros de Francia en 1936.
- 9.—Las comunas de Berlín, Budapest y Poznan durante las revueltas obreras antiestalinistas, en 1956.
- 10.—La Comuna de Shangai, durante la primera revolución cultural china, en 1967, impulsada primero y reprimida después por el gobierno maoísta.
- 11.—Los Consejos Obreros de Polonia en 1976.
- 12.—La revuelta antiburguesa y antiburocrática del Mayo francés de 1968, puede ser mencionada en la misma dirección.
- 13.—El poder de la COB boliviana en la revolución de 1952.
- 14.—Los Comandos Comunales y Cordones Industriales en Chile en 1972-73.
- 15.—Los Consejos Populares en las zonas obreras de Irán durante la revolución contra la autocracia del Sha, en 1979.

En todas partes, no obstante la diversidad de situaciones históricas, triunfantes o derrotados, los explotados del capital han tratado de organizar su propio poder bajo una única forma institucional genérica: la comuna o consejo obrero y popular. Esos hechos dan cuenta no solamente de eso, sino también del no menos importante para el debate contemporáneo del socialismo revolucionario, que la democracia directa de los productores no es un sueño utópico nacido en la cabeza de intelectuales visionarios, sino una tendencia objetivamente activa en la historia política de este siglo y que va ampliando su lugar y buscando materializarse y perdurar.

Esa forma genérica propia del poder directo de los productores, de la democracia socialista, es precisamente el fundamento del

nombre "comunista" de la revolución contra el capital y de la sociedad fundada en esa nueva forma de organización: la comuna.

No es, pues, ni sólo ni tanto el programa formal, la ideología, la voluntad de representar y de servir a los productores lo que otorga a cualquier tipo de poder político y de forma institucional, su carácter socialista o, en otros términos, de democracia directa de los productores, de socialización del poder político. El control inmediato y directo de los productores no podría ejercerse sino sobre un poder cuya forma institucional es apta para eso. Y esa es la comuna o consejo obrero y popular.

La conquista del poder para las masas explotadas del capital, no consiste en la ocupación pacífica o violenta de la actual maquinaria del Estado burgués, para llenarlo con "nuestros" burócratas, para que defiendan "nuestros" intereses desde allí. Por el contrario, consiste en la destrucción de esa maquinaria y su reemplazo por el poder de comunas o consejos obreros y populares, articulados nacional e internacionalmente entre sí para poder organizar y reorganizar la sociedad en dirección de la plena socialización de la sociedad, a lo cual se llama comunismo.

La socialización del poder es un concepto riguroso y preciso. Su práctica revolucionaria, la constitución y la profundización de la democracia directa de las masas, es el eje y el punto de partida de la revolución socialista.

Las formas concretas y las etapas y límites del proceso de socialización del poder político, sin duda serán resultantes de las condiciones particulares bajo las cuales se desarrollan las luchas de clases y se conquista la victoria de los explotados en cada formación social específica, dentro de contextos históricos nacionales e internacionales concretos. Es decir, de las condiciones materiales y culturales existentes en el punto de partida del poder revolucionario, de las relaciones políticas de fuerzas entre las clases y capas sociales revolucionarias, antes y durante el proceso, así como del nivel y claridad de la conciencia teórica y política de las direcciones revolucionarias acerca de esta cuestión crucial.

Empero, cualesquiera que sean las condiciones y circunstancias concretas, históricamente determinadas, solamente en la medida en que tanto la dirección hacia la cual se encamina conscientemente el proceso, como la práctica institucional cotidiana de la lucha, antes de la conquista del poder y durante su ejercicio, se alimenten recíprocamente en la perspectiva del poder directo de los productores, puede realmente abrirse el paso a ese poder.

Eso plantea el problema de las relaciones entre la conciencia y la praxis histórica concreta y, en consecuencia, el problema de las rela-

ciones entre organización política o partido y la lucha revolucionaria de los productores explotados, el proletariado en primer término, antes de la destrucción del Estado burgués y durante el ejercicio del poder político. Pues el partido revolucionario es la instancia histórica en la cual se anudan las relaciones entre la conciencia y el movimiento objetivo de la historia, dentro del proceso revolucionario socialista.

Poder político y partido revolucionarios

Desde la revolución rusa de 1917 en adelante, las relaciones entre partido y poder revolucionarios han sido aprisionadas dentro de una única perspectiva predominante, teórica y prácticamente, que incluye dos elementos fundamentales: la ocupación del poder político por el partido, en representación de una o más clases y la unicidad total de un partido en ese ejercicio tras la eliminación de todos los demás, aunque en algunos pocos casos esa práctica aparezca disfrazada formal o nominalmente como alianza de varios partidos bajo la dirección de uno de ellos que, en los hechos, es el único partido.

Tal perspectiva no solamente está presente en la práctica de los países en donde, sea por medios revolucionarios o burocráticos, la burguesía fue desplazada del poder político, como ocurre hoy en todos los países denominados socialistas. Está igualmente presente en la teoría y en la práctica política de todos los partidos que forman parte del movimiento comunista oficial (prorusus o prochinos), y hasta hace muy poco tiempo en este asunto no había diferencias entre los partidos de izquierda, pues solamente por la presión de la experiencia y del debate actuales algunos de ellos comienzan a replantearse esta cuestión. Eso incluye también a algunos de las corrientes trotskistas.

La idea que subyace al discurso y a la práctica de aquellas organizaciones, es que *el* partido (esto es, el único partido) es el depositario único de la conciencia de la clase y su dirección organizada. Por lo tanto, sólo el partido puede expresar y representar el poder de la clase y en consecuencia ejercerlo. Siendo ello así, cada partido tiende a buscar la completa hegemonía política y organizacional durante la lucha por el poder, ya que cada uno se considerará el más auténtico y fiel defensor de los intereses de la clase, de modo que al proceder en contra de los demás ejerce esa defensa, lo cual le otorga plena justificación a los medios que se ponen en juego para el logro de la hegemonía. Y aquel que logra tener el control del poder político, o elimina físicamente a los demás o los convierte en mera formalidad.

Inclusive, ocurre ahora en el contexto del renovado debate sobre la necesidad del poder directo de las masas, que ese tipo de organizaciones o corrientes políticas no titubeen en hablar del tipo de Estado que existe en los países llamados de "socialismo realmente existente",

o del Estado que controlarían en otros países, el nuestro, como poder directo de los trabajadores. Desde su particular óptica, puesto que el partido es el cerebro y el organismo de dirección y organización de los trabajadores, el poder del partido en el Estado, no puede sino aparecer, en efecto, como equivalente a poder directo de las masas.

Dos problemas surgen, con claridad, acerca de ese enfoque y práctica del poder revolucionario. El primero de ellos, es que en todos los casos hasta ahora vigentes, en todos los países en los cuales un movimiento revolucionario desplaza a la burguesía del poder, la ocupación del poder resultante por el partido dominante ha dado lugar, más tarde o más temprano, a la reconstitución de una forma institucional característica para ese poder: una maquinaria burocrática, de administración, coerción y represión, que se separa cada vez más de la posibilidad de control de las masas.

El segundo, es que en esas condiciones se constituye también una burocracia cada vez más amplia y despótica en sus relaciones con los trabajadores, y que en el curso de su consolidación y desarrollo comienza a autorreclutarse. Es decir, a constituirse como una nueva clase dominante.

Ambos fenómenos, se desarrollan paralelamente al mantenimiento de una división social del trabajo destinada a la producción y reproducción de mercancías y de mercado; y sobre esa base, de creciente desigualdad en la apropiación real o uso del excedente producido por la sociedad.

Sin duda, los recientes sucesos de Polonia, secuencia de largas luchas en ese mismo país y en otros del área desde mediados de los años 50, entre la clase obrera y la burocracia controladora del Estado, a pesar de sus ambigüedades ilustra con dramatismo la resistencia del proletariado contra el despotismo burocrático, así como las grandes luchas de la revolución cultural china y la actual afirmación del dominio burocrático autoritario allí, testimonian ese conflicto político entre la burocracia que reconstituye un Estado fuera del control de los trabajadores y los movimientos de resistencia de éstos.

Tales fenómenos y luchas concretas, permiten hacer evidente el hecho de que la ocupación del poder político conquistado por las masas contra la burguesía, por un partido único o dominante en nombre de esas masas, no solamente no lleva a avanzar en el camino de la socialización del poder y de la democracia directa de los trabajadores, sino por el contrario es la reiniciación de un proceso que lleva a una reprivatización del control del poder político, y a la restauración de la forma institucional del Estado burgués en lugar de los consejos o comunas obreras y populares. Y que de ese modo se forma y desarrolla una burocracia que domina sobre las masas y tiende a convertirse en

una nueva clase dominante y a mantener relaciones de producción/apropiación de tipo explotativo.

Esa experiencia común a todos esos países, permite observar que la idea y la práctica de la ocupación del poder revolucionario no por las masas mismas a través de sus organizaciones de tipo consejo o comuna, sino por un partido único o dominante, son todavía prisioneros de la ideología burguesa del Estado y sus elementos: la representatividad en lugar del ejercicio directo del poder.

Por eso, no hay modo de no observar en la práctica de los partidos que aspiran a ese tipo de poder, como por ejemplo aquí entre nosotros, de qué modo buscan y logran el control de los aparatos burocráticos de la clase o burocratizan pronto lo que dirigen, dividen los organismos que los trabajadores establecen en sus luchas contra el capital cuando no consiguen la hegemonía o no logran mantenerla contra las demás organizaciones; o fundan organismos supuestamente representativos de los trabajadores sin intervención de éstos, sin su debate, sin sus asambleas, dando lugar a la formación de una capa burocrática que busca o ejercita el control de las masas bajo capa de dirigirlas.

Y eso no depende de ninguna manera de la buena o mala voluntad de las gentes que realizan esa práctica o de su deshonestidad. O por lo menos, no necesariamente. De lo que se trata es de la práctica de una ideología según la cual es el partido el que debe ocupar el poder, inclusive en pequeña escala dentro de los organismos de las masas.

Ese fenómeno revela, además, un otro problema: la formación de una capa burocrática en el seno de las masas, es en buena medida el resultado de la ideología y la práctica políticas de ese tipo de partidos, porque ellas conducen a un proceso de desclasamiento parcial —y con frecuencia total— de algunos miembros de la clase. En consecuencia, ese tipo de partidos y su característica ideología y práctica se constituyen en la matriz de formación de la burocracia que, desde el momento en que ocupa el poder político en lugar de los organismos directos de las masas, tiende a desarrollarse como toda una capa social separada de ellas y a separar el poder político del control directo de las masas y, de ese modo, a restaurar la forma institucional del Estado burgués. El desarrollo de ese proceso, deforma en una primera etapa y después cancela el curso de socialización de la sociedad, en todas sus instancias. Y la burocracia se desarrolla en la dirección de una nueva clase dominante.

Ciertamente, las condiciones materiales y socioculturales en que se han producido hasta ahora las revoluciones anticapitalistas, todas ellas en formaciones sociales de capitalismo subdesarrollado y casi siempre dependiente (no fue éste el caso ruso), y consiguientemente enfrentando a los centros más poderosos del capital y forzadas a nego-

ciar tanto como a chocar con ellos, responden mucho por la fuerza de las tendencias de burocratización del poder revolucionario, ya que constituyen un terreno excepcionalmente fértil para el desarrollo de tales tendencias. Pero, y dado el hecho de que la revolución socialista es un proceso en el cual el lugar de la conciencia es mayor que en cualquier otra praxis histórica, no debe ser minimizado el lugar de la teoría y su correspondiente práctica.

En otros términos, de las relaciones entre las condiciones históricas concretas en las cuales se realizan las revoluciones contra el capital y la conciencia de las metas y cauces propios de la socialización de la sociedad (esto es, de la teoría y su práctica), dependen las formas y las características y dificultades de la revolución socialista. Porque de otro modo, habría que admitir un determinismo ciego, es decir, que ninguna praxis consciente conduce; un enfoque chatamente economicista, mecanicista, una ideología tecnocrática pues, para explicar esa innegable sustitución del poder directo de las masas por el de una burocracia. Y, de ese modo, habría que admitir que toda revolución anticapitalista que se inicia en una formación social capitalista subdesarrollada y dependiente, está condenada sin remedio a ese proceso.

¿Cuál es o puede ser entonces una alternativa idónea? La respuesta es clara: es necesario romper con la ideología según la cual el partido debe ocupar el poder político y no las masas mismas a través de sus organizaciones de base, no partidarias, para abrir el paso a una práctica política apta para fundar y defender la democracia directa de los productores, en lo cual consiste la revolución socialista. Eso implica que el partido no puede actuar sino en el seno de esos organismos directos de las masas, los consejos obreros y populares o comunas, y de modo alguno por fuera de ellas o por encima de ellas.

En segundo lugar, es necesario romper con la ideología y la práctica de que la revolución implica un partido único o absolutamente hegemónico, en el poder o fuera de él. Para que la democracia directa de los trabajadores pueda ser consolidada y profundizada, el libre debate entre todas las organizaciones políticas y entre todas las tendencias de ideas en el seno de las masas, es la condición indispensable.

No solamente porque se trata de bloquear el paso a toda tendencia de burocratización y de cancelación al proceso de socialización creciente del poder. Sino porque toda la experiencia histórica del movimiento triunfante o derrotado de los explotados, señala que no es cierto, de manera alguna, que un solo partido sea el depositario de toda la conciencia revolucionaria de las masas de la clase, de toda su capacidad de permanente dominio teórico y práctico de la realidad histórica. Y en esta perspectiva, solamente el debate abierto, permanente y libre en las bases organizadas de la clase, y en consecuencia la presencia de

varias organizaciones y tendencias políticas, puede realmente garantizar el desarrollo de la conciencia de la clase, y de ese modo mantener y desarrollar la relación democrática entre sus organismos y niveles de organización, en la lucha por el poder y en el ejercicio del mismo.

La unidad política de la clase y en general de los explotados, no puede expresarse eficazmente y en condiciones democráticas, a través de un partido único, sino en la unidad de sus organismos de lucha y de poder, en cuyo seno actúan diversos partidos y corrientes políticas.

De otro modo no se abre el cauce a la práctica del partido como instrumento de organización política y de elaboración teórica de la clase. Por el contrario, se tuerce hacia una práctica en la cual el partido es un instrumento burocrático para controlar a la clase, al servicio del interés de una capa burocrática que se va diferenciando de la clase y desclasándose en su desarrollo.

*Las relaciones entre clase y partido en la revolución socialista **

Hasta aquí se ha procurado dejar establecido: a) que no es cierto que el poder político de los productores, la democracia directa de los trabajadores, pueda expresarse y ser ejercido bajo cualquier forma de organización institucional, la del Estado burgués por ejemplo, por mucho que se haya andado en la democratización de este Estado; b) que la democracia directa de los trabajadores asume en la historia concreta de este siglo, en todo lugar y en todo momento en que ha podido levantarse, la forma institucional de los consejos obreros y populares o comunas, porque solamente a través de esa específica forma puede ser ejercido el control directo y cotidiano del poder por los trabajadores; c) que todo camino hacia la restauración de un Estado cuya forma institucional es la misma o equivalente a la del Estado burgués, implica el corte del proceso de socialización del poder político y de todo el proceso socialista; d) que esa restauración de un Estado separado del control inmediato y directo de las masas organizadas, es el canal de formación y desarrollo de una capa burocrática que reprivatiza el poder político en su beneficio y para el control de la producción y del excedente, tendiendo a desarrollarse en la dirección de una nueva clase dominante; e) que este fenómeno no es solamente determinado por las condiciones materiales y culturales generales de formaciones sociales de capitalismo subdesarrollado y dependiente, sino también por el hecho de la ocupación del poder político por un partido único o totalmente hegemónico, en sustitución de los organismos de poder directo de las ma-

* Acerca del tema del partido y de la clase, en nuestra próxima edición publicaremos un otro texto destinado particularmente a debatir la cuestión. Por eso, las notas siguientes solo inician una primera exploración.

sas, como los consejos o comunas; f) que tal sustitución resulta de una ideología y práctica política de los partidos obreros burocratizados, que en tal sentido es prisionera de una ideología de origen burgués acerca de las relaciones entre partido y poder político y entre partido y clase, y de cuyo modo tales partidos se convierten en canal de formación de burocracias que se desclasan del seno de la clase trabajadora; g) finalmente, que es necesario romper con la ideología de la ocupación del poder por el o los partidos, con la ideología de que la unidad de la clase se expresa en la unicidad del partido, para abrir el paso a la socialización del poder político tras la destrucción del Estado burgués, en la forma de la democracia directa de los productores.

Lo anterior implica, por otra parte, que la burocratización y reprivatización del poder político conquistado por las masas, es correlato de la burocratización del partido político que realiza esa reprivatización del poder. Lo uno no ocurre sin lo otro. En otros términos, que del mismo modo como no es cierto que cualquier forma institucional del poder político es apta para cobijar el poder directo de las masas, tampoco es efectivo que cualquier tipo de organización partidaria, bajo cualquier forma de estructura institucional, es apta para expresar y abrir el cauce del movimiento de los explotados hacia la democracia directa de los trabajadores.

No es suficiente la teoría formal, el programa, la voluntad manifiesta, esto es la subjetividad, para que un partido sea realmente la expresión del movimiento organizativo de la clase en términos políticos, hacia la destrucción del Estado burgués y el control inmediato y directo de un nuevo tipo de poder político como el que implican los consejos o comunas obreras y populares.

Un partido burocrático contiene embrionada una burocracia y su tendencia a sustituir el poder directo de las masas, tanto durante la lucha contra la burguesía como durante el ejercicio del poder revolucionario.

El movimiento de la clase obrera, a la cabeza de los demás explotados y dominados, hacia la democracia directa de los productores no puede expresarse y desarrollarse victoriosamente sino en una organización partidaria que estructuralmente o institucionalmente, además de su teoría y programa formales y de la voluntad explícita de sus miembros, efectivamente afiance la democratización interna del proceso político de la clase y la unidad de sus organismos directos.

De otro lado, la clase no es algo dado sino que está en constante proceso de hacerse, en el curso de las modificaciones concretas de la estructura social que le da existencia y de las luchas sociales y políticas que van conformando su organización y su subjetividad o conciencia so-

cial y política. Y por eso, no puede admitirse la idea de que un único modelo establecido en una revolución exitosa en una formación social dada y en un contexto histórico concretos, pueda servir para expresar en todo tiempo y en todo lugar el proceso de organización y concientización políticas de la clase, y servir para la resolución de las tareas específicas que la lucha de clase concreta le demandan.

Así, el partido del proletariado revolucionario no puede ser concebido de otro modo que como el proceso de organización de la clase, en las condiciones específicas y particulares de su propia lucha contra la burguesía y su Estado, dentro de una formación social concreta y en un contexto histórico determinado, esto es concreto.

La clase, además, tampoco puede ser concebida como una estructura monolítica y mucho menos en formaciones sociales como la nuestra, marcadas por la extrema desigualdad y heterogeneidad del desarrollo del capital y de sus formas de articulación con otras relaciones de producción y con el orden imperialista. De allí se desprende, necesariamente, el carácter teóricamente inadmisibles de que la clase pueda organizarse en un único partido siempre, o que cada uno de los partidos tienda a ser monolítico. El monolitismo partidario como la idea de partido único, como canales del movimiento político de la clase, implican la idea del monolitismo de la clase. Y tal idea es extraña a la historia y a la teoría materialista de la historia.

En su movimiento de lucha, de organización y de toma de conciencia de sus intereses específicos, el proletariado se va configurando como clase dotándose de una estructura y de tendencias de institucionalización, que corresponden a cada una de las áreas de su existencia social en y desde las cuales se enfrenta a la explotación y a la dominación. En las relaciones inmediatas de explotación y en sus instituciones concretas, referidas a la producción, distribución, reproducción; en las relaciones sociales fuera de la producción inmediata; en la distribución espacial del capital; en la configuración de los poblamientos y residencias; en las relaciones entre nacionalidades y etnias, si ellas existen diferenciadas en una formación social; en las relaciones intersexuales; en las instituciones de poder cultural y político.

El partido es el resultado de ese movimiento histórico cambiante, que procesa la clase, y es al mismo tiempo la expresión del movimiento organizativo y de conciencia política de la clase en cada una de esas instancias, porque se organiza en cada una de ellas y se articula globalmente con todas ellas en un organismo conjunto, actuando así en el cuerpo conjunto de la clase y en cada una de sus instancias de estructuración y de lucha. No puede, en consecuencia, consistir en una organización institucionalmente distinta, en lo fundamental, que la que realiza el movimiento concreto de la clase.

De ese modo solamente, un partido puede irse constituyendo no como una representación externa de la clase, sino como la expresión política consciente y organizada del conjunto del movimiento interno de organización de la clase. Pues el partido no es, no puede ser, una representación de la clase, sino un organismo interno que dirige su movimiento en cada una de sus áreas de acción y articula globalmente la perspectiva de ese movimiento. Y dirigir consiste no en impartir directivas o consignas, ante todo, sino en descubrir y hacer consciente para la clase el sentido, la perspectiva, las metas y los caminos de su movimiento histórico. Es decir, hacer visible la dirección objetiva que éste asume en el contexto de las luchas por la socialización de la sociedad.

Así, la democracia interna del partido se funda en la democracia interna de la clase, y eso fortalece y defiende a ésta última y a través de eso la vitalidad de la democracia socialista, o democracia directa de los trabajadores. Y todo ello supone la presencia deliberante y decisoria de las bases de la clase, en cada uno de sus organismos. El partido sólo puede actuar en el seno de ellos, y actúa en el conjunto de la clase por medio de la globalización articulada de esas acciones en una perspectiva estratégica general.

Y en tanto que ningún partido por separado puede pretender ser el único depositario de toda la conciencia de la clase o de sus más altos y definidos niveles, concurre a la dirección de la clase y de cada uno de sus organismos e instancias de lucha, proponiendo al debate de ella sus ideas y defendiéndolas frente a las de otras organizaciones o corrientes políticas, buscando legítimamente que la clase asuma esas propuestas, pero con la total disposición de aprender de ese debate, de ser capaz de poner en cuestión sus supuestos y proposiciones, y sobre todo, de subordinarse a las decisiones colectivas y democráticas de cada organismo de la clase o del conjunto de ella, en lugar de dividir esos organismos todo el tiempo para hacer valer sus propios intereses de grupo.

La lucha contra las tendencias de burocratización de los organismos políticos de la clase, partidos o no, consiste pues no solamente en modificar radicalmente las ideas acerca de las relaciones entre poder y partido, sino ante todo de las relaciones entre partido y clase, de modo que eso se funde en la base objetiva de la estructura institucional del partido, y no solamente en el nivel de la subjetividad.

Todo ello implica formas de acción y de lucha fundamentalmente diferentes que las que caracterizan a los partidos burocratizados o que tienden a serlo. Ante todo, la lucha por el fortalecimiento de los organismos que la clase forma en su movimiento, por su democratización interna, por la unificación democrática (esto es, a través del debate

abierto y libre y bajo el control directo de las bases) de todos esos organismos en un movimiento articulado globalmente. La lucha por la unidad política de la clase no puede consistir en la integración burocrática entre las cúpulas partidarias, de partidos estructurados por fuera del movimiento organizacional de la clase. Consiste ante todo en la lucha por la unidad de los organismos de base de la clase, en un movimiento de articulación global y democrática, porque eso, precisamente, es la base misma de la democracia directa de los trabajadores y de su capacidad de lucha por ese poder, bajo todas las circunstancias y formas, violentas y no violentas.

Lima, mayo de 1981.

LA RESISTENCIA SINDICAL EN CHILE: LOS ÚLTIMOS TRES AÑOS

Jaime Ensignia

Marco General.

MAS de 7 años han pasado desde que la Junta Militar, dirigida por A. Pinochet, derrocara al gobierno de la Unidad popular y al presidente constitucional S. Allende. Durante estos años, la política de la Dictadura ha hecho sus avances en los diferentes campos de la sociedad chilena. Más allá de nuestros deseos de no viabilidad de los objetivos y proyecciones de la política del gobierno militar, lo cierto es que la Junta Militar ha logrado cambios substanciales en todos los terrenos de la vida social-política y económica del país.

Las medidas gubernamentales y por sobre todo la política económica ultraliberal de libre mercado ha hecho posible dichas transformaciones. Cualquier comparación del Chile actual con el Chile de la Unidad Popular e incluso el Chile bajo el gobierno demócratacristiano de Eduardo Frei (1964-1970) es absolutamente imposible realizarla.

Las Fuerzas Armadas y la fracción burguesa que esta representa han realizado acciones y medidas, las cuales han transformado radicalmente la tradición política, social-cultural y por supuesto económica del país. Bajo el forzado reordenamiento de la economía chilena a las necesidades del Mercado Internacional y bajo la mentada Doctrina de Seguridad Nacional, la dictadura militar llevó a cabo medidas que cuestionaron totalmente el marco democrático, el cual con sus altos y bajos imperó hasta el 11 de setiembre de 1973.

En la actualidad comprobamos un determinado desarrollo del modelo económico imperante a partir del 11 de setiembre. La Dictadura de Pinochet ha sacado adelante su proyecto económico Agro-industrial exportador y ha colocado la economía chilena en manos de las necesidades del Mercado Internacional.

Por cierto que para hacer viable dicho proyecto la Junta Militar no ha tenido ningún reparo en marginar de todo este proceso a la inmensa mayoría de la sociedad chilena, es decir el costo social de dicho pro-

yecto lo han tenido que soportar diferentes sectores sociales, entre los cuales se encuentra la clase trabajadora chilena.

A través de este autoritarismo político, sus expresiones represivas, el constante sometimiento de los derechos del hombre y de los derechos democráticos, hicieron posible que este "nuevo" proyecto económico de libre mercado, en un país de economía dependiente como Chile, tuviera un punto de inicio y luego alcanzara un éxito relativo. En este sentido, la concretización de este modelo económico ha ido determinando por lógica la política laboral de la Junta Militar, la cual basada en un marco máximo de libertad para competir, para exportar e importar en beneficio de los más pocos en la sociedad chilena, exige como contrapartida la eliminación o jibarización de los mecanismos de defensa de los sectores populares. Al interior de este movimiento popular constantemente golpeado y reprimido por la política de la dictadura, encontramos al movimiento sindical y/o laboral, como a uno de los sectores más fuertemente atacado por la dictadura y por este nuevo modelo de acumulación capitalista.

Han sido los trabajadores los que han cargado el peso y el costo social de esta brutal política económica de los tan nombrados Chicago Boys. Las repercusiones de esta política se ha traducido en una alta tasa de cesantía (+ 6 — 15%), bajo nivel de ingresos y/o salarios, pérdidas de conquistas adquiridas durante años de lucha social, así como el poder de sus organizaciones sindicales ha sido minimizado al máximo por la dictadura, no logrando esta hacerlas desaparecer del todo.

Durante estos años de gobierno militar, el movimiento sindical vió desaparecer su gran central sindical (la CUT), Federaciones y Sindicatos que lograron sobrevivir han visto sus mecanismos de acción muy limitados y aterrorizados por el aparato militar del gobierno de Pinochet. Mecanismos de lucha laboral, como la negociación colectiva, la elección de sus propios dirigentes, el derecho a Huelga etc., desaparecieron por varios años de la vida sindical.

Es también claro, que este proceso de reflujo y de represión contra el movimiento sindical no ha tenido un desarrollo lineal y ni mucho menos ha sido única y exclusivamente descendente. Ya a partir del 2do. Semestre del año 1977 hasta la actualidad, observamos una reactivación mayor de diferentes sectores sindicales, los cuales en una lenta reorganización y activación, han ido saliendo al paso y enfrentando la política laboral de la dictadura militar. En esta lenta recuperación de la actividad sindical opositora, los pasos a través de los cuales se ha movillado dicha actividad, han sido sus propias y directas reivindicaciones, vale decir, lucha por salarios, lucha contra la cesantía, seguridad laboral, etc., etc...

Algo que también debe quedar claro, es que, toda esta reactivación sindical y la lucha por sus intereses inmediatos, se da bajo el marco del retroceso más significativo que el movimiento sindical chileno en su historia ha vivido, además debe entenderse esta reactivación y reorganización bajo los marcos que la dictadura militar ha impuesto. Esto no debe significar o no debe ser comprendido, de que el movimiento sindical chileno ha aceptado única y exclusivamente dichos marcos de acción, sino más bien ha partido desde ahí y ha ido ensanchando dicho marco permitido por la dictadura militar, pero algo que queda claro es que, el movimiento sindical y/o laboral en Chile ha podido reorganizarse y ganarse un espacio político en la sociedad chilena tan solo partiendo en su propia realidad y de su profundo reflujo, en el que la Junta Militar lo encasilló en los primeros años de gobierno.

Es notable en esta nueva reactivación del Sindicalismo Chileno, la búsqueda de una nueva fisonomía de acción sindical, lo cual se traduce en el intento de rescatar una autonomía sindical propia, una democracia sindical, la cual sea respetada por los Partidos Políticos. En la actualidad, podemos observar una tendencia cada vez mayor de saldar cuentas con viejos estilos de conducción sindical, así como a superar la instrumentalización por los Partidos Políticos de los sindicatos y de sus luchas sindicales.

La actualidad sindical en Chile, es en concreto un reto por un nuevo accionar, basado en primer lugar en sus intereses inmediatos y propios del movimiento obrero, no dejando de lado por supuesto su papel de movimiento social opositor a la dictadura militar, lo cual evidentemente será una oposición no tan sólo reivindicativa sino también política.

Finalmente esta nueva reactivación, debemos entenderla como una respuesta a la política laboral de la Junta Militar, la cual desde julio de 1979 se ha estructurado bajo el llamado Plan Laboral del ex Ministro de Trabajo J. Piñera.

La elaboración de este Plan Laboral y de sus consiguientes repercusiones en el movimiento sindical, es la búsqueda por parte de la Dictadura de institucionalizar el sector laboral, lo cual en el marco general de la sociedad se concretizó en el llamado al Plebiscito del pasado 11 de setiembre 1980, en donde la Dictadura hizo aprobar la tan mentada "Constitución de la Libertad".

El Comportamiento Sindical durante el año 1980

Por cierto el comportamiento sindical chileno durante los últimos años y en especial durante el año 1980 no ha sido homogéneo, sino más bien en muchos de los enfrentamientos a la dictadura, el sindicalismo chileno ha actuado en forma separada y dividido.

Es real que ha habido los intentos y prosiguen de unificar al movimiento sindical en una gran central sindical, pero aún para muchas corrientes sindicales aquella gran unidad en una central sindical única no está a la orden del día.

Interesante de destacar, es que luego de la promulgación de dicho Plan Laboral y la consiguiente unanimidad de señalar que dicho Plan no representaba los intereses de los trabajadores, sino más bien dejaba a los sectores empresariales en mejores condiciones de aumentar su ganancia, las diferentes corrientes sindicales opositoras e incluso el sindicalismo pro-juntista¹ (el cual en otras cosas no goza de base sindical significativa) rechazaron en forma conjunta dicho proyecto de la dictadura.

Al interior del movimiento sindical opositor se constituye a finales del año 1979 un Comando Nacional de Defensa de los Derechos Sindicales, integrado por las corrientes sindicales más importantes. Sin embargo esta reunificación, la cual se dió tan sólo a nivel de las cúpulas sindicales no tendría la perspectiva, que algunas organizaciones de la izquierda chilena le asignaron, de instancia unitaria del sindicalismo opositor. La desunión se expresaría con mayor fuerza en la celebración del pasado 1o. de Mayo,² en donde, de las 4 organizaciones sindicales que integraban dicho comando originalmente, tan sólo dos realizarían actividades para dicho día, pero también en forma separada. Por cuanto este Comando Nacional de Defensa de los Derechos Sindicales tendría un efecto tan solo superestructural y careció de una base sólida de unificación.

También este nivel de desunificación del sector sindical opositor se expresó en el enfrentamiento al llamado Plebiscito de la Dictadura, más allá de señalar su total disconformidad con este llamamiento y de señalar la convocatoria plebiscitaria como una farsa y un fraude por parte de la Junta Militar, este movimiento sindical opositor no logró una plataforma de lucha unitaria contra la dictadura, lo cual también

1. En Chile en el momento actual existen diversas corrientes sindicales ellas son: El Grupo de los 10 (de orientación democratacristiana); el Frente Unido de Trabajadores - FUT (de orientación cristiana); la Coordinadora Nacional Sindical - CNS (de orientación de Izquierda tradicional, PC, PS etc.). El comité de defensa de los Derechos Humanos y Sindicales CODEHS (dirigido por el viejo líder sindical y ex-presidente de la CUT, Clotario Blest, este comité es de orientación independiente de izquierda, su labor es de asesoría técnica y jurídica); La Unión de Trabajadores de Chile UNTRACH (de orientación pro-juntista).

2. En los pasados 1ros. de Mayo, en especial 1978 y 1979, la casi mayoría de las corrientes sindicales opositoras manifestaron en conjunto y en las calles de las ciudades importantes del país.

conllevó que a nivel general el movimiento de oposición social a la Junta Militar no logrará tampoco una plataforma común y única. Por cierto el problema antes planteado no se debe solo a la responsabilidad del movimiento sindical, sino más bien el problema está planteado a nivel de la incapacidad de los "instrumentos" partidarios o políticos, los cuales durante todos estos años de opresión militar no han sido capaces de levantar una alternativa real a la Junta Militar. Y en esta incapacidad no tan sólo de la Izquierda Chilena, sino también de la oposición burguesa a la Junta expresada a través de la Democracia Cristiana, encuentra también en el movimiento sindical opositor dificultades concretas de poder levantar un proyecto global de oposición y de lucha por sus intereses inmediatos, puesto que intereses partidarios así lo impiden.

Sin embargo, a partir de los problemas concretos que las bases sindicales sufren en el enfrentamiento cotidiano con la política laboral de la dictadura, encuentran éstas las instancias de reunificación por la base para empezar a superar su atomización. Uno de estos problemas concretos ha sido el enfrentamiento de las Negociaciones Colectivas, el derecho a Huelga por la lucha de sus salarios. Haciendo un balance de este tipo de actividades y buscando una mayor unidad por la base en función de sus intereses, se creaba en un sector industrial de Santiago una Federación de Sindicatos de Trabajadores del Sector Maipú en donde se encuentran incorporados sindicatos que pertenecen a la pequeña y mediana industria, los cuales en todo este proceso de Negociaciones por sus reivindicaciones observaron que separados en esta lucha nada conseguirían. Más aún, por lo general estos sindicatos tanto en el pasado, como en la actualidad no han estado incorporados al interior de las grandes centrales sindicales y hoy en su mayoría no se encuentran incorporados a los diferentes grupos sindicales actuales. La situación de estos sindicatos, al no tener poder de negociación y de presión por sus reivindicaciones, es por tanto dramática, puesto que sufren la explotación despiadada por parte de los patrones. Pero al presentarse en forma unida en la defensa de sus derechos laborales, empiezan a convertirse en los gérmenes de una movilización más radical y consecuente en contra de la política económica de la dictadura superando el enfrentamiento declarativo (que por cierto es también positivo) de las superestructuras sindicales de oposición.

Haciendo una síntesis de la situación sindical después del 11 de setiembre 1973, podemos señalar que el movimiento sindical se encuentra mayoritariamente en contra de la política laboral de la dictadura y en contra de su brutal política económica.

Más allá de las incapacidades de las cúpulas sindicales de poder realizar un accionar unificado de lucha contra la Junta Militar, podemos destacar que existe una tendencia cada vez mayor al interior del

sindicalismo opositor de tratar de articular las luchas parciales en un programa global de oposición, ejerciendo por consiguiente una estimable y decisiva presión en contra de la dictadura militar.

Por cierto en la búsqueda de este proyecto global y en su reconstitución como clase, el movimiento sindical opositor deberá considerar el cambio profundo que se ha producido en las relaciones sociales de producción. La acción de la dictadura militar y por sobre todo su modelo económico ha transformado las relaciones de clases. Y esto no tan sólo al interior del sector popular, en donde la mayoría de los explotados la forman los cesantes, los del empleo mínimo³ (cesantía disfrazada), los marginados del sector agrario, los habitantes de las poblaciones periféricas, en concreto los sectores pobres del campo y la ciudad, sino también al interior de la clase dominante. La burguesía industrial del mercado interno ha sufrido una enorme disminución, puesto que el modelo de acumulación capitalista de la dictadura, la ha hecho casi desaparecer, lo cual también ha repercutido en el proletariado industrial chileno, al verse éste sin más actividad productiva.

Por tanto debemos señalar, que en función de esta nueva situación social en Chile, en donde el objetivo de la Dictadura es impedir u obstruir todo tipo de reorganización social, la función del sindicalismo chileno es aprender a moverse dentro de y contra los marcos restrictivos que la Junta Militar establece, más aún hoy en donde la Dictadura Militar ha hecho aprobar una nueva Constitución. A partir del reconocimiento de estas restricciones y tal como ha sido el constante desarrollo de la lucha sindical, el movimiento sindical opositor en la perspectiva de una larga lucha social y política podrá ir ampliando sus luchas y constituyéndose como clase social para sí.

Berlín Oeste, enero, 1981

3. El Programa del Empleo Mínimo: Es un Programa puesto en marcha por el gobierno para combatir la cesantía. En abril de 1980 trabajaban 160,000 personas en dicho programa, lo cual representaba el 4% de la población activa, los cuales ganaban 1,300 pesos (US dollar 35). A este programa se le denomina la cesantía disfrazada. Las actividades de los que trabajan en dicho programa son las de hermostrar las calles y los jardines de las grandes ciudades y los centros residenciales.

Berlín Oeste, enero, 1981

LA REVOLUCION NICARAGUENSE Y EL PROCESO REVOLUCIONARIO CENTROAMERICANO

Ruy Mauro Marini

EL triunfo de la Revolución nicaraguense en 1979 representa, en cierta medida el resultado, y al mismo tiempo el comienzo, de una nueva etapa en el ciclo de luchas sociales inaugurado en América Latina por la Revolución Cubana. El largo intervalo entre las dos revoluciones puede ser explicado por la contraofensiva llevada a cabo por los EE.UU. a partir de la Revolución Cubana y tras una revisión radical de la política exterior norteamericana, que vino a ser dictaminada por la doctrina de la contrainsurgencia. Apoyándose en las clases dominantes nativas, y utilizando a las fuerzas armadas locales como el instrumento principal para la implementación de esta doctrina, los EE.UU. enfrentaron la ola de movimientos insurreccionales de esa época en América Latina y otras partes del mundo con una postura antes que nada militar. El objetivo era, como es norma en la guerra, no solo derrotar, sino sobre todo aniquilar al enemigo.

En 1959, desde el punto de vista de sus intereses imperialistas, los EE.UU. no eran sólo capaces de ello sino que además se vieron forzados a proceder de esta manera. La economía del mundo capitalista estaba en plena etapa expansiva y en ese contexto la economía de los EE.UU., así como la influencia política e ideológica de ese país no tenía rival. Nadie, excepto los movimientos populares anti-imperialistas, estaba desafiando la hegemonía de los EE.UU. en esa época, por lo cual esos movimientos fueron percibidos como el enemigo a destruir. Al mismo tiempo, la necia hostilidad de los EE.UU. hacia la Unión Soviética le hacía difícil enfocar su atención hacia esos movimientos, y ello obligó a buscar un cierto nivel de entendimiento con el bloque socialista. En otras palabras, la política de contrainsurgencia reposaba en la política de la detente, por lo cual ambas habrían de funcionar de la mano durante la década siguiente. El hecho de que la detente abriera para la Unión Soviética y otros países socialistas posibilidades de ejercer influencia en las áreas donde los movimientos insurreccionales estuvieran desarrollándose, no entraba en los planes de los EE.UU. Por este error, pagaron más tarde.

Alrededor de 1979, la situación había cambiado radicalmente. El mundo capitalista pasó de la prosperidad a una fase marcada por serios trastornos, de los cuales la crisis en el sistema monetario internacional era apenas un indicador. Era también marcado por agudas recesiones, en particular las de 1974-1975 e incluyendo la actual. La supremacía de los EE.UU. estaba siendo desafiada de varias maneras por los poderes capitalistas europeos, en particular Alemania, y por Japón. En los países capitalistas periféricos, tras un breve revés, los movimientos insurreccionales ganaron nuevas fuerzas y lograron resonantes victorias en Asia y Africa, que favorecieron a la Unión Soviética en la balanza mundial de fuerzas. Las condiciones que veinte años antes favorecieron la ofensiva norteamericana —cristalizada en la contrainsurgencia— han cambiado considerablemente y por ello exigen nuevas respuestas. A pesar de provenir de diferentes perspectivas, tanto Carter como Reagan están resueltos a encontrar esas nuevas respuestas.

No es nuestra intención, sin embargo, enfocar nuestra atención a las implicaciones de la política norteamericana en esta nueva etapa del proceso revolucionario, que fue inaugurado en América Latina por la Revolución Nicaragüense. Estamos más bien interesados en analizar por qué los métodos de contrainsurgencia no bastarán para detener el proceso revolucionario, o, más directamente, el auge de movimientos de masas en América Latina, tomando en cuenta las causas internas que las motivaron. Quisiéramos después apuntar algunas de las implicaciones de esto para América Latina y los EE.UU.

La Naturaleza del Proceso

Analizando lo que sucede hoy en Centro América y América Latina en general, vemos en primer lugar que los movimientos sociales que se desarrollan no son resultado del atraso, sino más bien del progreso. Más precisamente, son el resultado de un tipo de progreso económico experimentado en esa región. La penetración del capital extranjero, contraparte de la contrainsurgencia, y un intenso desarrollo económico iniciado en los años 60 tuvieron un fuerte impacto en la estructura de clases de América Latina. Esos factores han causado así mismo cambios en las alianzas y acuerdos sobre los cuales está basado el Estado.

Paralelamente al auge y consolidación de una burguesía agraria, industrial y financiera, estrechamente conectada al capital extranjero por la vía de inversiones directas o préstamos, hemos visto empeorar las condiciones de vida de las masas trabajadoras urbanas y rurales y cambiar su composición. Por ello, el campesinado no sólo ha tenido que sufrir creciente explotación, sino que ha experimentado cambios brutales en su modo de vida, particularmente a causa del rápido proceso de proletarianización, el cual ha creado un nuevo proletariado agríco-

la y ha aumentado el proletariado urbano. Al mismo tiempo, el proletariado urbano ha modificado su carácter como resultado de la industrialización de los años 60, debido a presiones en sus sectores artesanales y a la formación de una clase obrera industrial moderna que está más concentrada y en mejores condiciones objetivas para organizarse. A la vez, la pequeña burguesía ha sufrido también un proceso de liquidación, dando paso a nuevos sectores medios de carácter crecientemente asalariado y prioritariamente basado en el crecimiento del sector servicios.

De esta forma llegó a su término la vieja estructura política en la cual una oligarquía marcadamente rural tomó las riendas del poder del Estado. El Estado reposa hoy sobre una alianza más compleja compuesta por los restos de la vieja oligarquía y las fracciones de la nueva burguesía, que se extiende hacia los niveles más altos de la pequeña burguesía. Al centro de esta nueva configuración de poder se hallan las Fuerzas Armadas, sufriendo ellas mismas un proceso de transformación interno. Este proceso está sirviendo para 1) Hacer su ideología anticomunista más extrema, 2) Proveerles de nuevas formas de organización y disciplina, y 3) Conectarlas directamente con los grupos de propietarios al ocupar puestos administrativos en el sector empresarial y a través de su adquisición de tierras y acciones, y por el desarrollo de sus relaciones personales. Sobre esta base, se erige entonces un cada vez más exclusivo sistema de dominación organizado alrededor de un Estado autoritario, casi siempre de tipo dictatorial, y que consagra la primacía de las instituciones militares.

Es en este contexto que las fuerzas políticas que conducen los movimientos revolucionarios en América Latina hoy han aparecido. En muchos casos se trata de nuevas fuerzas, constituidas en el segundo lustro de los años 60 o en el primer lustro de los años 70. Otras son fuerzas que, habiendo sido prácticamente destruidas por la ofensiva contrainsurgente, se reorganizaron dentro del marco de las nuevas condiciones impuestas por esta ofensiva. El Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) es una combinación de ambos tipos. Encierra la experiencia de esfuerzos pasados que no alcanzaron a tener éxito, y se organizó en su forma actual a comienzos de la década pasada. De cualquier modo, estas organizaciones políticas no son inexperimentadas en métodos clandestinos de trabajo, ni se caracterizan por estructuras orgánicas abiertas, cual era el caso de aquellas organizaciones que enfrentaron la ofensiva contrainsurgente y fueron destruidas por ella. Hoy, *esas organizaciones han nacido en el corazón mismo de la contrainsurgencia: han aprendido a organizarse y trabajar dentro de las más estrictas condiciones de clandestinidad, con cuadros entrenados en el oficio de operar bajo la más brutal represión.*

Este solo hecho diferencia las condiciones bajo las cuales toma lugar la actual lucha revolucionaria. Pero no es la única diferencia; las viejas vanguardias de las masas fueron derrotadas no sólo a causa de sus condiciones orgánicas y operativas, sino también a causa de su ideología. Efectivamente, con el auge de las fracciones de la nueva burguesía que entraron en conflicto con la vieja oligarquía en los años 50 y 60, los movimientos populares se sintieron llamados a participar en ese conflicto. Habían sido fuertemente influenciados por los métodos de acción defendidos por la naciente burguesía, en particular los procesos electorales, la movilización de amplias masas, etc. En este contexto, Guatemala es el modelo. Pero desde el establecimiento de los regímenes de contrainsurgencia, los movimientos populares han sido excluidos de la arena política. Han tenido que desarrollarse en el terreno no-legal. Más aún, han tenido que funcionar políticamente bajo condiciones en las cuales la política está definida como guerra por la burguesía y el imperialismo, dejando esencialmente la política a la policía y al aparato militar.

Las nuevas organizaciones de vanguardia han tenido que comprender esta realidad. Pero habiéndolo hecho, están ahora actuando con total conciencia de ella. Es por eso que han abandonado sus ilusiones de alianzas estables con fracciones de la burguesía, alianzas con la posibilidad de construir nuevas sociedades a través de la instalación y desarrollo de regímenes democrático burgueses. La contrarrevolución Chilena de 1973 no ha hecho sino confirmarlos en su decisión de establecer esta ruptura. Es también por eso que las nuevas vanguardias han enfatizado el componente militar que cada lucha política contiene. La existencia de vanguardias armadas hoy deriva tanto del hecho de que representan movimientos populares que no se subordinan al liderazgo de la burguesía como del hecho de que esos movimientos deben sobrevivir y triunfar bajo condiciones de contrainsurgencia, la expresión última de lo que es el carácter militar del Estado.

De esta forma derivan las características principales de los movimientos revolucionarios Centro-Americanos de hoy. En primer lugar, está la depuración interna, en términos de cuadros, formas organizacionales y métodos de acción. En segundo lugar, el esfuerzo por unir al movimiento popular como condición central para desarrollar la lucha independientemente de la burguesía y de sus diferentes fracciones. En tercer lugar, una política de alianzas de clase que permite acuerdos y compromisos con sectores de la burguesía, pero no otorga a ninguna fracción burguesa la calidad de parte integrante en las fuerzas sociales revolucionarias —y esto, de paso, influencia la política de alianzas a nivel internacional. En cuarto lugar, una estrategia político-militar basada en la creación de poder militar revolucionario, no a través de divisiones al interior de las fuerzas armadas de un régimen, sino más

bien incorporando a las masas del pueblo al interior del ejército del pueblo, dirigido independientemente por las organizaciones revolucionarias.

El éxito de esta estrategia en Nicaragua favoreció su implementación en El Salvador y Guatemala, a pesar de que las fuerzas de vanguardia en esos países no han imitado en ninguna forma el proceso nicaragüense. El carácter específico de su lucha y formas organizacionales, del proceso por el cual implementan su estrategia de alianzas de clases, de sus planes militares tácticos y estratégicos, indican que lo que las fuerzas salvadoreñas y guatemaltecas han tomado de Nicaragua es no tanto un modelo como una inspiración para llevar hacia adelante su propia política, basada en sus particulares condiciones nacionales.

Algunas implicaciones

El proceso que actualmente tiene lugar en Centro-América tiene muchas implicaciones. Notable entre ellas es la formación, por vez primera en este continente, de un bloque de estados revolucionarios: Cuba, Nicaragua y más recientemente Granada. En esta etapa es aún una tendencia hacia un movimiento, pero abre grandes posibilidades para los movimientos revolucionarios en el área, debido al apoyo material y político que podrían recibir de un bloque semejante, cuya importancia es acrecentada por el hecho de que uno de sus miembros está localizado en el propio continente.

Pero la importancia del proceso nicaragüense no está limitada a este desarrollo. Su impacto se ha sentido muy directamente, especialmente en la región centroamericana. Por una razón, como lo hemos señalado más arriba, la revolución nicaragüense se ha convertido en una fuente de esperanza e inspiración para los movimientos salvadoreños y guatemaltecos, independientemente del hecho de que esos movimientos mantengan sus características particulares. La unidad lograda por el movimiento salvadoreño y el actual proceso de unificación en curso entre las fuerzas revolucionarias guatemaltecas ha sido influenciadas y aceleradas considerablemente por la experiencia del FSLN. Por otra parte, los efectos de la revolución sandinista en Centro-América van más allá del movimiento revolucionario y afectan la correlación de fuerzas en toda el área, provocando cambios abruptos en Costa Rica y Honduras y ayudando a fortalecer el nacionalismo panameño. Presiones por parte de los EE.UU. en esos países sirven solamente para acentuar la polarización de las fuerzas políticas y radicalizar la situación. Todo esto ha hecho de Centro-América un *área crítica*, un eslabón débil en la cadena imperialista, que amenaza volverse aún más importante en ese sentido que el Sudeste de Asia en la pasada década y el Medio Oriente hoy.

Esto es verdad porque la revolución Sandinista trasciende Centro-América e irradia hacia el resto de la región, en particular México y los países del Pacto Andino cercanos. El cambio progresivo hacia la derecha en Venezuela, Colombia y Ecuador radicaliza la situación, como lo hace la inclinación derechista en Costa Rica y la conversión de Honduras en el bastión del imperialismo norteamericano. Esto es tanto más verdad pues el cambio hacia la derecha acelera la inclinación que anima al movimiento popular —un movimiento que, como se han indicado más arriba, es más fuerte hoy que antes de la intensificación de la campaña de contrainsurgencia y tiene además una influencia positiva en el desarrollo de la izquierda en aquellos países.

Nicaragua y el proceso revolucionario de Centro-América en general interviene también de manera directa en el juego de poder entre las naciones más fuertes del área y los EE.UU., un juego que implica la renegociación del status y de los nuevos intereses de esas naciones. Esto es especialmente claro con respecto a México, cuya política Centro Americana es guiada con un criterio muy diferente y, de hecho, en abierta contradicción, con la de los EE.UU. Pero el mismo fenómeno puede ser observado también con respecto al Brasil, y en sentido diferente con Venezuela, Argentina e incluso Chile.

Brasil ha logrado un desarrollo económico notable desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. Este desarrollo, en especial desde mediados de los años 60, ha estado caracterizado por relaciones establecidas con Europa Occidental y Japón, lo cual ha servido para reducir la presión económica de los EE.UU. y, consecuentemente, su importancia política en el Brasil. El hecho es, sin embargo, que los EE.UU. siguen siendo el superpoder del mundo capitalista, la esfera en la cual el gobierno militar brasileño se inserta conscientemente e intenta afirmar sus esquemas sub-imperialistas. Consecuentemente, debe haber una revisión de las relaciones existentes entre los dos países que incluye toda una gama de decisiones aún no resueltas. Centro-América *per se* no está entre estas decisiones para Brasil, el cual ha mirado siempre a esta región como estando bajo la influencia directa de los EE.UU., y por fuera de lo que considera su propio radio de influencia (Sudamérica y Sudáfrica en particular). Sin embargo, a los ojos del sub-imperialismo brasileño, Centro-América es una ficha importante con la cual negociar. Es por esto que Brasil incluye su apoyo eventual hacia la política de los EE.UU. en Centro-América en la relación general de decisiones pendientes a ser negociadas con los EE.UU. La magnitud de esta relación hace muy dificultoso el proceso de negociación y en realidad, hace a Brasil muy renuente a alinearse con la política que los EE.UU. quieren imponer en el campo capitalista con respecto a Centro-América.

Con respecto a Venezuela, tras las dificultades que tuvo con los EE.UU. a causa de su apoyo a la revolución Nicaragüense (la cual fue

sostenida por los socialdemócratas en ese tiempo), ha sido alineada nuevamente. Similares pasos han sido tomados en el caso de Argentina, a través de estrechas relaciones con el régimen que sigue al reemplazo de Videla con Viola. (El General Roberto Viola, ex-Comandante en Jefe del Ejército, reemplazó al General Jorge Rafael Videla como Presidente de Argentina el 4 de abril de 1981.— Nota del Ed.). El actual proceso de re acercamiento con el gobierno militar chileno, y el anticomunismo rabioso de aquel país, van a producir probablemente similares resultados.

Sin embargo, en cada uno de estos casos, el gobierno de los EE.UU. está en estos días forzado a adoptar una posición de "politiquería" más formal, en el sentido de que tiene que discutir y negociar sus posiciones. Lejanos están los días en que podía imponer su voluntad sin tratar de ganarse a las burguesías latinoamericanas. La misma OEA, antiguamente el foro que pontificaba la indiscutible hegemonía norteamericana en el continente, se ha convertido hoy en una organización difícil de controlar y tendiente a producir derrotas importantes para la política de los EE.UU., como por ejemplo su oposición abierta a Somoza y la no intervención en favor de Somoza en la víspera de la victoria Sandinista. Por esta razón, podemos agradecer a México, con su visiblemente clara posición, y a Brasil con una menos visible.

Por haber sido forzados a pactar políticamente con América Latina, los EE.UU. bajo Carter favorecieron la institucionalización democrática de los regímenes militares allí. A pesar de que dichos procesos no condujeron a una democratización total, abren posibilidades para la participación de la oposición burguesa, y en mayor o menor grado, dependiendo del país, para la participación de ciertos sectores del movimiento popular de masas. Esto indica una relativa flexibilidad por parte de esos regímenes. Si esto se llevara a cabo sin comprometer a la dominación imperialista y burguesa, que es la razón para buscar convertir a las fuerzas armadas como el cuarto poder en el Estado, entonces los EE.UU. no tendrían que pactar con monolíticos, poderosos y arrogantes gobiernos militares y tendría suficiente terreno de maniobra para desarrollar sus objetivos.

Conclusiones

El movimiento revolucionario de Centro América ha convertido esta área, antiguamente firme piedra de toque de la dominación imperialista norteamericana, en una zona crítica. El movimiento ha sido ayudado por la debilidad relativa del poder económico de los EE.UU. en el contexto de la actual crisis económica, y por las contradicciones surgidas entre los EE.UU. y el resto de los poderes imperialistas de Europa y Japón. Otro factor es la diversificación económica y política de

América Latina, la cual ha dado nacimiento a Estados más poderosos con intereses propios que no son antagónicos a los de los EE.UU., pero se mantienen en conflicto. Esos factores han ayudado al desarrollo de las fuerzas insurgentes en Centro-América. Pero el factor determinante ha sido su reorganización, a partir de la aplicación de la política de contrainsurgencia, y su capacidad para operar bajo la continsurgencia. De hecho, han convertido a la naturaleza represiva y explotadora de los regímenes en la justificación de su lucha, a los ojos de su pueblo y del mundo.

El movimiento revolucionario Centro-Americano ha abierto de esta manera nuevas perspectivas para las fuerzas populares y progresistas en todo el continente. Bajo Carter, el concepto de los EE.UU. acerca de esta situación condujo a intentar un reacomodo de su dominio impulsando la institucionalización de los regímenes dictatoriales y una nueva imagen. Este proceso ha sido complicado por la agudeza de las contradicciones de clase en América Latina, y sus efectos internacionales. Bajo Reagan, la respuesta norteamericana ha sido la de reforzar las actividades de contrainsurgencia en América Latina, sin abandonar la línea de favorecer la institucionalización, como está demostrado por la continua ayuda militar estadounidense al régimen civil-militar de El Salvador. Pero si cada una de esas líneas de acción (institucionalización y contrainsurgencia) aparece separadamente inadecuada para la labor de contención de las luchas de clase en América Latina hoy, su combinación, lejos de fortalecer la estrategia imperialista, crea contradicciones que no auguran mucho éxito.

En este cruce, los EE.UU. habrán de usar toda su imaginación para hallar respuestas que puedan transar con lo que América Latina está avanzando hoy. Tanto más insista en buscar respuestas cuyo propósito sea el de revertir la situación actual y retrotraer el pasado, esto es, tanto más los EE.UU. intenten reestablecer su dominación en la región como lo hizo en el pasado, las respuestas que da no tendrán éxito. Los EE.UU. deben aprender de corazón la idea de que *el poder y la autonomía del movimiento popular de América Latina, especialmente de su clase trabajadora, y la capacidad política de las nuevas vanguardias surgidas en la década pasada, forzarán una redefinición radical en las relaciones de EE.UU. con la región y, en contraste con lo que fue la regla a lo largo del siglo pasado, la búsqueda de una relación no basada en la explotación ni subordinación.*

La clase dominante en los EE.UU. y su Estado, tal como está estructurado hoy, no son obviamente capaces de avanzar hacia un cambio tan radical. Esta es una tarea que recae en el movimiento popular de aquel país, y constituye una de las grandes responsabilidades en la transformación de la política de los EE.UU. que la revolución latinoamericana demanda. Las fuerzas populares de los EE.UU. están pre-

paradas para ello, a través de luchas y victorias tan memorables como aquellas que están en el origen del cambio de la política norteamericana hacia Vietnam. Hoy se necesita nuevamente esta línea de acción, con mayor énfasis aún y mayores posibilidades de victoria —en particular si uno recuerda que América Latina no es una realidad ajena a los EE.UU., sino parte misma de su composición interna, en virtud de esos millones de trabajadores inmigrantes que están explotados directamente por el capital estadounidense, por no mencionar al pueblo puertorriqueño. Es con aquellos grupos, y en alianza con otras minorías oprimidas, que las clases trabajadoras de los EE.UU., fuerzas progresistas y organizaciones de izquierda del país, tendrán que focalizar sus acciones con miras a garantizar un futuro que sea distinto del prometido por un Carter o un Reagan. Como en el caso de Vietnam, sus fórmulas no significan tan solo el malgasto de recursos y el sacrificio de la juventud en una guerra extranjera para sostener a la clase dominante de los EE.UU., sino también un *conflicto interno, el desmembramiento de los EE.UU. mismos*. El Estado de las clases dominantes de los EE.UU. sacará provecho de este conflicto para reprimir al pueblo de este país, sujetarlo a una opresión política sin precedente en la historia de los EE.UU., y encadenarlo a una explotación empeorada por el costo de mantención de semejantes políticas opresivas.

Es por esta razón que, junto a las fuerzas liberadoras en marcha en Nicaragua, El Salvador y Guatemala, y alzándose a lo largo y ancho de América Latina, *la palabra la tiene el pueblo norteamericano* y las fuerzas que pueden expresar mejor sus intereses históricos.

EL POSIBLE SIGNIFICADO HISTORICO-POLITICO DE LA TERCERA GRAN DEPRESION

Urs Müller-Plantenberg

"Ahora todos somos keynesianos".

Richard Nixon 1972

"Hace siete años, nos encontrábamos casi solos en el mundo, en nuestra firme posición anticomunista frente al imperialismo soviético, y en nuestra definida opción por un sistema económico social de mercado, contrario al estatismo socializante que prevaecía en el mundo occidental. . .

Hace siete años estábamos casi solos. Hoy formamos parte de una tendencia mundial categórica. Y yo les digo a ustedes: Señores, no es Chile el que ha cambiado en sus planteamientos!

Augusto Pinochet en la última parte de su discurso al asumir la presidencia de Chile por un nuevo período, el 11 de marzo de 1981.

ES indudable que estamos viviendo en un período de una nueva Gran Depresión del sistema capitalista mundial o, como Ernest Mandel y otros dirían,¹ en un período de onda larga con una tónica de estagnación relativa, un período entonces en el cual las crisis cíclicas de la producción y del comercio se vuelven más duras y más largas que en los períodos de onda larga con una tónica de expansión.

No nos interesa aquí entrar en la discusión metodológica sobre la investigación de los llamados ciclos Kondratieff,² ni tampoco queremos pelear sobre la fecha exacta en la cual haya empezado el último ciclo. Para los fines de este ensayo basta saber que, a principios de los años ochenta del siglo XX, nos encontramos en medio de una Gran Depresión. Ahora, lo que nos interesa saber es cuáles son o podrían ser los efectos de este nuevo período de crisis sobre las correlaciones de fuerza den-

1. Ernest Mandel, *Der Spätkapitalismus*, Frankfurt am Main 1972; Ernest Mandel y Winfried Wolf, *Ende der Krise oder ohne Ende?*, Berlin 1977.

2. La revista *Review* ha dedicado todo un cuaderno a esta temática: *Review*, Vol. II, Nr. 4, Binghamton 1979.

tro de las distintas economías nacionales, sobre las relaciones entre ellas y sobre la relación entre economía y política. Es decir, queremos llegar a formular unas tesis sobre el posible significado histórico-político de la nueva Gran Depresión.

Para tal efecto es imprescindible echar una mirada hacia los dos primeros períodos largos que entre los historiadores del capitalismo desarrollado son conocidos como Grandes Depresiones, a saber, el último cuarto del siglo pasado (entre 1873 y 1896, más exactamente) y el tiempo entre las dos (primeras) Guerras Mundiales (entre 1914|18 y 1939|45). Es imprescindible porque, primero, permite ver que cada una de estas Grandes Depresiones ha dejado como resultado profundos cambios cualitativos en la organización social de las sociedades capitalistas y en la estructura del mercado mundial. Y segundo, porque el mismo contenido de estos profundos cambios cualitativos debe determinar, de un modo u otro, el posible significado histórico-político de la Gran Depresión actual.

1. La primera Gran Depresión 1873-1896 y sus resultados

En la primera mitad de los años setenta del siglo pasado terminaba una época que, con razón, ha sido llamada "el apogeo del capital"³ En los años después de las revoluciones del 1848 el capitalismo industrial experimentaba un auge nunca antes conocido, no sólo en Gran Bretaña que además seguía siendo el centro del comercio mundial creciente, sino también en Estados Unidos, en Alemania y en otras naciones europeas. Este auge se produjo sobre la base del uso y desarrollo sistemático de tecnologías ya largamente conocidas, del carbón como fuente principal de energía, del hierro y acero como material principal para la construcción de máquinas y de la máquina de vapor como máquina principal de movimiento. Fue acompañado además por una revolución en el sistema del transporte con la construcción de una red de ferrocarriles de miles de kilómetros en todo el mundo y un aumento enorme de la navegación a vapor. Esta revolución del transporte permitía una integración creciente de muchos países coloniales y semicoloniales en el mercado mundial capitalista en la medida en que llegaban a ser productores y exportadores de materias primas para la producción industrial y para la alimentación de la población en los países industriales. Los salarios relativamente bajos hacían posible una tasa de ganancia bastante alta. El librecomercio y una política de no-intervención del Estado en la economía aparecían como garantías para una expansión económica sin interrupción. Si bien el liberalismo político no había llegado a conquistar el poder político de las manos de fuerzas conservadoras en la mayoría de los países europeos, y esto en buena parte por su miedo natural a una revolución social, los principales del liberalismo fue-

3. Véase el libro de Eric J. Hobsbawm, *The Age of Capital*, London 1975.

ron generalmente aceptados por los Gobiernos que sólo se reservaban el derecho de garantizar algunos privilegios de la aristocracia que les parecían importantes.

En el período de la primera Gran Depresión cambiaba la historia. La depresión se desarrollaba en los distintos países industrializados como una secuencia de varias crisis de sobreacumulación sobre la base de las viejas tecnologías del carbón y de la máquina de vapor, mientras las nuevas tecnologías basadas en la electricidad, el motor de combustión y ciertos procesos químicos no estaban todavía suficientemente desarrolladas para permitir toda una ola de grandes inversiones lucrativas que cambiaran toda la base técnica del sistema productivo. Este período se caracterizaba entonces por una tasa de ganancia relativamente baja. Con todo, el producto industrial seguía creciendo en todas partes, aunque con un ritmo más lento que en la época anterior. Los efectos de las crisis eran mucho más graves para la agricultura que tenía que competir con las importaciones de ultramar.

Los cambios más profundos e importantes, sin embargo, tenían que ver con el rol que el Estado empezaba a jugar para la economía. Con la sola excepción de Gran Bretaña que como centro mundial del comercio mantenía el libre comercio e intervenía sólo con unas leyes sociales en las relaciones industriales, todas las otras naciones en proceso de industrialización adoptaban políticas que ya entonces fueron caracterizadas y denunciadas por todas las fracciones del liberalismo como un "proteccionismo colectivista" peligroso. Para proteger el capital nacional y la agricultura, para paliar los "costos sociales" de la crisis capitalista y para evitar así una revolución social como se la había conocido recientemente en la comuna de París del 1871, los Estados empezaban a asumir nuevas funciones que antes no les habían correspondido. No sólo garantizaban, a partir de entonces las precondiciones generales de la reproducción del capital, sino que determinaban también las condiciones concretas. Estaban lejos todavía de ser los grandes inversionistas, promotores y empresarios como hoy los conocemos, pero sí actuaban en la protección arancelaria, en la construcción de obras públicas de infraestructura, en la organización del seguro social, en la protección de los obreros en las minas e industrias. Y no debe olvidarse los efectos que una política de armamento creciente y las conquistas de colonias tenían sobre la economía de la mayoría de los países en procesos de industrialización.

La política económica llegaba entonces a ser una de las principales preocupaciones del Estado. Pero como se economizaba la política, así también se politizaba la economía y con ella toda la sociedad. En la medida en la cual el Estado intervenía en la economía, los representantes de los distintos intereses económicos y los grupos sociales se veían forzados cada vez más a organizarse para poder presionar mejor

sobre el Estado para que interviniera en su favor o para que, por lo menos, no lo hiciera en contra de sus intereses. Así surgieron en este tiempo las grandes asociaciones gremiales de la industria, de la agricultura, de la minería, de la banca, de los empleadores, de los productores de determinadas mercancías, del comercio, los sindicatos obreros fuertes, los movimientos de masa organizados, los partidos políticos modernos. Fue el inicio de todo un proceso de lo que la nueva ciencia de la sociología iba a llamar "democratización fundamental", pero mediatizada desde el principio por una fuerte tendencia hacia la burocratización que parecía necesaria para cumplir las tareas de las organizaciones frente al Estado capitalista y a las organizaciones de otras clases sociales.

Este cambio fundamental del rol del Estado significaba también que el Estado nacional llegaba a ser el espacio natural no sólo para las decisiones políticas en el sentido más estrecho, sino también para el desarrollo capitalista, el espacio desde el cual el capital nacionalmente organizado trataba de conquistar la parte del mercado mundial que le parecía justa y necesaria. Si juntamos a este hecho de la organización nacional del capital el proceso de concentración y centralización de capital que fue provocado por la depresión y que conducía a la formación de grandes oligopolios y trusts, además el peso creciente del capital bancario y su fusión con el capital industrial en el capital financiero, tenemos en fin como resultado del período de la primera Gran Depresión casi todo el panorama de lo que, veinte años más tarde, Lenin nos ha descrito como capitalismo monopólico en la fase imperialista del desarrollo capitalista mundial.

Preferimos, sin embargo, el concepto del "capitalismo organizado", usado primero por Rudolf Hilferding, un concepto que, más allá de la organización del capital nacional bajo la hegemonía del capital financiero, incluye una fuerte participación del Estado en la planificación y en el desarrollo de la economía y, además, un alto grado de organización social.⁴

II. *La segunda Gran Depresión 1914/18-1939/45 y sus resultados*

Los años entre el fin de la primera Gran Depresión y la Primera Guerra Mundial eran caracterizados entonces por la competencia entre varios capitalismo (nacionalmente) organizados dentro de los cuales el uso y desarrollo sistemático de las nuevas tecnologías por los grandes conglomerados económicos, la creciente productividad del trabajo y el aflujo de materias primas relativamente baratas desde la periferia del

4. Estudios sobre el auge del capitalismo organizado en los principales países capitalistas entre 1873 y 1914 se encuentran en H.A. Winkler (ed.), *Organisierter Kapitalismus, Voraussetzungen und Anfänge*, Göttingen 1974.

sistema capitalista mundial permitían una tasa de ganancia bastante alta y un crecimiento económico que no estaba previsto por los teóricos marxistas y que fomentaba, hasta cierto punto, la integración de la clase obrera en las sociedades y en los Estados nacionales. Al lado de Gran Bretaña se establecían las nuevas potencias capitalistas (e imperialistas): Estados Unidos, Alemania, Francia, el Japón y, en un grado menor, también Italia, Austria, Rusia y otras naciones.

Este nuevo auge del capitalismo terminaba, como sabemos, en la Primera Guerra Mundial que, otra vez más, reforzó las características del capitalismo organizado. Hasta Gran Bretaña se veía obligada a adoptar medidas de un "socialismo de guerra" que significaban, en el fondo, un acercamiento a la organización social de los otros capitalismos nacionales. Pero los cambios del capitalismo británico no eran suficientes para impedir que de la guerra imperialista surgiera otra fuerza hegemónica en el sistema capitalista mundial: Estados Unidos.

Los resultados inmediatos más importantes de la guerra eran otros, sin embargo:

Primero, la Revolución Rusa de 1917 que no sólo marginaba este país grande del sistema capitalista mundial, sino que mostraba también en que peligro real estaba, por lo menos en Europa, el mismo modo de producción capitalista.

Y segundo, la segunda Gran Depresión, una nueva secuencia de crisis cíclicas que culminaba en la llamada crisis económica mundial de los años 1929 a 1933. Con diferencia a la primera Gran Depresión la nueva traía consigo no sólo una baja de la tasa de ganancia, sino también una baja de la tasa de crecimiento del producto industrial, una caída enorme del volumen del comercio mundial, la destrucción del sistema monetario mundial basado en la libra esterlina y un aumento enorme del desempleo que se sentía aún más grave porque desde la guerra los Estados Unidos habían empezado a frenar y controlar la inmigración y a proteger así su mercado de la fuerza de trabajo. El sistema capitalista mundial parecía realmente amenazado, no sólo desde afuera, sino también desde adentro.

No es necesario detenerse aquí en las consecuencias políticas que esta situación provocaba en los distintos países capitalistas industrializados. Sólo es de mencionar que tanto el fascismo en sus más diversas expresiones como la democracia de masas, a pesar de las enormes diferencias que existen entre estas formas burguesas de dominación política, quedaban dentro de los márgenes del capitalismo organizado, mejor dicho: fueron resultados de distintas tendencias del desarrollo de este capitalismo organizado.

Así se explica que, después de la crisis del 1929, prácticamente todos los Estados capitalistas han adoptado medidas de política econó-

mica que correspondían a las ideas de John Maynard Keynes y que significaban otro aumento enorme de la intervención del Estado en la economía. Hay que constatar aquí que la famosa Teoría General de Keynes se basaba en algunos supuestos básicos que en la realidad de los años treinta, cuando la formulaba, estaban dados en todas partes. Un aumento del empleo y una política de pleno empleo por la creación de una demanda adicional (y hasta artificial) por el lado del Estado debía ser posible sin provocar tendencias inflacionarias bajo el supuesto de una economía cerrada, estacionaria y con un fuerte control de precios y salarios o, por lo menos, con un alto grado de disciplina de empresarios y sindicatos. Esta situación estaba, más o menos, dada en los años treinta. Y esa política podía funcionar todavía en economías abiertas y crecientes si los Gobiernos de todos los países capitalistas importantes la empleaban igualmente, manteniendo el mismo grado de disciplina en cuanto a la cantidad del dinero. Y con esta consideración ya nos acercamos a las condiciones del auge del capitalismo después de la Segunda Guerra Mundial.

III. *El largo período de la prosperidad*

Que haya habido un nuevo auge del capitalismo en los países del centro del sistema mundial capitalista, después de la Segunda Guerra Mundial, no tiene nada de milagro. Existía una clase obrera con un nivel promedio muy alto de calificación que sólo tenía que ser empleada para garantizar un rápido aumento de la producción. Existía además un progreso técnico, acumulado en treinta años de crisis y de guerra, que sólo tenía que ser usado y desarrollado sistemáticamente para ampliar aún más el aparato productivo. Las nuevas tecnologías de la electrónica y de los sintéticos como también el uso generalizado del motor de combustión ofrecían grandes posibilidades tanto para aumentar la productividad del trabajo por la vía de innovaciones en los procesos de producción como para aumentar el empleo por la vía de la creación de toda una gama de siempre nuevos productos (y la creación científica de las necesidades correspondientes entre los consumidores para poder vender estos nuevos productos).

Una tasa mayor de crecimiento por un mejor empleo de una clase obrera calificada existente y por el uso sistemático de un progreso técnico acumulado es característica tanto para un período de recuperación después de una onda larga de depresión como también para un período de reconstrucción después de una catástrofe o una guerra. En los países donde la Segunda Guerra Mundial había destruido una parte significativa del aparato productivo, coincidieron entonces el período de recuperación y el período de reconstrucción. Así se explican las tasas altas y a veces muy altas de crecimiento de la producción industrial en los países capitalistas centrales después del año 1945.

Pero estos factores no son suficientes para explicar la dimensión y la duración del nuevo período de prosperidad. Había otros factores adicionales.

Un primer factor ha sido la ampliación enorme de la actividad del Estado en la economía. El bienestar social bajo la forma de pleno empleo y de una red de seguridad social llegaba a ser una de las preocupaciones principales de la política económica del Estado social y benefactor. Esta política redistributiva del Estado, aprobada por el keynesianismo, posibilitada por las tasas relativamente altas de crecimiento y adicionalmente impulsada por la competencia con los llamados Estados socialistas y por las presiones de la clase obrera en la democracia de masas, garantizaba aún para las fases cortas de coyuntura descendiente una estabilidad política y un mínimo de emanda que disminuyeron considerablemente los riesgos para los inversores. El Estado incrementaba también enormemente las inversiones en grandes obras de infraestructura (carreteras, centrales de energía eléctrica, etc.) que hacían del uso masivo y creciente de siempre nuevos productos (automóviles, aparatos eléctricos, etc.) no sólo una posibilidad real para la gente común y corriente, sino también una necesidad cultural socialmente aceptada.

Bajo la presión de los más distintos grupos sociales que exigían una participación mayor en el producto creciente, la política económica orientada a la estabilización y al aumento de la demanda global no significaba que no hubiera alzas y bajas de la demanda estatal según las coyunturas. Lo más que era posible era detener la demanda estatal en tiempos de coyuntura ascendiente para aumentarla otra vez en tiempos de coyuntura descendiente. El financiamiento de esta demanda estatal creciente era posible sólo en la medida en que se incrementaban la tasa real de impuestos en los tiempos de alza coyuntural y/o el endeudamiento del Estado. El resultado de todo este proceso era lo que Ernest Mandel llama la "hipertrofia del Estado burgués", según él una característica necesaria del capitalismo tardío, es decir, un sector público enorme y creciente con fuertes tendencias de burocratización sin que existan posibilidades de un control democrático real. La política económica destinada a asegurar así la combinación de crecimiento con redistribución de ingresos, de estabilidad monetaria con pleno empleo, sin embargo, podían no sólo funcionar mientras la reconstrucción y la recuperación aseguraban tasas altas de crecimiento, sino también reforzar y prolongar, hasta cierto punto, el período de prosperidad.

Un segundo factor para explicar la dimensión y la duración del nuevo auge del capitalismo central después de la Segunda Guerra Mundial era la apertura de las economías hacia el mercado mundial. El creciente intercambio libre de mercancías, capitales y tecnologías permi-

5. Ernest Mandel, *op. cit.*, p. 438.

ta una mayor especialización en la división internacional del trabajo y un mayor aprovechamiento de la producción en gran escala por las grandes empresas transnacionales en que se transformaron las viejas empresas oligopólicas nacionales. Había, sin embargo, dos campos en los cuales se mantenía un alto nivel de proteccionismo. Uno era el mercado de trabajo: La inmigración de trabajadores desde los países semi-periféricos y periféricos sólo fue tolerada en la medida en que se necesitaba fuerza adicional de trabajo para mantener el nivel de actividad sin poner en peligro el pleno empleo. Una inmigración mayor podría haber sido aprovechada por los empresarios para bajar los costos salariales, pero hubiera significado costos mucho mayores en el sistema de seguridad social. Frente a la alternativa de o mantener en lo posible el pleno empleo y la efectividad del sistema de seguridad social o declarar la libertad del mercado internacional de trabajo, los políticos de los países centrales del sistema mundial capitalista no tenían muchas dificultades de decidirse. La creciente desigualdad entre las situaciones del mercado de trabajo en los países centrales y en los países periféricos tenía como consecuencia una diferenciación cada vez mayor de los salarios a escala mundial para los obreros poco calificados y no calificados, una especialización de las economías centrales en las ramas de producción de intensidad de capital alta y un intercambio crecientemente desigual de horas de trabajo entre las economías centrales y las economías periféricas.

Otro campo donde se mantenía un alto nivel de protección era la agricultura. Esto también tenía que ver con la política de pleno empleo. Para garantizarles a los campesinos un ingreso suficientemente alto para retardar su entrada masiva en el mercado de trabajo de la industria y de los servicios fueron fijados precios altos para los productos de la agricultura con el resultado de una sobreproducción creciente sobre la base de una productividad altísima por hora de trabajo y por hectárea. Esta sobreproducción tiene que ser o destruida o vendida debajo de los precios del mercado mundial o regalada dentro del marco de los programas en contra del hambre en el mundo. Esta política, aparentemente absurda en términos estrictamente económicos por el doble costo que significa tanto para los consumidores como para los contribuyentes, tenía, sin embargo, efectos que contribuyeron aún más a la prolongación del período de prosperidad en el centro en la medida en que destruyeron capacidades de posibles competidores en este campo y abarataron así aún más los otros productos comercializados por los países periféricos.

Lo que ha permitido entonces la concentración creciente de la estructura internacional de ingresos no ha sido ni una política general de librecambio, ni tampoco una política general de proteccionismo, sino una política como Dieter Senghaas la propone para un desarrollo auto-

sostenido de los países subdesarrollados, a saber, una "disociación selectiva" del mercado mundial por parte de los países del centro.⁶

Un tercer factor que contribuyó a la prolongación del período de prosperidad en el centro del sistema mundial capitalista ya ha sido nombrado: los bajos precios de las materias primas y, especialmente, el petróleo por mucho tiempo ultrabaratado que, como fuente de energía y como material primario, tenía suma importancia para las industrias más dinámicas de la época: la industria automotriz, la industria eléctrica y la industria química. Sobre la base del precio bajo del petróleo se planificaba el progreso técnico, se desarrollaban las fuerzas productivas y se estructuraba todo el crecimiento económico. La creencia ciega en la unilinearidad del progreso técnico según la teoría de la "revolución técnico-científica" conducía también a los llamados países socialistas a desarrollar las fuerzas productivas según los mismos criterios como los países capitalistas avanzados. No es de extrañarse entonces que los países subdesarrollados que carecían de petróleo diseñaron su industrialización de la misma manera.

Como un cuarto factor que puede explicar la dimensión y la duración del último período de prosperidad en el centro del sistema mundial capitalista podría mencionarse el hecho de que por un tiempo bastante largo estaban indiscutidas la hegemonía de la economía de Estados Unidos en el sistema capitalista mundial, la estabilidad del sistema monetario sobre la base del liderazgo del dólar como moneda de reserva y como medio internacional de pago y, por último la disponibilidad de una cantidad suficiente de dólares como para garantizar el funcionamiento sin dificultades del mercado mundial creciente.

IV. *Los principios de la tercera Gran Depresión*

Los mismos factores que, por cierto tiempo, habían ayudado a profundizar y prolongar el período de prosperidad en las economías centrales, eran los que provocaron y agravaron la crisis cuando en fin desaparecieron definitivamente las tasas altas de crecimiento, características de los tiempos de reconstrucción y recuperación:

Los déficit permanentes en la balanza de pagos de Estados Unidos destruyeron la confianza en el dólar y en el funcionamiento estable del sistema monetario internacional lo que ayudaba a desenfrenar procesos inflacionarios poco controlables en todas partes.

El uso ilimitado y hasta despilfarro del petróleo ultrabaratado provocó que los Gobiernos de los países exportadores de esta materia prima pudieran darse cuenta que ellos poseían un monopolio de un recurso a la

6. Dieter Senghaas, *Weltwirtschaftsordnung und Entwicklungspolitik. Plädoyer für Dissoziation*, Frankfurt am Main 1977. Sobre la interrelación entre la distribución internacional de ingresos y el mercado internacional de trabajo véase también mi artículo *Einkommensstruktur und Arbeitsmarkt International*, en: *Prokla*, número 43, Berlín, Marzo de 1981.

vez limitado e imprescindible para el patrón de crecimiento seguido en todo el mundo. Aumentaron entonces el precio del petróleo en una medida nunca antes conocida con las consecuencias previsibles para la balanza comercial de los países importadores.

El pleno empleo y la protección del mercado de trabajo provocaron aumentos salariales más allá del crecimiento de la productividad del trabajo lo que conducía a las empresas en las ramas de producción industrial con intensidad alta de trabajo a trasladar su producción a otras partes del mundo donde se pagan salarios más bajos.⁷

Las mismas políticas de librecambio amenazaron volverse en contra de los países avanzados en la medida en que las empresas y los bancos transnacionales en sus políticas de inversiones se independizaron de sus países de origen.

La política de una demanda estatal creciente permitió que capitales "ineficientes" y menos productivos no fueron destruidos en cantidades suficientes para mantener una tasa alta de ganancia promedio.

Los subsidios para la agricultura, los costos incontrolables de las obras públicas de infraestructura y los costos altos y crecientes de la red de seguridad social significaron un incremento cada vez mayor del gasto público que hizo que aumentaran tanto los impuestos como los déficits fiscales y el endeudamiento del Estado con todas las consecuencias e implicaciones que esto tiene para la tasa de ganancia y para el nivel de precios.

Además, en el largo período de la prosperidad se había legislado en muchas materias bajo el supuesto de que tasas altas de crecimiento y pleno empleo podrían mantenerse para un futuro indefinido, con la consecuencia de que con la baja del crecimiento y con el aumento del desempleo los efectos redistributivos tenían que crecer desmesuradamente. Esta situación pone entonces al Estado ante la alternativa de no seguir con los beneficios redistributivos y poner así en peligro el crecimiento o seguir una política de crecimiento ofreciendo buenas oportunidades de inversión y cortando la redistribución. Es la disyuntiva ante la cual se encuentra especialmente la socialdemocracia europea que más que otras corrientes políticas se ha identificado con la política económica del keynesianismo. En el primer caso el Estado aparece como irresponsable ante la burguesía y las clases medias que saldrán para invertir en otras partes donde los intereses sean más altos, los impuestos más bajos y las expectativas de ganancias mejores. En el segundo caso crea el descontento masivo entre los receptores de ayuda social y de subsidios. En los dos casos (y también en el caso del intento de tomar un camino entremedio) el Estado aparece como el responsable de los efectos que la crisis tiene para la vida cotidiana de la

7. Véase el libro de Folker Fröbel, Jürgen Heinrichs y Otto Kreye, *Die internationale Arbeitsteilung*, Reinbek 1977.

gente. Pero no sólo esto. Mientras en las Grandes Depresiones anteriores grandes partes de la clase obrera y de las capas de menores ingresos habían identificado el sistema capitalista mismo como el responsable de las crisis, hoy responsabilizan de la misma crisis al Estado ineficiente y crecientemente burocrático que no logra ser suficientemente capitalista para funcionar bien como Estado social. Es esta la razón por la cual parece poco probable que las crisis capitalistas de la tercera Gran Depresión desemboquen en una crisis del capitalismo.

Para que sea así sería necesaria, más allá de las crisis capitalistas, la posibilidad real y visible de un modo de producción alternativo que corresponda mejor a las necesidades concretas de la clase obrera. Esto era el caso en las Grandes Depresiones anteriores cuando el futuro socialista o la Revolución Rusa ofrecían grandes esperanzas en comparación con la miseria en que vivían los obreros y los desempleados. Los llamados países socialistas de hoy no ofrecen este tipo de perspectivas para la clase obrera de los países centrales del sistema mundial capitalista. Y esto no sólo por el hecho de haber adoptado el mismo tipo de organización del proceso productivo como los empresarios capitalistas con las necesidades inherentes para el desarrollo de las fuerzas productivas⁸ (y con peores resultados en términos cuantitativos), sino también porque se habían insertado de tal manera en el mercado mundial y en la división internacional del trabajo⁹ que han sido tocados y afectados por la nueva Gran Depresión casi en el mismo grado como las economías centrales, y a veces más. Es ilustrativo que la crisis económica ha llegado a grados mayores exactamente en los dos países Rumanía y Polonia en cuyo comercio internacional el intercambio con los países capitalistas representa el mayor porcentaje. Los acontecimientos en Polonia en 1980 han demostrado además a los obreros de Europa occidental que el partido que dirige el proceso económico y político en el nombre de la clase obrera no es de ninguna manera el intérprete fiel de las necesidades directas y concretas de la gran masa de los obreros y de la población en general.

El llamado "socialismo realmente existente" no es entonces para los obreros de los países del centro una alternativa real al modo de producción capitalista. Y los proyectos de los llamados grupos "alternativos" (ecologistas, "verdes", etc.) tampoco lo son porque los modos de producción que propugnan ellos son más bien complementarios al modo de producción capitalista. Mientras no exista entonces una alternativa real y visible al capitalismo es probable y hasta seguro que los cambios cualitativos que son de esperar de una Gran Depresión y que están destinadas a solucionar los problemas que con ella aparecen se-

8. Véase Paul Singer, *O que é socialismo, hoje*, Petropolis 1980.

9. Véase André Gunder Frank, *Long Live Transideological Enterprise!*, en: *Review*, Vol. I, Nr. 1, Binghamton 1977.

rán cambios que se mueven dentro del esquema capitalista. Pero antes de entrar en la discusión de estos cambios que ya se anuncian es necesario echar una mirada al desarrollo del capitalismo en América Latina en los últimos cincuenta años.

V. Los intentos de industrialización en América Latina

Al principio la industrialización por la vía de sustitución de importaciones en varios países latinoamericanos no correspondía a una política deliberada y planificada, sino era una posibilidad y una necesidad frente a la grave situación del comercio mundial después de la crisis de los años 1929 a 1933. La baja enorme de las exportaciones debilitaba el poder social de los exportadores de materias primas y de la llamada burguesía compradora en un grado suficiente para cambiar la correlación de fuerzas en favor de una burguesía industrial que podía crecer porque gozaba de la protección que ofrecían primero la misma Gran Depresión y después la Segunda Guerra Mundial. Pero dentro de relativamente pocos años se desarrollaba de esta situación un proteccionismo deliberado y planificado con una intervención creciente del Estado en la economía, un proteccionismo "colectivista" que, a partir de la fundación de la CEPAL, podía contar con la bendición y fundamentación teórica de los pensadores desarrollistas de esta institución internacional de gran prestigio.

No es necesario ni tampoco posible analizar aquí todo el proceso de la industrialización por sustitución de importaciones. Lo que nos interesa es el hecho de que en este proceso han confluído en el lapso de unas pocas décadas todas las tendencias que en los países avanzados habían nacido poco a poco, durante todo un siglo, como respuestas prácticas a exigencias concretas provocadas por las Grandes Depresiones, y esto bajo las circunstancias agravantes de la dependencia política, económica, financiera y tecnológica y del atraso de las fuerzas productivas en grandes partes de la agricultura. Dentro de pocos lustros fue desarrollándose así un "capitalismo organizado" con todas las características arriba descritas, pero con un Estado que, ya casi desde el principio, asumía muchas funciones más que el típico Estado europeo antes de la Primera Guerra Mundial. Para cumplir su rol en este proceso, el Estado tenía que ser no sólo protector de la industria y constructor de obras públicas, sino también promotor de la industrialización, gran inversionista, gran empresario, gran empleador, distribuidor de beneficios sociales y ejecutor de una política coyuntural de corte keynesiana.

Este proceso de industrialización era poco problemático todavía mientras se trataba de substituir la importación de bienes para el consumo de masas, producidos con tecnologías poco sofisticadas que suponían además un uso relativamente intensivo del trabajo. Pero en la medida en que la industrialización en los distintos países entraba en la

fase de la producción de bienes de consumo durable para un mercado interno reducido y con altos costos de capital, empezaron los problemas.

El patrón de industrialización conducía a altos costos de producción con dificultades para alcanzar escalas de producción. Mantenerlo significaba altos déficit fiscales, un endeudamiento externo creciente y presiones inflacionarias cada vez mayores. Pero los problemas no quedaban en lo puramente económico. En la medida en la cual la política económica llegaba a ser la preocupación fundamental del Estado, se politizaba la economía y se economizaba la política. Los sindicatos, los gremios profesionales, las asociaciones de empresarios y los partidos políticos crecían, se fortalecían y formaban alianzas para poder presionar mejor sobre el Estado en defensa de su participación en la distribución del producto económico. Había así un proceso de democratización con fuertes tendencias nacionalistas y socialistas al mismo tiempo que, por el mismo desarrollo económico, se aceleraba enormemente la urbanización, acompañada por la marginalización de grandes partes de la población. Esta situación hacía que los revolucionarios del mundo veían, en los años sesenta y a principios de los setenta, en América Latina el escenario de un triunfo cercano del socialismo.

Se puede decir que los análisis que los críticos de izquierda (con su enfoque de dependencia) hacían sobre la inviabilidad de esa estrategia proteccionista de industrialización coincidía bastante con la que hacían los economistas liberales, sólo que había una diferencia fundamental: Para los primeros la crisis del modelo significaba la crisis final del capitalismo en la periferia del sistema mundial, de un capitalismo que ya se había debilitado tanto que, con un poco más de decisión de lucha, las masas podrían derrotarlo, mientras los segundos analizaban la crisis del modelo como una crisis del "estatismo socializante", como hoy lo llama Pinochet.

Ahora, lo que nos interesa para los fines de este ensayo es el hecho de que, primero, la estrategia de la industrialización por la vía de la sustitución de importaciones juntaba en sí las principales características que, en cuanto a la relación entre Estado y economía capitalistas, se habían desarrollado en el centro del sistema capitalista mundial, y, segundo, que este intento de una industrialización capitalista planificada fracasó y se agotó (con las posibles excepciones del Brasil y de México) antes de que los primeros efectos de la tercera Gran Depresión se hicieron sentir plenamente en el centro. Así las soluciones que en América Latina se han encontrado para superar el empate ya eran conocidas y podían servir de pautas cuando los países del centro entraran en el período de la tercera Gran Depresión.

VI. *La solución a la chilena*

Irónicamente ha sido un organismo internacional diseñado por el mismo Keynes, el Fondo Monetario Internacional, el organismo que ha

hecho más para impedir que la política de superar crisis coyunturales por un aumento de la demanda estatal sea empleada en todas partes. La política orientada en estimular la demanda como la había propuesto Keynes, suponía como contraparte un equilibrio externo de las distintas economías nacionales, y el FMI era el organismo encargado de organizar que los países con un desequilibrio externo volvieran rápidamente al equilibrio. Pero en la medida en que el desequilibrio externo llegaba a ser crónico en muchos países subdesarrollados que intentaban industrializarse, el FMI exigía programas cada vez más duros en el sentido de bajar los gastos públicos, permitir la libre importación de capital y mercancías, reducir los costos salariales, etc., etc. Como los análisis del FMI eran decisivos para la solvencia de estos países, sólo les quedaba la posibilidad de seguir sus instrucciones para asegurar el aflujo necesario de nuevos créditos.

En realidad los programas impuestos por el FMI a las economías subdesarrolladas en desequilibrio nunca han sido otra cosa que una política orientada a estimular la oferta en vez de la demanda, una política entonces cuyas consecuencias sociales son bien conocidas en una gran parte del mundo y que sólo en los países del centro del sistema mundial capitalista puede ser vendida como el último grito de la ciencia económica, como la nueva alternativa al keynesianismo.

Cuando fracasaron las estrategias de industrialización por sustitución de importaciones en muchos países latinoamericanos, el único camino para mantener estos países dentro del sistema capitalista era imponerles esta política orientada en el lado de la oferta. Y en varios países esto no ha sido posible sino con un golpe militar.

El caso de Chile es el más interesante y el más importante para nuestras consideraciones. Y esto no sólo porque el desarrollo social y político anterior al golpe de Estado había llevado a un intento serio de reemplazar el funcionamiento capitalista de la economía por algo distinto, sino, sobre todo, porque el equipo económico ultraliberal y monetarista del Gobierno militar ha sabido imponerse rápidamente dentro del bloque de poder que existía después del golpe de 1973 y ha podido así extender su poder de decisión mucho más allá de la pura política económica para reestructurar de la manera más consecuente (y exitosa según sus criterios) tanto la economía como el Estado y la sociedad.

El objetivo central de estos economistas chilenos bajo el liderazgo de Sergio de Castro y Alvaro Bardón y bajo la protección del Presidente Pinochet no es reemplazar una política económica por otra, sino terminar, hasta donde sea posible, con cualquier tipo de política económica del Estado. El objetivo central es lo que podríamos llamar la "desorganización" del capitalismo organizado para crear una "sociedad libre" (en el sentido como el "Wall Street Journal" usa este término) en la cual la libertad económica irrestricta de cada uno sea la base de todas las otras libertades.

Muchas veces se ha insistido en que en el caso del régimen militar chileno se combina un ultra-liberalismo manchesteriano en lo económico con un anti-liberalismo extremo en lo político. No es así. El régimen militar chileno es ultra-liberalista en cualquier sentido. Según la ideología de sus dirigentes políticos la tarea principal del Estado consiste en "proteger" al individuo en contra de las organizaciones sociales y políticas que en vez de ayudarlo sólo buscarían suprimir su libertad y personalidad. Para garantizar esta protección del individuo, el Estado debe estar decidido a no ceder ante ninguna presión de fuerzas sociales organizadas.

Esto significa que su autoridad en ningún caso debe basarse en un sistema de legitimación que a las organizaciones sociales y políticas les permita ganar fuerza e influencia y así poder presionar sobre el Estado. El Estado además debe estar suficientemente armado, capaz y dispuesto a reprimir cualquier intento de renacimiento de organizaciones que busquen reforzar las tendencias "socializantes" del pasado. Pero la represión directa no es el único factor que juega en el debilitamiento de las organizaciones económicas y sociales. Cuando el Estado no se deja influenciar por ninguna presión, las organizaciones que han sido creadas para presionar sobre el Estado y que se han fortalecido con sus éxitos necesariamente pierden fuerza. Se produce esa atomización de la sociedad, ese "efecto de aislamiento"¹⁰ que son características de todas las relaciones sociales estrictamente económicas que no se traducen también en relaciones sociales políticas.

Lo que se intenta lograr en Chile es la deseconomización del Estado y la desestatización de la economía, la despolitización de la economía y la deseconomización de la política. Todas las llamadas "modernizaciones" en la economía, en el Estado y en el sistema social son interpretadas clara y declaradamente en este sentido.

La estrategia de la no-intervención del Estado en la economía tiene la ventaja de aparecer como socialmente neutral. Naturalmente, no lo es. Admite abiertamente el desempleo y reducciones salariales y disciplina así los sindicatos, admite el librecambio y altas tasas de interés y destruye así los capitales "ineficientes", reduce los impuestos sobre los altos ingresos y corta drásticamente el gasto público y crea así las bases para una tasa alta de ganancia en el largo plazo. Es decir, favorece a unos y desfavorece a otros. Favorece a los más ricos, a los más hábiles, a los que saben moverse, a los más rápidos, a los que pueden distribuir sus riesgos, a los que manejan mejor la especulación. En pocos años ha llevado a una concentración enorme de los ingresos y a una centralización increíble del capital en las manos de unos pocos

10. Nicos Poulantzas, Poder político y clases sociales en el estado capitalista, México 1969, p. 159.

grupos económicos que combinan intereses en todos los departamentos de la economía."

Toda esta política se presenta en el tono de una patética triunfante de una revolución capitalista, una segunda Revolución Burguesa que esta vez no se dirige en contra de los privilegios feudales, sino en contra de los privilegios que el Estado capitalista en los últimos cien años ha repartido y distribuido entre los grupos sociales. Es una revolución anti-socialista en el sentido ms amplio de la palabra, donde anti-socialismo significa "oposición en contra de *todas* las intervenciones directas del Gobierno en el mercado, sean quienes sean en cuyo interés se ejerzan tales intervenciones", como lo formula Friedrich August von Hayek, el ideólogo actualmente preferido por los economistas chilenos en el Gobierno."

Entre los éxitos que los llamados Chicago boys chilenos han tenido el más importante es el respaldo total e irrestricto del capital financiero internacional que premia así los intentos de elevar la tasa de ganancia por medio de la desorganización sistemática del capitalismo organizado.

VII. *La desorganización del capitalismo organizado como posible resultado de la tercera Gran Depresión*

Hasta el año 1979 los casos de Chile y de otros países que aplicaban políticas monetaristas semejantes aparecían como casos exóticos que no tenían nada que ver con la situación en los países del centro del sistema mundial capitalista. En una conferencia, dada en el año 1975 en Gran Bretaña, Eric Hobsbawm daba por absolutamente seguro que en el futuro ya ningún Gobierno de un país industrial podría permitirse el lujo político de hacer una política que provoque una vuelta al desempleo masivo como había existido en el tiempo entre las Guerras Mundiales." Hoy en día ya existen en la misma Gran Bretaña casi tres millones de desempleados como el resultado de la política económica de la señora Thatcher.

El primer susto después de la llamada crisis del petróleo de 1973|74 fue superado rápidamente. El reciclaje de los miles de millones de petro-dólares funcionaba satisfactoriamente y hasta mejor de lo que se había pensado. A pesar del costo elevado del petróleo importado

11. Véase el libro de Fernando Dahse, *El mapa de la extrema riqueza*, Santiago 1979.

12. Friedrich August von Hayek, *Drei Vorlesungen über Gerechtigkeit, Demokratie und Sozialismus*, Tübingen 1977. A principios de 1981 von Hayek fue nombrado como presidente honorario del nuevo Centro de Estudios Públicos fundado por la plana mayor del ultraliberalismo chileno para extender el pensamiento económico al universo de todas las ciencias.

13. Eric J. Hobsbawm, *Die Krise des Kapitalismus in historischer Perspektive*, en: Fröbel/Heinrichs/Kreye (ed.), *Krisen in der kapitalistischen Weltökonomie*, Reinbek 1981, p. 50.

la República Federal de Alemania podía aumentar enormemente su superavit comercial en el año 1974. Todo el mundo hablaba del "modelo alemán" que demostraría al mundo cómo, con la participación activa del Estado, de las empresas transnacionales y de los sindicatos y con una política económica moderna de estilo keynesiano, podría conquistarse exitosamente un lugar privilegiado en la economía mundial.¹⁴ Hoy, después del cambio en los Gobiernos de Gran Bretaña y de Estados Unidos y después del segundo aumento drástico del precio del petróleo, las cosas ya no son así. En 1980, Alemania y el Japón son los países capitalistas avanzados con los mayores déficits en sus balanzas de transacciones corrientes. Los análisis que se han hecho sobre el "neocorporativismo" que sería algo como un "capitalismo super-organizado" aparentemente ya no valen. Lo que está de moda es una política que disminuye el papel del Estado, los gastos públicos, los impuestos, los subsidios, la protección, es decir, una política económica que, según los protagonistas, tendría que estimular la oferta que siempre se creará su demanda.

Resulta que para llevarla a cabo en una democracia burguesa es necesario ganar la mayoría del electorado y resistir a todas las presiones de las organizaciones sociales, vengan de donde vengan. Y Eric Hobsbawm y otros y todos hemos pensado que esto nunca será posible. Pero Margaret Thatcher y Ronald Reagan muestran que es posible. Dicen a todos que los quieren escuchar: "No reaccionamos frente a presiones".

Ya con estas palabras debilitan a las organizaciones sociales que no pueden lograr nada para sus afiliados. El objetivo de elevar la tasa de ganancia en el largo plazo y de incrementar la eficiencia y competitividad de las empresas vale más que el respaldo electoral que desaparece. Además quedan tres o cuatro años hasta las próximas elecciones. Más importante que la confianza del electorado es la confianza del capital financiero transnacional. El nuevo aumento del precio del petróleo ha incrementado enormemente la cantidad de petrodólares para los cuales hay que ofrecer oportunidades de buenas ganancias. A diferencia de la situación hace siete años el reciclaje se muestra muy difícil. Faltan buenos deudores. Y los mejores deudores serán los que participan en la nueva revolución capitalista en contra del "estatismo socializante".

No es muy probable que los representantes de esta nueva revolución capitalista serán reelegidos en elecciones democráticas. Pero cuando dejen sus puestos en los Gobiernos, sus países ya no serán lo que eran antes. Y los otros países tampoco, porque en la competencia por la confianza del capital financiero transnacional todos tienen

14. Véase por ejemplo mi conferencia en el seminario de CENDES 1977 sobre el Nuevo Orden Internacional.

que participar, quieran o no quieran. Las empresas transnacionales, los bancos transnacionales (y también los grandes exportadores del petróleo) se han independizado de tal manera de la política de los Estados centrales¹⁵ que ya no es posible ninguna política económica que se fundamente sobre los supuestos de una economía cerrada.

Puede ser que bajo el impacto de la crisis y bajo la presión de elecciones democráticas algunos Gobiernos todavía buscarán proteger ciertas actividades en contra de los vientos del mercado mundial. Pero lo más probable es que a mediano plazo todos los países centrales del sistema mundial capitalista participarán en la nueva revolución capitalista.

Parece entonces que el cambio cualitativo que es de esperar de la tercera Gran Depresión consistiría en la vuelta al capitalismo liberal del siglo pasado, en la desorganización del capitalismo organizado después de cien años de colectividad.

Sería interesante y quizás no demasiado difícil especular sobre el impacto que este tipo de desarrollo pueda tener sobre la distribución internacional de los ingresos. Pero resulta más importante y más urgente analizar qué importancia tienen dentro de la nueva revolución capitalista la política de armamento y la política exterior tan declaradamente anti-comunista.

Quizás vale la pena volver a las fuentes del liberalismo económico. Adam Smith nos dice que hay sólo dos esferas donde el Estado puede y debe gastar cualquier cantidad de plata: la representación de la máxima autoridad del Estado y la defensa del país. Y los gastos en defensa crecen con el grado de la civilización que haya logrado el país, mientras la civilización es el producto de la libertad económica del país que hay que defender con más y mejores armas en contra de los menos civilizados. Según esta figura de pensamiento para los ideólogos de la nueva revolución capitalista los socialdemócratas estatizantes, los socialistas y los comunistas serían los menos civilizados que, para lograr un alto nivel de civilización tendrían que ser liberados del dominio del totalitarismo amenazante.

Adam Smith creía en el progreso y en la expansión de la civilización y de la libertad económica. Una revolución capitalista no puede vivir sin pensar en su expansión hacia todo el mundo.

La primera Gran Depresión desemboca en la Primera Guerra Mundial. La segunda Gran Depresión encontró su final en la Segunda Guerra Mundial. La tercera Gran Depresión...

Termina el manuscrito.

27 de Marzo de 1981

15. Sobre la formación del capital financiero mundial y sobre el papel que para ella juegan los centros financieros internacionales véase el libro de Xabier Gorostiaga, *Los Banqueros del Imperio*, San José de Costa Rica 1978.

RESEÑAS:

ESTETICA Y MARXISMO: UNA REVISION
DE POSICIONES

Roberto Miró Quesada

EN los últimos años han aparecido una serie de trabajos sobre el fenómeno estético que tienen como sustento al materialismo dialéctico. Este punto de partida, que no es nuevo, tiene sin embargo la originalidad de ir agrupando observaciones que se hacen al fenómeno estético desde distintos ángulos. Una de las características del capitalismo es que todo lo convierte en una mercancía capaz de ser comercializada. Para ello disgrega la realidad, la compartamentaliza, para así dominarla mejor. A nivel filosófico, esta disgregación tiene su correspondiente en la separación entre sujeto y objeto, quedando el hombre alienado de su propia identidad. El conocimiento ha seguido el mismo camino, y cada parcela de la realidad tienen su propia disciplina. Una de las maneras de hacerle frente al proyecto capitalista es atacando este parcelamiento, intentando aprehender la realidad en su totalidad. Por eso los nuevos trabajos que se vienen haciendo sobre el fenómeno estético desde una óptica materialista y dialéctica toman en cuenta los aportes de varias disciplinas. El fenómeno estético, como expresión de una realidad históricamente determinada, es visto a través de la lingüística, la economía, la sociología, la antropología, el psicoanálisis, etc., en un intento de aprehensión totalizadora. La lectura de varios de estos libros nos han motivado la reflexión que sigue a continuación.

La obra de arte ciertamente refleja una situación histórica determinada, pero más que a una clase social diferenciada y autónoma, lo que la obra de arte refleja es la *situación* de esa clase; es decir, el conflicto de clase, su relación siempre cambiante frente a las otras clases y grupos sociales. De esta manera, la obra de arte (o un objeto cultural cualquiera) tiene dos dimensiones: a) es un reflejo de la situación social en la que aparece; en este sentido el reflejo es más o menos pasivo; b) es una estrategia ideológica desesperada y deliberada por *conducir* una situación histórica determinada. La obra de arte es, pues, al mismo tiempo un vehículo activo y pasivo que corresponde a una situación concreta de clase: debe soportar (la clase y su obra de arte) pa-

sivamente la situación concreta en la que la colocan las otras clases, pero debe al mismo tiempo activarse para tratar de cambiar esa situación. De ahí que toda obra de arte sea el producto de una gran tensión que nace de la contradicción de ser activa y pasiva al mismo tiempo.

Es ya un lugar común decir que cada clase tiene su propia ideología, y aunque a *grosso modo* esto sea cierto, se corre el peligro de considerar que las clases sociales son entes homogéneos y monolíticos. Una clase social es el punto de encuentro de diversas estructuras, estructuras siempre cambiantes y movedizas que hacen que ese punto de encuentro sea inestable. Las clases se componen y recomponen *ad infinitum*, no solamente porque las otras clases cambian a su vez y modifican el equilibrio de fuerzas, sino también porque al interior de cada clase los distintos grupos que la conforman están perpetuamente cambiando sus posiciones y por ende sus alianzas (al interior de cada clase y con las otras clases). Una clase social cambia en el tiempo, fortaleciéndose y debilitándose constantemente. Los grupos que entran y salen traen y se llevan su imagen del mundo y sus aspiraciones. La ideología de una clase, igualmente, es una estructura inestable y contradictoria.

La afirmación de que la ideología es una determinación y un condicionamiento del modo de producción (en otras palabras: que la infraestructura y la superestructura son meras correspondencias del mismo fenómeno), no es más sostenible. Mas bien, y siguiendo a Sartre, la superestructura ideológica debe ser vista como una *reacción* frente a la situación creada por la infraestructura. Desde esta perspectiva, la obra de arte alcanza una dimensión distinta y más rica: es el producto de una situación histórica concreta, pero es también una reacción contra dicha situación; es una *estrategia* para afirmar los valores de la clase y del grupo social específico dentro de esa clase, pero al hacerlo debe denunciar (explícita o implícitamente) no sólo a las otras clases, sino también a los grupos adversos dentro de la propia clase de donde el artista proviene, resaltando así las contradicciones inherentes a su clase. Al afirmar los valores de su clase, la obra de arte *descubre* a las otras clases (y a ella misma) las contradicciones que le son propias.

Para Marx, solamente cuando un escritor trasciende su clase (ideológicamente hablando) puede reflejar correctamente la naturaleza de la sociedad y las relaciones de los hombres en su interior. Es decir, el artista creativo deviene un crítico de la sociedad precisamente debido a la relación dialéctica existente entre la actividad artística y los valores sociales, individuales, las instituciones y la sociedad en general. Para Lukacs, por el contrario, el escritor nunca trasciende su clase, sino solamente la refleja. El error de Lukacs radica en que no hace ninguna distinción entre los grupos sociales que componen una clase; no sitúa al artista dentro de un grupo social específico. Decir que un artis-

ta pertenece a la clase media es situarlo sólo hasta cierto punto; es preciso definirlo específicamente si no queremos perder de vista toda la riqueza conflictiva envuelta en el proceso creativo.

Sería un error creer que la crítica literaria marxista se mueve mecánicamente del texto hacia la ideología, las relaciones sociales y por último hacia las fuerzas productivas. Por el contrario, de lo que se trata es de unir estos niveles. El que la literatura (y el arte) sea una parte de la superestructura no la hace un simple reflejo de la base económica (Eagleton: 1976a p. 9). Trotsky observaba que la forma literaria tienen sus propias reglas, una gran autonomía. Aunque se puede argüir que los grandes cambios en la forma literaria provienen de cambios en la ideología, no hay una relación simple y simétrica entre la forma literaria y estos cambios ideológicos. El mismo Trotsky sostenía que muchas veces los países atrasados podían reflejar de manera más clara en su ideología los avances de los países más adelantados, pero siempre y cuando la clase en proceso de afirmación tenga genuinas aspiraciones hegemónicas.

Por otra parte, la relación entre el desarrollo material y la producción artística no es tampoco simétrica. Dicho más brevemente: un gran desarrollo material no necesariamente produce obras de arte significativas. Los griegos, por ejemplo, fueron capaces de creaciones artísticas notables precisamente —y no a pesar de ello— porque su sociedad no obtuvo un desarrollo pleno, significando este "subdesarrollo" que la división social del trabajo no alcanzara toda su potencia. Por lo tanto, aun subsistía una cierta armonía entre el hombre y la naturaleza (Eagleton: 1976a, pp. 10, 11, 12). Estas excepciones a la regla son precisamente las que hacen del pensamiento dialéctico marxista un anti-sistema, haciendo su formulación dificultosa. Si el marxismo como

1. La determinación del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas es siempre relativo, relacionado a un marco de referencia. En este caso, consideramos que las fuerzas productivas no tuvieron un desarrollo pleno en Grecia porque las miramos desde nuestra posición de seres humanos del siglo XX. Los griegos, posiblemente, desarrollaron las fuerzas productivas al máximo de posibilidades que permitía su época. Lo que queremos resaltar es el concepto de división social del trabajo, que si bien no puede ser entendido en términos totalmente absolutos a través del tiempo, es en todo caso mucho menos susceptible de ser relativizado.

2. Quizá sería necesario hacer la distinción entre sistemático y sistémico, siendo este último sinónimo de coto cerrado; es decir, los límites precisos e inalterables de una realidad, fuera de la cual todo movimiento es impensable. Lo sistemático, por el contrario, tiene más bien una connotación de regla, de organicidad, de operatividad. Decir que el marxismo no es sistemático no es negarle la necesidad de organizarse a partir de ciertos presupuestos —indispensables para su desarrollo— sino que no es sistémico; es decir, inmutable.

operación mental es calificado como una *revolución permanente*, entonces es claro que todo intento de sistematizarlo será una falsificación. La noción de un "socialismo científico" (en el sentido de Bukharin) sería entonces una confusión que nos llevaría a presentar al marxismo como un cuerpo sistemático y objetivo de ideas, y no como lo que realmente es: un pensamiento que se mueve en el tiempo de acuerdo a ciertas directrices (no principios). Desde esta perspectiva se puede deducir que el marxismo, filosóficamente hablando, opera principalmente después del hecho, puesto que su punto de referencia son los hechos históricos. Por eso el marxismo puede ser concebido como el "fin de la filosofía", pues su estructura es una refutación de todo sistema. Así, podemos entender que todo intento de prognosis no sería otra cosa que la imposibilidad de pensar de una manera situacional (Jameson: 1974, p. 361).

Entender la literatura, entonces, significa entender la totalidad del proceso social del cual la literatura es parte. Las obras literarias (y artísticas) no son inspiraciones misteriosas que pueden ser explicadas únicamente por la psicología del autor, sino más bien maneras de percibir el mundo que corresponden a coyunturas concretas. Decir que la literatura pertenece a la superestructura y que es parte de la ideología es simplificar las cosas hasta el extremo de oscurecerlas. Sin negar dicha pertenencia, creemos que lo importante es destacar que la literatura es una estructura en sí misma, con sus propias leyes, no pudiendo ser derivada mecánicamente de otras estructuras, como la económica, la política y aun la ideológica. Las relaciones entre ambas instancias son sobre todo *correspondencias*, interacciones (Swingewood 1975: p. 15). Una teoría genuinamente dialéctica de la literatura tendría que poner la visión del escritor como mediada por lo específico y lo general, por la estructura social del grupo (o los grupos) y la cultura literaria existente, así como por las instituciones sociales y políticas. Aquí se percibe claramente la importancia del concepto gramsciano de hegemonía, pues permite que el trabajo literario permanezca como un todo autónomo con sus propias especificidades, influenciado pero no determinado por el contexto histórico-social (Ibid., p. 31).

"Escribir bien no es solamente una cuestión de estilo; significa sobre todo tener a disposición una perspectiva ideológica capaz de penetrar la realidad humana en un momento determinado" (Eagleton 1975: 8). Así, la crítica literaria marxista explica el hecho de que en ausencia de un arte genuinamente revolucionario, solamente un conservadurismo radical —hostil, como el marxismo, a los valores de la sociedad liberal burguesa— pueda producir una literatura significativa. Los casos de Yeats, Conrad, Eliot, Pound o Lawrence son ejemplificadores: no obstante la ideología reaccionaria de estos escritores, fueron capaces de producir obras de arte valiosas; y lo hicieron precisamente por-

que en su tiempo, cuando la burguesía liberal no estaba políticamente madura y el proletariado tampoco, el único grupo social maduro y en el poder eran los burgueses conservadores. Por eso fueron los únicos capaces de expresar su tiempo convincentemente.

La relación del escritor con la burguesía es, pues, problemática. Como ya lo observaba Gramsci, la burguesía, en su desarrollo, no podía "entrenar" a sus propios intelectuales, debiendo por lo tanto "alquilarlos" a los estratos profesionales y terratenientes: Turguenev y Tolstoi provenían de los estratos propietarios rurales; Dovstoevski del pequeño estrato profesional. En general, los escritores pertenecen a las clases altas y medias de la sociedad, pues para dedicarse a escribir es preciso disponer de tiempo y cultura. Lucien Goldman sostiene que el texto literario refleja este status privilegiado, pero también refleja un elemento crítico que nace de su condición de trabajador creativo emplazado en un determinado contexto. De ahí que el héroe de la novela burguesa sea un héroe problemático en la medida que rehusa ciertos valores de dicha sociedad. La novela, pues, deviene en una "forma" de oposición crítica, un acto creativo de resistencia hacia la manera en que se desarrolla la sociedad burguesa. Mientras el héroe épico representa a toda la comunidad como formando parte de un mundo orgánico, entendible, el héroe novelístico es siempre un sujeto solitario que debe enfrentarse a su medio ambiente, a la sociedad y a la naturaleza (esto último es particularmente cierto en el caso de la novela latinoamericana), siendo justamente su relación y su integración a estos elementos el verdadero problema de la trama; es un problema de integración pero también de afirmación de la individualidad frente a un mundo que tiende a la masificación y a la cosificación. De ahí que el prototipo del héroe de la novela sea el loco, el criminal o aquel que por alguna circunstancia se "discrimina" de la sociedad (adúlteros, hijos ilegítimos, no blancos, etc.).

A diferencia del cuento popular, que proviene de la vida colectiva y usa como material lo que todo el mundo reconoce como experiencia común, la novela es un producto de la clase media y usa como material lo que no es común, lo que es preferentemente individual. El cuento popular corresponde a una época y a una situación en los cuales la realidad sujeto-objeto no ha sido rota, o al menos guarda un cierto sentido; de ahí que los cuentos populares dan a los acontecimientos una absoluta singularidad: algo que empieza y termina, finito. Aquí la idea de la muerte y la eternidad son naturales. La novela, por el contrario, aparece cuando la idea de la muerte y la eternidad empieza a ser camuflada por una ideología burguesa que aporta un miedo desmedido hacia la muerte y la finitud precisamente porque el presente es escamoteado: en la medida que sujeto y objeto han sido separados y antagonizados, el presente pierde sentido, y este sólo se encuentra en un

futuro utópico donde sujeto y objeto volverán a identificarse; por eso el miedo a una muerte que nos podría privar de alcanzar aquello de lo cual ahora carecemos. Si el presente fuera vivido plenamente, el futuro desaparecería, y con ello quizá el miedo a la muerte.

Para Walter Benjamin (Jameson: op. cit., pp. 78-9), este círculo cerrado que es el cuento popular es la muestra de la representación del propio destino. Para Sartre, en cambio, esto es inauténtico, pues el destino y lo cerrado de una existencia es siempre el destino de otra persona; uno mismo no tiene consciencia de su propio destino como algo cerrado. A Sartre, por eso, la novela le parece más auténtica, en la medida que trae a la superficie esa experiencia abierta que es la consciencia del presente, la consciencia de la libertad, más que la ilusión óptica de un destino predeterminado. El cuento popular corresponde a una época en la cual el individuo tiene que hacerlo todo, y donde su vida adquiere la apariencia de un *fait accompli*. En la novela moderna del siglo XX, en cambio, lo que aparece es una época en la cual la prosperidad económica hace las cosas no irrevocables; de ahí que el argumento pierde interés y lo que importa sean aquellas experiencias que pueden ser narradas indistintamente y en cualquier orden.

El gusto por las descripciones, entonces, empieza cuando el mundo exterior es percibido como alienado de toda actividad humana, cosificado; y esta cosificación va paralizando incluso a los seres humanos, que devienen entes deshumanizados que son guiados desde fuera. *Tiempos Dificiles*, de Dickens, empieza con la siguiente frase: "Ahora, lo que quiero son, Hechos. Enseñadle a estos muchachos y muchachas solamente Hechos. Hechos solamente es lo que se quiere en la vida. No sembrar nada más y desechar todo lo demás". Este empiricismo a ultranza proviene de un individuo a quien Dickens describe como teniendo la frente cuadrada, las cejas cuadradas, los ojos cuadrados, el cuello cuadrado y los dedos cuadrados; y la ciudad donde vive este individuo es una ciudad cuadrada, con manzanas cuadradas, que tienen casas cuadradas con puertas y ventanas cuadradas. Es decir, un mundo cuadrado, cerrado, constreñido y constriñente, absolutamente cosificado. Para Lukacs, la novela no es otra cosa que un intento por darle un sentido al mundo exterior y a la especie humana; y este intento es el resultado de un desco subjetivo. La unidad tan deseada entre sujeto y objeto no proviene del mundo exterior, como en el período épico, sino de la mente del escritor. Para Lukacs, entonces, la libertad huma-

3. Flaubert expresará sentimientos similares 30 años después, al terminar su novela *Bouvard et Pecuchet* de la siguiente manera:

"—¡Adelante! ¡Basta de especulación! ¡Continúen copiando! La página debe ser llenada. Todo es igual, lo bueno y lo malo. Lo fáctico y lo sublime —lo bello y lo feo— lo insignificante y lo típico, todo ello no es otra cosa que la exaltación de lo estadístico. Sólo existen los hechos —y el fenómeno".

na no está encerrada en el héroe de la novela, que siempre fracasa, sino en el propio novelista, quien al contar la historia de un fracaso triunfa sobre el sinsentido; su verdadera creatividad está en el momento en que materia y espíritu se reconcilian precisamente ahí donde el héroe ha fracasado. La proposición de Lukacs podría ser llevada más lejos, y extender esa libertad encerrada en el escritor hasta el lector. El fenómeno artístico no es una esencia ideal encerrada en la obra propiamente dicha, ni tampoco en la actitud creadora del artista, sino en el proceso interactivo entre el artista y el receptor, teniendo a la obra de arte como intermediaria. De esta manera todas las estructuras de una sociedad que confluyen en el preciso momento en que la obra de arte es producida, son encerradas en dicha obra, y eso es lo que pasa al receptor. Tratándose de una obra no contemporánea al receptor, es, pues, la obra de arte la que nos permite llegar adecuadamente al mundo del artista, y a través de él, a su situación histórica concreta. Pero el fenómeno dialéctico es de ida y vuelta, y la obra de arte no es sólo una manera de llegar al pasado, sino también de "llegar" a nuestro propio presente. Una crítica que quiera ser realmente dialéctica deberá hacer la crítica de su propia crítica; es decir, el observador deberá reconocer su propia posición en el experimento. Así, el pensamiento dialéctico supone la consciencia de sí mismo, y a este respecto la diferencia entre la dialéctica de Hegel y la de Marx podría definirse en la manera de asumir esa auto consciencia. Para Hegel se trata de la interrelación entre aquellas categorías mentales como sujeto/objeto, cualidad/cantidad, infinitud/limitación, etc. En esta perspectiva hegeliana el pensador llega a visualizar los límites de su proceso mental. Para Marx, a su vez, tener consciencia de sí mismo no es sólo percibir los límites del proceso intelectual desde un punto de vista lógico, como en Hegel, sino el descubrimiento de la posición del pensador en la sociedad y en la historia, y las limitaciones de este descubrimiento impuestas por su posición de clase. Estas dos formas del pensamiento dialéctico, como muy bien lo dice Jameson (*op. cit.*, p. 340), no son excluyentes ni contradictorias, aunque su precisa relación no haya sido aun debidamente analizada.

La consciencia de sí mismo como producto, como síntesis de múltiples determinaciones (en el sentido de Poulantzas), traspuesta a la obra de arte significa la complementariedad entre forma y contenido. Esta complementariedad no es el resultado de un proceso puramente formal, técnico, sino el producto de una situación histórica concreta. Para Eagleton (1976a: p. 26) la forma literaria es siempre la compleja unidad de por lo menos tres elementos: el propio devenir de las formas literarias a través del tiempo (la tradición literaria); las estructuras ideológicas dominantes; y la relación específica entre el autor y su audiencia. La unidad dialéctica de estos elementos es lo que la crítica marxista debe analizar. Seleccionar una forma determinada es,

por lo tanto, un acto condicionado de antemano. Tanto para Hegel como para Marx, la obra de arte perfecta (es decir, la perfecta adecuación entre forma y contenido), no ha sido todavía producida. Para Hegel, porque el arte tiende a trascenderse a sí mismo deviniendo en filosofía o teología. Para Marx, por el contrario, es la filosofía quien se auto elimina al devenir el pensamiento cada vez más concreto (Lukacs sostiene que el arte puede reemplazar a una filosofía en proceso de descomposición). Para el marxismo la adecuación entre objeto y sujeto (o forma y contenido) puede existir únicamente como una posibilidad imaginaria cuando de alguna manera u otra esta posibilidad ha sido alcanzada en la realidad concreta. Por lo tanto, las realizaciones formales, así como sus defectos, son los signos de una correspondencia más profunda con la realidad social e histórica. Y es esta correspondencia, su develamiento, la principal tarea del crítico. El proceso crítico sería, entonces, no tanto una interpretación del contenido tal cual es revelado en el texto, sino el develamiento de las raíces de ese contenido, el restauramiento del mensaje original, que debido a las censuras (conscientes e inconscientes) ha cifrado, codificado, la experiencia original. Por lo tanto, la insuficiencia en la forma, como lo sostiene Hegel en su *Estética*, no es el resultado de una insuficiencia individual, sino el resultado de la insuficiencia del contenido. No es que se niegue la importancia de la literatura como influencia sobre la propia literatura, pero lo importante de esta *auto* influencia radica en el hecho de que no es la propia literatura la que decide su evolución, sino más bien es el propio artista quien decide esa selección de acuerdo a factores extrínsecos a la literatura, como son los valores sociales y su posición de clase y de grupo.

La manera de escribir es preeminentemente social, y el uso del lenguaje antecede al escritor y lo forma. Es lo que Coward y Ellis (1977, p. 38) llaman sociolecto. Aquí, el escritor se mueve con más libertad que dentro del lenguaje mismo, pero aun así esta libertad está constreñida por la situación histórica en la cual el sociolecto está inmerso. Entender una obra de arte es entender las complejas e indirectas relaciones entre la obra en sí y el mundo ideológico del cual emergen. Y estas relaciones emergen no sólo en los temas y las preocupaciones, sino también el estilo, el ritmo, la imagen, la calidad y la forma (Eagleton 1976a: 6). Como lo sostiene Adorno, el contenido de una obra de arte será juzgado, en última instancia, por su forma, la misma que no es el resultado del contenido "oficial" de una idea, sino por el contrario, la forma se presenta como la expresión "real" de una idea, como el contenido existente con anterioridad a la interpretación oficial (es decir, la idea antes de ser ideologizada). Así, la mayor o menor transparencia de una idea a través de la forma correspondería a la mayor o menor fuerza ideológica de que una situación histórica concreta es capaz. Eagleton (1975, p. 45), analizando *Shirley*, la novela de Charlotte

Bronte, descubre que la clase obrera no es nombrada, cuando es precisamente esta clase la que está más significativamente presente; y sólo cuando los trabajadores aparecen como una colectividad, Bronte no puede evitar nombrarlos, pero lo hace caricaturescamente. La relación entre ideología y estilo está aquí expresada en toda su fuerza. La interrelación entre ideología y literatura no se da solamente a nivel del contenido, sino también en el de la forma; y forma y contenido actúan dialécticamente entre sí y frente a la ideología, no sólo como un producto, sino también como una reacción. Goldman, en su análisis de Racine, demuestra muy claramente que la moral jansenista (y el teatro de Racine) no son solamente el resultado de un enfrentamiento entre aristocracia y burguesía, sino una estrategia de la aristocracia en su lucha con la ascendente burguesía.

Para Freud, la función de la consciencia (del consciente) es la defensa del organismo contra las embestidas del mundo exterior. En esta perspectiva, los traumas, las repeticiones histéricas, los sueños, son maneras de asimilar esas embestidas externas. El proceso de la formación de la personalidad estaría regido por la confrontación dialéctica entre el principio del placer y el principio del deber; es una lucha sin cuartel entre la vida y la muerte, en medio de la cual la personalidad se va formando. El sistema capitalista, que tiene a la mercancía como su eje fundamental, ha ido convirtiendo también al ser humano en una mercancía, en un objeto susceptible de ser comprado y vendido. En su exaltación del trabajo y la producción (y la productividad) a ritmos cada vez más alucinados, el capitalismo ha ido reprimiendo el principio del placer para que el deber hacia el sistema sea maximizado. El placer, entonces, ha sido reprimido, censurado, mediante mil argucias (todas las normas para reglamentar la función sexual, como las reglas del parentesco, por ejemplo; las religiones, etc.). Hay, pues, todo un material que es reprimido, absorbido. Para Adorno, estas absorciones y reacomodos del material reprimido han sido funciones sociales del arte. El arte —siempre en sentido freudiano— sería una sublimación de los verdaderos impulsos de la personalidad; aquello que no puede ser exteriorizado pero que es una necesidad primordial. Las utopías, por eso, al negar la realidad presente, son un intento de unir impulsos filosóficos y artísticos, trascendiéndolos: es filosofía que deviene concreta, y arte que se inspira, no en objetos y productos, sino en la vida misma. El impulso de la fantasía, en el cual el principio del placer permanece puro y limpio, niega el mundo real, preparándose para el mundo del futuro (la utopía). Adorno ha explicado muy bien que la producción artística está dominada, en nuestra época, por poderosas contradicciones internas. Para Marcuse, la nueva sensibilidad de nuestra época y la manera como ahora se encara el sexo sería la aplicación del impulso artístico para la creación de un nuevo estilo de vida partiendo del impulso hacia la utopía. Esta búsqueda de la Utopía (hora

con mayúscula), sublimación de una represión, es a su vez objeto de represiones y sublimaciones. Negar la realidad presente no es solamente poner los ojos *directamente* en un futuro inalcanzable; es también ponerlos en un pasado mítico, en un El Dorado. Decir que todo tiempo pasado fue mejor no es siempre una actitud reaccionaria; es, en principio, rechazar el presente, y si se acude al pasado es debido a una fuerte censura inconsciente, al temor de dar el salto cualitativo, o porque la situación histórica de ese momento no permite visualizar dicho futuro. El "conservadurismo" de Hegel es, sobre todo, un reconocimiento de la anarquía moral del capitalismo. Su defensa del Estado prusiano es el resultado de la inhabilidad de Hegel para ver claramente otra forma de cambio social que no conduzca al Terror (de la Revolución Francesa). Para Hegel, entonces, la única salida es el devenir del tiempo, el desarrollo de la situación socio-económica del Estado prusiano más allá de sus propios límites (aquí se ve claramente que la única crítica adecuada, y posible a la filosofía de Hegel es la filosofía marxista). La experiencia histórica de Hegel no le permitía avisar ningún salto cualitativo radical.

Ernest Chesneau (citado por Plekhanov en *Problemas fundamentales del Marxismo*) sostiene que en literatura y en arte se produjo una crisis similar a la ocurrida en el aspecto moral durante el Régimen del Terror. La gente vivió en tal estado de zozobra en ese entonces, con tal miedo, que al superarse ese período se dedicaron a "gozar la vida", a solazarse con el azul del cielo, con las puestas de sol, con el canto de las aves. Pero hay también otras causales para este ir a la naturaleza, a la vida simple: el ascenso de la burguesía al poder, la intuición de la llegada de un sistema de vida (que ya se veía en las fábricas con sus inhumanas leyes) que iría cosificando al ser humano, tornándolo *a-natural*. El fenómeno Romántico, que en Europa significó un ir de la ciudad al campo, en América Latina supuso lo inverso: un ir del campo a la ciudad. El Romanticismo, como todo fenómeno artístico, significó una reacción contra el orden establecido, contra una realidad "bárbara" que había que superar. En Europa lo bárbaro estaba en las ciudades; en América Latina, lo atrazado, lo bárbaro, estaba en el campo, y a los ojos de la "burguesía" latinoamericana sólo el progreso podría ayudarnos a superar ese estado de barbarie y atrazo. Esto se ve muy claramente en *Aves sin Nido*, de Clorinda Matto, donde Lima es mencionada como la antesala del cielo.

Coward y Ellis (op. cit., p. 58) arguyen que hay tres maneras de intercambio, a través de las cuales se reproduce la sociedad: el lenguaje, la sexualidad y la economía. Cada una de estas formas requiere posiciones fijas: emittente/receptor, masculino/femenino, vendedor/comprador. El proceso dialéctico es aquí multívoco: de cada forma en sí misma, y de las formas entre sí. El movimiento es múltiple y constan-

te, y el resultado, siempre efímero, es un tipo de sociedad con un tipo de individuos y un tipo de literatura y arte. La formación de la personalidad (tan dejada de lado por la tradición marxista, lo que es explicable en términos históricos) corre paralela a la formación del lenguaje. Hay un proceso de significación mediante el cual se van estableciendo las relaciones del ser humano como su mundo, y en este proceso de significación el lenguaje y la personalidad se van haciendo mutuamente. Según Barthes, habrían cinco lenguajes principales en nuestro tiempo: el narrativo, el temático, el psicológico, el sociológico y la crítica psicoanalítica. Estos lenguajes no son maneras independientes de aproximarse a un texto, sino más bien maneras de organizar una lectura, cada una de las cuales es esencial para la total comprensión de una obra. Se puede, sin embargo, privilegiar alguno de estos métodos sobre otros según sea el propósito. Estos códigos le dan al texto su verdadero emplazamiento, pero estos no son nada en sí mismos. Otros tres tipos de códigos son los que proveen la información vital, dándole al texto su completa inteligibilidad:

- Código cultural, mediante el cual el texto es confrontado con el conocimiento general (arte, medicina, política, literatura, etc., así como el proverbio y el cliché). Es el campo de la mitología, de la ideología cuando es considerado como un sistema de ideas.
- Código semiótico, el cual se ocupa de las características, sean estas psicológicas o medioambientales.
- Código simbólico, que es el campo donde la posicionalidad básica del texto y el lector se establece (Barthes 1970: 76).

El arte y la literatura son, pues, instancias privilegiadas donde se concentra una síntesis que es siempre efímera y cambiante. Es un error pensar que el marxismo es simplemente un tipo de interpretación que toma lo económico como el código privilegiado al cual deben superponerse las otras secuencias. Más que eso, el marxismo ve en la emergencia de la importancia de lo económico el signo de la aproximación de lo concreto, de una manera de ser del mundo que empieza con la dominación de la clase media. Siendo lo cultural menos complejo que lo económico, puede servir como una muy útil introducción a la realidad en una escala reducida y simplificada. Engels decía que había aprendido más de la historia de Francia a través de Balzac que de los textos históricos propiamente tales. Pero una auténtica crítica literaria marxista debe aprehender la realidad no sólo a través del contenido de un texto sino a través de su forma, *que es lo fundamental en una obra de arte*. La crítica marxista no es solamente una sociología de la literatura (cómo se publican las novelas y de qué manera se menciona a la clase obrera). El objeto de la crítica marxista es *explicar* el trabajo literario, lo que significa analizar detenidamente sus formas, estilos y sig-

nificados. Pero estos estilos y formas deben ser situados, a su vez, como los productos (no sólo pasivos) de un momento histórico determinado. Hegel explicaba muy bien este paso del mundo épico (donde la realidad sujeto-objeto era más vívida) al mundo de la prosa, donde la estructura capitalista va creando un sistema totalizador, unificador, pero al mismo tiempo se va rompiendo esa unidad sujeto-objeto debido a la división social del trabajo. Hay aquí una contradicción fundamental entre un mundo que se unifica pero que le quita a sus miembros la posibilidad de captar esa totalidad, pues al quitársele al individuo el control sobre su producción se le fragmenta, convirtiéndolo en una pieza ciega dentro de una maquinaria cada vez más englobadora. Este momento de ruptura ilustra muy bien aquel otro momento que es el de la mediación entre crítica literaria y sociología, en el cual la primera empieza a pasar inadvertidamente hacia el segundo. Los términos claves aquí son *totalidad* e *individualidad*, y ambos son comunes al análisis de la vida social concreta y al trabajo artístico. Es decir, que con una cierta ampliación del foco histórico, lo que parece un planteamiento acerca de la obra de arte puede muy bien aplicarse a la sociología y a la historia. "Lo que está implicado aquí, en otras palabras, es la noción de que a un cierto nivel de concretización el objeto en sí puede ser formulado a través de varios códigos, rearticulado en múltiples dimensiones: como una estructura literaria, como la experiencia vivida al interior de una determinada organización social, como una especial relación entre sujeto y objeto, como una distancia específica entre el lenguaje y su objeto, como una manera específica de especialización o de la división del trabajo, como una implícita relación entre las clases" (Jameson: op. cit., p. 354). Este sería el ámbito de lo realmente concreto, en el cual (y sólo en el cual) podemos mediar entre uno y otro nivel de la realidad. Es, pues, urgente que una genuina crítica literaria sea capaz de develar la verdadera realidad en la cual se inserta una obra de arte.

El movimiento esencial de toda crítica dialéctica radica en la reconciliación de lo externo y lo interno, lo intrínseco y lo extrínseco, lo existencial y lo histórico, permitiéndonos reconocer nuestra posición dentro de un particular y determinado momento histórico, al mismo tiempo que permanecemos fuera de él, juzgándolo. De esta manera podemos trascender la estéril y estática oposición entre un uso formal, sociológico o histórico del arte. Por el contrario, lo más urgente que debe encarar una crítica literaria dialéctica es la unidad del fenómeno literario, su existencia como un hecho en sí mismo, autónomo, que resiste la asimilación a una totalidad de la historia presente, pero al mismo tiempo resistiéndose a ser disuelto en una supraindividualidad histórica de las formas.

BIBLIOGRAFIA

- ARVON, Henri
1973 *Marxist Esthetics*; Cornell University Press, Ithaca and London.
- BARTHES, Roland
1970 *S/Z*; Editions du Seuil, Paris.
- COWARD, Rosalind and John Ellis
1977 *Language and Materialism*; Routledge and Kegan Paul, London.
- EAGLETON, Terry
1975 *Myths of Power*; The Macmillan Press Ltd., London.
1976a *Marxism and Literary Criticism*; University of California Press, Berkeley and Los Angeles.
1976b *Criticism and Ideology*; NLB, London.
- JAMESON, Fredric
1974 *Marxism and Form*; Princeton University Press, New Jersey.
- LUKACS, Georg
1971 *Writer & Critic and Other Essays*; Universal Library Edition, New York.
1972 *The Meaning of Contemporary Realism*; Merlin Press, London.
- MACHEREY, Pierre
1974 *Pour une Théorie de la Production Littéraire*; Francois Maspero, Paris.
- SWINGWOOD, Alan
1975 *The Novel and Revolution*; The Macmillan Press Ltd., London.
- WILLIAMS, Raymond
1977 *Marxism and Literature*; Oxford University Press, London.

SOCIEDAD Y POLITICA es una publicación vinculada al Movimiento Revolucionario Socialista (MRS), como instancia de elaboración y de debate de los problemas de la revolución socialista en el Perú, y está abierta a todos los que puedan contribuir con honradez y con solvencia a este debate.

CIDE

centro de investigación y docencia económicas, a.c.

ECONOMIA DE AMERICA LATINA 6
revista de información y análisis de la región

Primer Semestre 1981

DESAFIOS AL PENSAMIENTO ECONOMICO

- La Periferia Latinoamericana en el Sistema Global del Capitalismo. *Raúl Prebisch*
- Problemas de Industrialización Avanzada en Capitalismos Tardíos y Periféricos. *María Conceicao Tavares*
- Notas sobre la Heterogeneidad Estructural y el Empleo. *Octavio Rodríguez y Benito Roitman*
- El Enfoque de la Dependencia en el Pensamiento Económico Latinoamericano. *Pedro Paz*
- Corrientes Críticas de la Sociología Latinoamericana Contemporánea. *Pablo González Casanova*
- América Latina: La Mirada desde la Sociedad. *Juan Carlos Portantiero*

SUSCRIPCION

	Anual	Bianual
México:	\$ 240.00	\$ 430.00
América Latina y el Caribe:	US. \$ 15.00	US. \$ 25.00
EE. UU. y Canadá:	US. \$ 20.00	US. \$ 35.00
Europa y resto del mundo:	US. \$ 25.00	US. \$ 40.00
		Número Sueto
México:		\$ 120.00
América Latina y el Caribe:		US. \$ 8.00
Resto del Mundo:		US. \$ 15.00

Para solicitar suscripciones o números sueltos dirigirse a:

Centro de Investigación y Docencia Económicas, A.C.

Departamento de Publicaciones

Apartado Postal 10-883

México 10, D.F.

Tel. 570-20-22, ext. 135 y 140

Los cheques o giros postales por el material solicitado deberán hacerse a nombre del:

Centro de Investigación y Docencia Económicas, A.C.

DE VENTA EN PRINCIPALES LIBRERIAS DEL D.F.

SOCIEDAD Y POLÍTICA

“El sentido de sus reivindicaciones actuales refleja con bastante claridad la naturaleza social de las fracciones burguesas opositoras a la política del capital monopólico internacional que controla las palancas principales del poder del Estado. En lo fundamental, estas demandas tienen como objetivo la modificación de ciertos aspectos de la política económica del gobierno belaudista, más que el reemplazo del régimen imperante y de las líneas generales del modelo económico en curso” (*César Germami*, pág. 11).

“El Socialismo implica la democracia directa de los productores. Y la forma institucional de ese poder político socializado, no puede ser en modo alguno semejante con la que tienen los Estados clasistas y en particular el más desarrollado de ellos, el Estado burgués. Es decir, no puede consistir en una maquinaria institucional burocrática, de administración, de coerción, de represión, colocada por encima de la vida diaria de las masas, porque ellas no podrían ejercer su control inmediato y directo”. (*Quijano*, pág. 39).

“El proceso que actualmente tiene lugar en Centro-América tiene muchas implicaciones. Notable entre ellas es la formación, por primera vez en este continente, de un bloque de Estados revolucionarios: Cuba, Nicaragua y Granada, cuya importancia es acrecentada por el hecho de que uno de sus miembros está localizado en el propio continente” (*R.M. Marini*, pág. 61).

“La primera Gran Depresión desembocó en la Primera Guerra Mundial. La segunda Gran Depresión encontró su final en la Segunda Guerra Mundial. La Tercera Gran Depresión. . .” (*Urs Müller-Plantenberg*, pág. 66).